



La Guerra de Vietnam

historias
DESDE
abajo

Agustin Prina

La Guerra de Vietnam

historias
DESDE
abajo

Los monopolios mediáticos de la (in)comunicación recrean día a día la hegemonía de la historia oficial. Hartos de esos discursos globalizados y apologéticos, necesitamos nadar contra la corriente y recuperar la tradición revolucionaria. ¡Basta ya de aplaudir a los vencedores! ¡Basta ya de legitimar lo injustificable! Frente a la historia oficial de las clases dominantes, oponemos una historia radical y desde abajo, una historia desde el ángulo de los masacrados, humilladas y desaparecidos.

En cada acontecimiento de la historia contemporánea se esconden la guerra de clases, la lucha entre la dominación y la rebelión; entre el poder, la resistencia y la revolución. Cada documento de cultura es un documento de barbarie. Debajo de la superficie, laten y palpitan las rebeldías de los pueblos sometidos, la voz insurrecta de las clases subalternas, los gritos de guerra de las explotadas y los condenados de la tierra.

Esta colección, de autores jóvenes para un público también joven, pensada para las nuevas generaciones de militantes y activistas, se propone reconstruir esas luchas pasándole a la historia el cepillo a contrapelo. La contrahegemonía es la gran tarea del siglo **xxi**.

COORDINADOR DE LA COLECCIÓN: NÉSTOR KOHAN.

La Guerra de Vietnam

Agustín Prina



una editorial latinoamericana

Diseño de la cubierta: Idania del Río

Edición: Aida Matilde Martín

Derechos © 2008 Agustín Prina

Derechos © 2008 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-921235-79-5

Library of Congress Control Number: 2007931512

Primera edición 2008

Impreso en México por Quebecor World S.A., Querétaro

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Juan de la Barrera N. 9, Col. Condesa, Del. Cuauhtémoc, CP 06140, México D.F.

E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: (52) 5553 5512

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Cartago Ediciones S.A. • E-mail: ventas@e-cartago.com.ar

Australia: Ocean Press • Tel: (03) 9326 4280 • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Chile: Editorial "La Vida es Hoy" • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: ediciones@izquierdaviva.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

Ecuador: Libri Mundi S.A. • Tel: 593-2 224 2696 • E-mail: ext_comercio@librimundi.com

EE.UU. y Canadá: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador y Centroamérica: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

México: Ocean Sur • Tel: 5553 5512 • E-mail: mexico@oceansur.com

Venezuela: Ocean Sur • E-mail: venezuela@oceansur.com



www.oceansur.com

www.oceanbooks.com.au

Índice

INTRODUCCIÓN. EL IMPERIALISMO Y LAS LUCHAS DEL TERCER MUNDO	1
LA GUERRA DE VIETNAM: DATOS E INFORMACIONES IMPRESINDIBLES	
La colonización de Vietnam	13
Las luchas por la independencia	15
La Revolución de Agosto y la República Democrática de Vietnam	17
La conferencia de Ginebra y la retirada de los franceses	19
El gobierno de Diem en el Sur, títere de Estados Unidos	21
El Frente Nacional de Liberación (FNL) de Vietnam del Sur	23
El punto de vista estadounidense y el incremento de las tensiones	25
Las fuerzas armadas estadounidenses invaden Vietnam	29
La Ofensiva del Tet	31
El repliegue del imperialismo	32
Los tratados de paz y la victoria vietnamita	34
EL DESARROLLO DE LA LUCHA ARMADA EN VIETNAM	
La guerra y la paz	39
La guerra, continuación de la política	42

El hombre y el arma, ejército popular de liberación nacional	45
La guerra de liberación contra los colonialistas franceses	49
El surgimiento del Frente Nacional de Liberación (FNL) y la lucha contra la agresión imperialista yanqui en el Sur y en el Norte	54
Nguyen Van Troi, héroe del Frente Nacional de Liberación (FNL)	60
EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN EN VIETNAM	
La dirección del Partido, clave del triunfo de la guerra popular	65
Tareas de la revolución socialista en el Norte	70
Ho Chi Minh, líder de la Revolución	78
El Frente Nacional de Liberación (FNL) y la revolución democrática en el Sur	84
La cuestión nacional y cultural como base de la liberación	87
LOS CRÍMENES DEL IMPERIALISMO: DESTRUCCIONES Y MUERTES	
Balance de muertos y heridos	93
Destrucción del país	94
Napalm	96
Herbicidas y guerra química	97
REPERCUSIONES EN ESTADOS UNIDOS Y MOVIMIENTOS CONTRA LA GUERRA DE VIETNAM	
Características del movimiento antibelicista	102

Los sectores más activos: estudiantes y negros	105
Mito y realidad de la «mayoría silenciosa» y el «obrero halcón»	109
La rebelión de los soldados	116
El movimiento hippie y la música	119
La guerra de Vietnam en el cine	120
DOS REVOLUCIONES HERMANAS: VIETNAM Y CUBA	125
CRONOLOGÍA	131
ANEXOS	139
Programa político de la fundación del Partido Comunista de Indochina (PCI)	139
Testamento de Ho Chi Minh	141
El punto de vista oficial estadounidense	146
Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur	149
Ernesto Che Guevara «Mensaje a la <i>Tricontinental</i> »	155
Ernesto Che Guevara Prólogo a <i>Guerra del pueblo, ejército del pueblo</i> de Vo Nguyen Giap	164
Discurso de Fidel Castro en Vietnam	173
Algunos poemas y canciones	181
BIBLIOGRAFÍA	187

AGUSTIN PRINA: nació en 1985. Joven argentino estudioso del marxismo, actualmente es profesor de la Cátedra de formación política Ernesto Che Guevara e integrante del Colectivo Amauta.

Introducción

El imperialismo y las luchas del Tercer Mundo

La guerra de Vietnam es incomprensible al margen del imperialismo capitalista. Para entender al capitalismo hay que tener en cuenta que este constituye una forma de organizar la sociedad a escala mundial. Es propia del sistema la necesidad de expandirse y avanzar sobre territorios geográficos y relaciones sociales que, en principio, escapan a su dominio.

Tanto la conquista de América, como el sometimiento y saqueo de los pueblos del Tercer Mundo han sido el motor principal de la acumulación capitalista originaria en los países europeos centrales. Por ende, el carácter imperialista no es algo propio de los últimos tiempos, sino que es inseparable de los orígenes mismos del capitalismo.

América Latina, África y Asia, consideradas tierras salvajes, forman parte de la naturaleza a conquistar. Sus territorios, habitados por pueblos bárbaros, deben ingresar a la civilización occidental. Pero la puerta de entrada al sistema está sellada por la violencia y la explotación capitalista, que resultan demasiado evidentes a pesar de cualquier discurso que intente disfrazar la historia con la máscara del progreso.

Ahora bien, el capitalismo no es un sistema uniforme e invariable; contiene contradicciones y va modificándose en el

tiempo. El capital no se desarrolla independientemente de la acción humana, sino que está atravesado por relaciones sociales. La lucha de clases es la contradicción fundamental que hace estallar las distintas crisis sufridas por el capitalismo a lo largo de la historia. Las alteraciones en los mecanismos de explotación y dominación son el resultado de las resistencias y las luchas populares.

La hegemonía mundial capitalista que hoy padecen los pueblos del Tercer Mundo —que soportan y viven a diario la miseria y la opresión del neoliberalismo—, es producto de la reconfiguración de relaciones sociales que llegaron a desafiar las raíces del sistema. Las clases dominantes tuvieron que reacomodarse frente a la rebeldía de las clases explotadas. La ofensiva revolucionaria fue frenada por la violencia y la imposición del neoliberalismo como nueva etapa del capitalismo mundial.

A comienzos de los años setenta, la hegemonía del capital imperialista entró en una crisis en todos sus frentes; en el terreno económico enfrentó una crisis del petróleo y del dólar. El motivo central que puso contra las cuerdas a las clases dominantes imperialistas fue la insubordinación generalizada de los pueblos del Tercer Mundo. Se habían sucedido diversos procesos revolucionarios socialistas, con China, Vietnam y Cuba a la cabeza; se desarrollaron luchas por la independencia nacional y la descolonización política en las colonias africanas, como el caso de Argelia; y no hay que olvidar las luchas de los revolucionarios que murieron combatiendo en todas las regiones explotadas por el capitalismo sin alcanzar la toma del poder, dado la avanzada brutal de las fuerzas represivas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, a partir de 1945, el imperialismo se había consolidado y tuvo su centro de poder hegemónico en Estados Unidos. El capitalismo, en este período, estaba formado por corporaciones gigantes y la función del

Estado era servir a sus intereses. El gobierno intervenía en los mecanismos del mercado, justamente para que el sistema funcionara mejor, no peor, como un todo formado por empresas gigantes que actúan e influyen recíprocamente. El sector industrial más desarrollado en esos años, y que aún hoy sigue creciendo, fue el armamentista.

El militarismo constituye un rasgo esencial del imperialismo. Sin las fuerzas armadas la sociedad capitalista no podría mantenerse en pie. Esto es concebible si tenemos en cuenta el carácter internacional del sistema. Es decir, el gigantesco aparato militar que posee Estados Unidos se debe a su política exterior.

Por lo tanto, si bien es cierto que las fuerzas armadas se usan al interior mismo de los países para reprimir y controlar a los trabajadores, el militarismo estadounidense es comprensible solo si lo miramos a nivel mundial.

Incluso antes de su independencia, Estados Unidos fue expansionista. Aunque en sus comienzos, los dirigentes del país que se estaba consolidando no se hacían ilusiones de poder desafiar con éxito el poder imperialista de los países europeos. Por lo cual siguieron una política de alianzas con Gran Bretaña, sacando siempre la mayor ventaja posible. Durante el siglo XIX, los estadounidenses fueron erigiendo un gran imperio, si bien cumplían un papel secundario y tenían un aparato militar bastante inferior al resto de las potencias imperialistas.

Fue durante las dos guerras mundiales, el período de 1914 a 1945, cuando la fuerza de Estados Unidos aumentó considerablemente. Se destacó como la nación dirigente y predominante en el mundo capitalista, gracias a su posición geográfica —alejada de los escenarios de los países europeos en guerra—, y a expensas de ambos bandos, aliados y enemigos. De ahí que las necesidades militares de Estados Unidos se

vieron incrementadas de una manera descomunal y continuaron creciendo desde entonces.

Luego de estas guerras, los viejos imperios coloniales y la hegemonía mundial británica fueron desplazados por el poderío militar y financiero estadounidense, que levantó su propio imperio neocolonial.

El panorama de la posguerra fue la guerra fría. Se había formado un bloque socialista, encabezado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), frente al cual Estados Unidos debía demostrar la superioridad del capitalismo.

En Rusia había triunfado en 1917 la revolución socialista, encabezada por los bolcheviques. El territorio que la revolución cubría se expandió enormemente por toda Asia y parte de Europa conformándose la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Tras la muerte del principal dirigente revolucionario, Vladimir Ilich Lenin, en 1924, se produjo una disputa por el poder entre los cuadros dirigentes. José Stalin logró imponerse y fue la cabeza visible de un proceso de purgas de viejos cuadros políticos bolcheviques y de la colectivización forzosa de los campesinos. La Segunda Guerra Mundial fue una prueba crucial para la URSS, que derrotó la invasión de la Alemania nazi. Al final de la guerra, los soviéticos salieron fortalecidos y extendieron el socialismo hasta Europa del este y varias zonas centrales. Con la muerte de Stalin, en 1953, asumió la dirección de la URSS Nikita Jruschev, quien luego fue sustituido por Leonid Brezhnev. En ese período se iniciaron una serie de vaivenes y de críticas de las políticas pasadas.

Así, el panorama de la guerra fría, extendido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta la desaparición de la URSS en 1991, es el enfrentamiento entre un bloque socialista, encabezado por la URSS y el «mundo libre» capitalista, dirigido por Estados Unidos.

Este nuevo fenómeno histórico, el nacimiento de un sistema socialista en el mundo, avivó el desarrollo de un complejo industrial–militar en constante aumento por parte de la nación capitalista dirigente. Los discursos oficiales y los medios de comunicación salieron a defender esta necesidad, sosteniendo que Estados Unidos tenía la responsabilidad de proteger al «mundo libre» contra la amenaza soviética.

Cuando observamos la política de los países imperialistas no debemos verla como el producto de individuos conspiradores, ni como el delirio o la ocurrencia de un presidente aislado. Es necesario intentar comprender los intereses de fondo de una clase dominante y situarlos en el marco de la totalidad del sistema mundial capitalista.

La política exterior estadounidense está guiada y dominada por intereses nacionales clasistas. Es la presión de estos intereses lo que exige y necesita de la guerra fría y la carrera armamentista. Así, la política del anticomunismo global sirvió como justificación del accionar yanqui.

Ahora bien, en todo el período en que se impone el capitalismo monopolista, de 1945 hasta la década de 1970, no se produjo ningún enfrentamiento directo entre las dos potencias rivales que fuera más allá de las teorías y discursos. De hecho, la amenaza de una agresión por parte de la URSS era prácticamente inexistente.

El motivo principal del despliegue militar del imperialismo se desprende del ambiente generado por la guerra fría, pero responde a propósitos más concretos. El peligro real que vislumbraba la oligarquía estadounidense era el de evitar todo intento de revolución en el Tercer Mundo que permitiera la expansión comunista más allá de las áreas ya ocupadas.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la hegemonía que el capitalismo impuso en los países centrales, se vio fuerte-

mente cuestionada en las zonas periféricas. En aquellas zonas las consecuencias del imperialismo eran parte de la vida cotidiana, imponían hambre y miseria, condiciones muy duras de explotación implantadas por gobiernos dependientes.

La política exterior estadounidense puede comprenderse si miramos las medidas que fue llevando a cabo la oligarquía gobernante:

- Fortalecieron los centros de poder capitalistas, integrando una alianza militar liderada por Estados Unidos;
- Instalaron una serie de bases militares, rodeando todo el perímetro del sistema socialista, para impedir y limitar cualquier expansión territorial;
- Inventaron armas de toda clase, y adiestraron hombres para el uso de las mismas.

Así vemos como la maquinaria militar capitalista estaba destinada a contener al bloque socialista mundial. Sin embargo, el problema no era tanto la agresividad de la Unión Soviética, como los movimientos revolucionarios en países que formaban parte del «mundo libre» y desafiaban la hegemonía mundial capitalista. No era simple paranoia de las oligarquías estadounidenses, pues ya varios procesos revolucionarios populares en países periféricos habían tomado por sorpresa al poder capitalista central. La Revolución cubana es un ejemplo claro de esto, en ella la independencia nacional y la revolución socialista forman una unidad, son partes del mismo proceso.

Estas luchas hicieron que Estados Unidos reforzara su política exterior, y tomara nuevas precauciones para no cometer los mismos errores. Estos refuerzos adquirirían la forma de

apoyo económico a cualquier gobierno de país dependiente —por más reaccionario que fuese— y la forma de ayuda militar —tanto el envío de tropas estadounidenses al territorio, como el abastecimiento material y financiero para las fuerzas armadas autóctonas.

El imperialismo comienza, sobre todo en la década de 1960, a verse amenazado por los movimientos revolucionarios. Por eso el aparato militar mundial era indispensable para defender al «mundo libre», y evitar cualquier tipo de deserción. Las clases dirigentes capitalistas habían comprendido muy bien, tras la experiencia de las diversas revoluciones en el Tercer Mundo, que las luchas por conseguir una real independencia nacional eran inseparables de los postulados de la revolución socialista. Esto se debe a que los gobiernos títeres se encuentran imposibilitados para oponerse al poder imperialista norteamericano. Y sobre todo, se debe al hecho de que no hay en los países periféricos una burguesía nacional autóctona capaz de generar una confrontación contra el imperialismo, más allá de discursos y ciertas medidas populares.

Ernesto Che Guevara, uno de los revolucionarios más influyentes y coherentes de este período, resumía este problema con la consigna «O revolución socialista o caricatura de la revolución». A su vez, invitaba a todos los revolucionarios del mundo a «crear dos, tres... muchos Vietnam». Con esto, el Che se refería a la necesidad de plantear una confrontación a muerte con el imperialismo, poniendo en cuestión la paz que supuestamente reinaba desde 1945.

Por tanto, la liberación nacional en Asia, África y América Latina contra los poderes neocoloniales, significaba una amenaza contra el capitalismo en sí mismo. El camino de Cuba y Vietnam mostraba que la confrontación se debía dar a nivel mundial y revelaba una cuestión fundamental: los países

dependientes no se encontraban en esa situación debido a que tuviesen un escaso desarrollo del capitalismo, sino a causa del mismo sistema capitalista mundial. La existencia del Tercer Mundo es imprescindible y necesaria para el desarrollo de los países centrales. Imperialismo y capitalismo no se pueden separar. Cada movimiento de liberación genuino implica desafiar las raíces mismas del sistema.

La guerra de Vietnam no es un mero acontecimiento de la política exterior estadounidense, sino que está ligada íntimamente con la esencia del sistema y constituye un punto crítico para la vida del mismo. Ahí se ha puesto de manifiesto cómo la voluntad humana, con las armas más pobres, puede poner en jaque al sistema de destrucción más eficaz de todos los tiempos.

Las luchas de la década de los años sesenta pusieron contra las cuerdas al imperialismo porque apuntaron a las bases mismas de su sustentación: el mundo periférico saqueado y explotado durante siglos.

Frente a la avanzada del militarismo imperialista, el método de lucha que se evidenció como necesario fue la lucha armada. Esta reivindicación ponía el acento en la confrontación a muerte contra el capitalismo que nunca iba a suicidarse, habría que destruirlo. La posibilidad de triunfar y resistir frente a las fuerzas represivas era un camino cada vez más accesible.

La guerra de Vietnam se encuentra dentro de este marco general y fue el lugar en el que llegó a su nivel más alto la confrontación, y lograron expulsar definitivamente a las tropas yanquis del territorio. El pueblo organizado pudo derrotar al inmenso poder militar imperialista, poseedor de la más avanzada tecnología de guerra.

Estados Unidos, para defender su imperio, se vio obligado a luchar contra los «muchos Vietnam». Cada uno de estos

representaba una amenaza, debido a que el socialismo es un movimiento internacional que gana fuerza en cada triunfo, donde quiera que lo obtenga.

Cuando nos acercamos a los años sesenta, hay que verlos como el desafío anticapitalista que llevó al sistema a la crisis de los setenta, dando origen a lo que hoy conocemos como neoliberalismo. Estados Unidos se vio involucrado en todos los campos de batalla entre el capitalismo y el socialismo. Estos campos se encuentran en la periferia, donde viven los pueblos oprimidos y excluidos, en países como Corea, Vietnam, Argelia, Cuba, Congo.

El supuesto «mundo libre» que Estados Unidos decía defender con su política exterior, se encontró con diversos grados de resistencia y revoluciones. A su vez, quedó demostrado que cualquier proyecto de desarrollo capitalista nacional en los países dependientes, se ve imposibilitado por las limitaciones intrínsecas de las burguesías autóctonas.

La clase dominante estadounidense comprendió, empujada por la práctica misma, que cada avance de la revolución mundial es una derrota económica, política y moral. Por lo que encabezó una contra-ofensiva mundial, aplastando las luchas de los años sesenta y reconfigurando el sistema capitalista mundial que había sido acorralado.



La guerra de Vietnam: datos e informaciones imprescindibles



Una vez conocido el contexto histórico y el marco general en el cual los estadounidenses invadieron Vietnam, resulta imprescindible acercarse ahora a la especificidad de las luchas de este pueblo. Ha quedado claro que es necesario ver la totalidad del conflicto como una guerra de liberación y unificación nacional, antimperialista y socialista, alejándose de las posiciones que parten de la defensa del «mundo libre» occidental.

La guerra no empieza recién con la intervención yanqui, sino que estamos frente a un pueblo con una larga tradición de resistencia contra los poderes coloniales. Los vietnamitas cargan en sus espaldas una historia de conquista y dominación por distintas potencias extranjeras. Pero no una historia de aceptación pasiva y sumisa, sino una historia plena de luchas por la independencia nacional. Se fue forjando un espíritu popular rebelde y combativo, a partir del cual surgieron sus grandes líderes.

Este capítulo propone un acercamiento descriptivo de los hechos para, en los próximos, pasar a una profundización de los acontecimientos.

La colonización de Vietnam

El pueblo de Vietnam no es un pueblo pasivo con una historia sin grandes sobresaltos ni luchas. Por el contrario, los vietnamitas están acostumbrados a siglos y siglos de resistencia contra la invasión de potencias extranjeras. En el siglo XIII, lograron

derrotar la invasión de los mongoles que habían extendido su dominación a toda China feudal. Sin desconocer esto, nos remontaremos a la historia de Vietnam a partir de la llegada de los franceses.

Desde finales del siglo XIX, la región del mundo conocida como Indochina, integrada por Vietnam, Laos y Camboya, formaba parte del imperio colonial francés. Las tierras fueron ocupadas por compañías francesas, sobre todo en el sur de Vietnam, lo que produjo un cambio en las relaciones sociales de las aldeas.

La propiedad colectiva de las tierras fue sustituida por la propiedad privada de un pequeño grupo de terratenientes, en su mayoría extranjeros. Los campesinos vietnamitas fueron despojados de su suelo y fueron obligados a pagar impuestos para usarlo.

La colonización francesa impuso un sistema económico monetario que fue desintegrando las aldeas comunales y modificando las relaciones colectivas que hasta ese momento primaban entre los campesinos. Las tradicionales formas de trabajo comunal fueron destruidas y las aldeas pasaron a organizarse como un conjunto de individuos separados entre sí, que empezaron a establecer intercambios comerciales.

El despojo de las tierras permitió el crecimiento de una gran cantidad de mano de obra barata, arrojada a la pobreza y sin posesiones, que fue empleada en las plantaciones y las minas. El objetivo principal de los franceses era ejercer el monopolio de la producción de arroz y minerales, destinados a la exportación.

Sin embargo, la estabilidad del sistema colonial francés se derrumbó junto a la crisis de 1929. Esta se produjo a partir de la quiebra de la bolsa de Wall Street, cuando los precios de las acciones que allí se negociaban bajaron espectacularmente y

muchos empresarios quedaron en ruinas. En los meses siguientes se desató una potente crisis en las actividades bancarias, comerciales, industriales y agrarias; la desocupación aumentó de manera considerable. Los inversores estadounidenses retiraron sus capitales de Europa y otras partes del mundo; de esta manera la crisis se extendió a otros países. El mercado mundial entero se vio resentido y las empresas coloniales francesas no fueron la excepción. Se produjo una quiebra en las compañías que monopolizaban el arroz, las cuales perdieron la mayoría de sus mercados.

Esto no pasó inadvertido para el pueblo vietnamita; una vez más resultaba ultrajado por las políticas imperialistas. Una enorme cantidad de trabajadores, a los que ya se les había quitado la tierra, volvieron a ser golpeados porque quedaron desempleados y totalmente a la deriva.

A grandes rasgos, esta era la situación en la que se encontraba el pueblo de Vietnam al inicio de la Segunda Guerra Mundial, cuando las tropas japonesas ocuparon el país como consecuencia de la invasión de Francia por los alemanes.

Las luchas por la independencia

Los movimientos populares no se resignaron a aceptar las arbitrariedades y despojos de los países imperialistas. En la década de los años treinta, fruto de un gran esfuerzo, nació el Partido Comunista de Indochina, que tomó la delantera en la iniciativa política. Hacia mediados de esa década, surgió la propuesta de establecer una alianza con ciertos sectores franceses para defenderse de la invasión japonesa. Pero esta propuesta fue abandonada rápidamente por el Partido Comunista que prefirió desarrollar métodos de lucha y tácticas de guerra de guerrillas.

En cambio, los gobernadores y administradores franceses optaron por la negociación con los japoneses.

En 1940 se establecieron acuerdos bien definidos. El gobierno francés en Indochina permitió que las tropas japonesas intervinieran en la zona norte de la región. A cambio de la soberanía política, los franceses dejaron a los japoneses el control de los recursos económicos y de las instalaciones militares. Estos últimos establecieron un régimen de impuestos públicos para sostener los gastos militares y dirigieron el comercio de Indochina hacia Japón. Todas las cosechas vietnamitas, llevadas a cabo mediante la violencia sobre la población, fueron destinadas al exterior, y el pueblo quedó hambriento, sin poder vivir del producto de su trabajo.

Esta opresión cada vez más intensa del colonialismo japonés, que había llegado a desplazar a los franceses en el control político del territorio, comenzó a encontrar firmes resistencias populares.

En las ciudades y aldeas se empezó a sentir la necesidad de luchar por la independencia nacional. Las organizaciones que venían enfrentando a los colonialistas franceses primero, y a los invasores japoneses después, empezaron a crecer y sus filas engrosaron nítidamente. De esta manera se constituyó un frente de lucha, el Viet Minh, abreviación de Vietnam Doc Lap Dong Minh (Liga por la independencia de Vietnam), bajo la dirección de un líder que comenzaba a sobresalir, Nguyen Ai Quoc, y quien pocos años más tarde sería conocido por el mundo entero como Ho Chi Minh.

Los japoneses empezaron a perder posiciones frente a la resistencia de la población, encabezada por la unidad de las organizaciones que realizaban movilizaciones, ataques, boicots y saqueos de las cosechas destinadas a la exportación.

La Revolución de Agosto y la República Democrática de Vietnam

En agosto de 1945, Estados Unidos lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima, destruyendo la ciudad y masacrando a los habitantes. Japón quedó así totalmente derrotado. Esto implicó que perdiera aún más su control sobre Vietnam. A partir de esta situación, el Viet Minh encabezó una insurrección general, conocida como la Revolución de Agosto, ocupó las instituciones coloniales de gobierno y conquistó el poder. Al mes siguiente se declaró la República Democrática de Vietnam Independiente.

Sin embargo, las potencias coloniales no permitirían tan fácilmente la independencia nacional de Vietnam. El general francés Charles de Gaulle envió sus tropas con el fin de recuperar la antigua soberanía y dominación en el territorio. Apenas finalizada la Segunda Guerra Mundial, en 1946, se reanudaron los enfrentamientos entre el pueblo vietnamita y los invasores franceses, dando origen a la que se dio en llamar Guerra de Indochina. Esta se extendió 8 años.

En este marco, el Viet Minh consolidó sus posiciones en el norte, con Hanoi como ciudad capital, ya que era en esa zona donde concentraba sus mayores fuerzas y contaba con el mayor apoyo de la población. Mientras, Francia, ayudada por el ejército británico, retomó el control del sur e instaló su centro de poder en Saigón.

Los motivos por los que ocurrió esta división no fueron casuales ni arbitrarios. El control político del Viet Minh en el sur era mucho más débil que en el norte. En Saigón había varios movimientos nacionalistas dispersos y grupos religiosos que

impedían la hegemonía del Viet Minh. Las causas de esta debilidad y fragmentación pueden rastrearse bastante claramente. La intervención colonial occidental había perturbado la esfera social, política, económica y cultural de la sociedad vietnamita. La ocupación francesa había despojado a millones de campesinos de sus tierras, concentrándolas en las manos de unos pocos terratenientes. Este proceso no se había dado en el territorio de Vietnam en forma homogénea ni con la misma intensidad. En el sur, la concentración de la tierra había sido muy fuerte; mientras que en el norte, el colonialismo no pudo destruir del todo las bases fundamentales de la sociedad vietnamita. Esta estaba articulada en aldeas que se organizaban a partir de las familias, las cuales estaban fuertemente arraigadas a la tierra.

Gracias a la cohesión social fundada en la organización aldeana, íntimamente ligada a las necesidades más inmediatas de los campesinos, se pudo sostener y desarrollar en el norte la República Democrática de Vietnam. En el sur, en cambio, la base aldeana era sumamente débil y la potencia extranjera pudo establecer más fácilmente su dominio. La identidad económica y cultural, el arraigo a la tierra y las costumbres, habían sido despedazados por las fuerzas imperialistas, y ello dejó desorientadas a las fuerzas de resistencia. En el norte la identidad nacional estaba bien consolidada. La cultura popular y las relaciones sociales específicas y propias fueron el punto de partida desde el cual el Viet Minh construyó su poder y realizó reformas políticas y sociales.

La conferencia de Ginebra y la retirada de los franceses

La Guerra de Indochina por la independencia nacional duró hasta 1954, y finalizó con la victoria vietnamita sobre la potencia occidental francesa.

Ese año se llevó a cabo la conferencia de Ginebra, donde, entre los acuerdos tomados, se establecieron una serie de puntos a cumplir por las partes en conflicto; los cuales, de haberse realizado, hubiesen llevado a la independencia y unificación de Vietnam. Sin embargo, el poder imperialista no dejó que esto sucediera y volvió a truncar los deseos más genuinos del pueblo vietnamita, con la participación de la potencia aún más fuerte que era Estados Unidos.

Al comenzar la conferencia, en abril de 1954, el ejército popular vietnamita, comandado por el general Vo Nguyen Giap, derrotó de forma contundente a los colonizadores en la batalla de Dien Bien Phu, tras 55 días de asedio. El golpe dado al ejército francés fue muy duro, al punto que, el representante de la República Democrática de Vietnam se presentó ante las negociaciones de Ginebra con una posición realmente favorable.

Los franceses comprendieron que su permanencia en Vietnam era insostenible y consideraron, como única forma de evitar el desastre militar, la intervención de Estados Unidos en el conflicto. Durante las negociaciones, sin embargo, la delegación yanqui se había limitado a una misión observadora, sin participar directamente en los acuerdos.

Finalmente, dado el grado de superioridad de las fuerzas de Ho Chi Minh, las potencias occidentales firmaron una declaración por la cual se dividía Indochina en tres países: Laos, Camboya y Vietnam. Este último, a su vez, se dividía en dos

zonas delimitadas territorialmente por el paralelo 17. De manera que las fuerzas comunistas se quedaban con la zona norte, proclamada República Democrática de Vietnam, y las fuerzas dependientes de los franceses ocuparían el sur. Pero la demarcación entre norte y sur era provisional y se debía zanjar en los próximos 2 años (en 1956), mediante la realización de elecciones generales libres, en las que se decidiera la unidad e independencia territorial de Vietnam.

Los acuerdos establecían el «cese de hostilidades» y la prohibición de introducir en Vietnam tropas y personal militar extranjero, así como armas y municiones.

El documento fue aceptado por el Viet Minh, aun sabiendo la escasa credibilidad que tenía una fuerza legal de estas características. De haberse llevado a cabo las elecciones en el tiempo estipulado, el triunfo de Ho Chi Minh hubiera sido abrumador e incontestable. Los vietnamitas, a pesar de los acuerdos firmados, no se hicieron ilusiones y se prepararon para enfrentar la ofensiva que las potencias imperiales tenían entre manos. Los estadounidenses sabían muy bien que de cumplirse los acuerdos de Ginebra, el pueblo vietnamita votaría en mayoría por la independencia nacional, liderada por Ho Chi Minh.

No hay que dejarse engañar por los documentos de la diplomacia internacional cuando en el fondo nos encontramos frente a dos intereses enemigos a muerte: las garras expansionistas del imperialismo enfrentadas a la lucha genuina de un pueblo por profundizar la revolución socialista y resistir contra el dominio extranjero. Los vietnamitas ya habían derrotado a los franceses, pero la potencia imperialista central no se iba a quedar de brazos cruzados. Los estadounidenses no pensaban respetar acuerdos diplomáticos que defendieran los intereses de un pueblo del Tercer Mundo.

El gobierno de Diem en el Sur, títere de Estados Unidos

Estados Unidos no intervino en Vietnam de forma imprevista ni de un día para otro. Ya desde 1950, sus asesores militares llegaban a ese país para colaborar con las fuerzas francesas y brindarles ayuda material y financiera. Pero la clase dirigente estadounidense se resistía a involucrarse directamente en un conflicto de tal magnitud, teniendo en cuenta que la guerra de Corea había terminado hacía muy poco tiempo. Esta guerra, transcurrida de junio de 1950 a julio de 1953, se había iniciado entre Corea del Sur y la República Democrática Popular de Corea del Norte. El país se había dividido en dos zonas después de la Segunda Guerra Mundial y, en el contexto de la guerra fría, el norte comunista intentó recuperar el sur. Pero las tropas yanquis se encargaron de frustrar ese intento.

En la conferencia de Ginebra, la delegación de Estados Unidos no había desempeñado un papel protagónico. Miraba las resoluciones de costado y no firmó ningún documento que se refiriera a la unificación y la paz en Vietnam.

Sin embargo, las reticencias respecto a comprometerse plenamente en el conflicto fueron cediendo. En un comienzo, la clase dirigente estadounidense había permanecido indiferente ante la insistencia francesa de que se involucrara en el conflicto. Pero, tras los acuerdos de Ginebra, se hizo cada vez más necesaria la intervención de la potencia imperialista central.

Dwight D. Eisenhower, presidente de Estados Unidos entre 1952 y 1960, al principio no creía conveniente la participación de sus tropas en tierra vietnamita, pero poco a poco se fue convenciendo de la necesidad de introducir las fuerzas del imperio.

De manera que los franceses se fueron retirando de Indochina para abrir paso a las maniobras norteamericanas.

Los franceses se habían visto imposibilitados de restaurar un régimen colonial frente a un pueblo que luchaba por su independencia. Entonces, luego del intento frustrado de manipular y sobornar a Ho Chi Minh para convertirlo en un agente de ellos, tuvieron que recurrir al establecimiento de un gobierno títere. Así fue que, aparentando respetar la independencia nacional, reciclaron como «jefe de Estado» a Bao Dai, emperador que había colaborado con los japoneses durante la ocupación nipona.

Cuando los estadounidenses reemplazaron a los franceses, se amoldaron a esta situación: apoyaban al régimen de Saigón e ideaban una maniobra para sustituir al gobierno de Bao Dai por uno de sus mercenarios.

Así entró en escena Ngo Dinh Diem, hombre elegido a razón de ciertas manipulaciones que había realizado dentro de Estados Unidos. Diem estuvo en ese país de 1950 a 1953, y fue entretejiendo una serie de relaciones y amistades, presentándose a la clase dirigente estadounidense como una «opción nacionalista independiente». En 1955, Estados Unidos colocó a Diem en el gobierno de Vietnam del Sur mediante la realización de unas elecciones totalmente fraudulentas, con la participación de menos del 15% de la población.

Nacieron, entonces, una serie de mitos destinados a darle legitimidad a un gobierno encabezado por un aristócrata, desligado y separado de las necesidades del pueblo. Mientras en la prensa y en los discursos oficiales estadounidenses se decía que el régimen de Diem era libre y democrático, el pueblo survietnamita soportaba el autoritarismo y la represión diariamente. Mientras se construía para el mundo occidental el mito

del crecimiento económico y la prosperidad de la República de Vietnam del Sur, el pueblo vivía en la más grande miseria.

Con la aprobación de Estados Unidos, Diem rechazó las elecciones establecidas en Ginebra para 1956, con la excusa de que estas eran una manera de esclavizar al pueblo. Los yanquis argumentaban que el bloqueo de las elecciones era un medio para defender la democracia.

Lo que en realidad sucedía era que un régimen autoritario y sostenido por la violencia no podía convocar a elecciones libres, dado que, de haberlo hecho, la victoria genuina de Ho Chi Minh hubiese sido inevitable.

El Frente Nacional de Liberación (FNL) de Vietnam del Sur

Al principio, el apoyo del gobierno estadounidense consistía solo en ayuda económica y envío de asesores militares. Pero con el correr de los años y con el inicio de la resistencia vietnamita, Estados Unidos se vio obligado a enviar soldados y armamento al gobierno del sur que estaba siendo atacado por el comunismo.

Sin embargo, a pesar del incremento del apoyo estadounidense al gobierno de Diem, este nunca pudo mantenerse estable ni construir una fuerza legítima, sino que se vio cuestionado por un movimiento de resistencia en aumento. De hecho, cuando su permanencia ya era insostenible, en 1961, el gobierno del presidente John F. Kennedy aumentó considerablemente la participación militar de Estados Unidos. El argumento utilizado fue que la responsabilidad del fracaso de

los programas progresistas y demócratas de Diem recaía en las agresiones de los comunistas del Norte.

Si bien el gobierno de Hanoi estaba profundamente interesado en la reunificación de Vietnam y en la revolución socialista, es ingenuo pensar que los problemas de la República del Sur eran causados por las agresiones externas. Una enorme cantidad de movimientos, organizaciones políticas y grupos religiosos ofrecieron un variado marco de resistencia al interior mismo del Sur, con un amplio espectro de posiciones políticas.

Distintas manifestaciones de protesta se producían y eran fuertemente reprimidas. Un caso paradigmático fue la feroz represión de una manifestación religiosa en conmemoración del nacimiento de Buda en la ciudad de Hué. Esto dio lugar a la inmolación de monjes budistas, siguiendo el ejemplo de un monje que se había prendido fuego en Saigón. Las pagodas budistas eran saqueadas y asaltadas, prohibiendo toda libertad de culto religioso e imponiendo el catolicismo por la fuerza.

Como resultado de la intensa opresión y la escasa posibilidad de participación política se empieza a consolidar, a fines de 1960, el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, alrededor del cual se agruparon todas las fuerzas democráticas del país. El nacimiento del Frente (que en occidente sería conocido con el nombre de Viet Cong) es producto de un proceso político y militar que empezó a adquirir nuevas características; era necesario organizar las fuerzas dispersas, de lo contrario hubiera resultado muy difícil ofrecer algún tipo de resistencia.

En octubre de 1961, Diem declaró el estado de emergencia y puso en marcha el plan de la creación de «aldeas estratégicas», con el total apoyo estadounidense, para eliminar la «infección comunista». Estas aldeas cumplían la función de campos de concentración, donde los campesinos eran sometidos al trabajo forzado.

El punto de vista estadounidense y el incremento de las tensiones

El gobierno títere de Vietnam del Sur se había negado a mantener contacto con el gobierno del Norte, impidiendo cualquier intento de reunificación. Obviamente, la sustitución de Bao Dai por Diem no afectó la situación en lo más mínimo. La única diferencia era que un títere estadounidense reemplazaba a un títere francés. Ninguno tuvo la remota pretensión de ser el verdadero representante o gobierno del pueblo vietnamita. Esta posición la ocupaba firmemente, desde 1945 en adelante, el gobierno de la República Democrática de Vietnam.

Vietnam del Sur estaba muy lejos de tener un gobierno legítimo, aunque los informes del Departamento de Estado de Estados Unidos dijeran lo contrario. Según estos informes, el gobierno luchaba por defenderse y Estados Unidos todo lo que hacía era prestarle la ayuda necesaria.

La posición oficial estadounidense argumentaba que si se abandonaba Vietnam, los comunistas chinos usurparían la región. Pero esta era una gran mentira, por el simple hecho de que el Viet Minh existía 4 años antes de que triunfara la Revolución en China y había combatido a los franceses otros tantos años antes que el régimen de Pekín extendiera su poder hasta la frontera vietnamita. Ho Chi Minh nunca fue el títere de nadie y los chinos nunca amenazaron la independencia y soberanía de la República Democrática de Vietnam, más allá de la solidaridad y ayuda prestada.

El Departamento de Estado redactó unos informes que se conocieron como los Libros Blancos, publicados en 1965. Allí sostenían que, bajo Diem, Vietnam había experimentado un «milagro económico» y se había hecho una reforma agraria

eficaz, pero los del Norte no habían tolerado esta prosperidad del Sur, por lo que habían mandado fuerzas comunistas para infiltrarse y constituir la dirección del Viet Cong, que el Frente Nacional de Liberación era una creación de Hanoi que no respondía a los verdaderos intereses del pueblo que se estaba organizando en Vietnam del Sur. Esto, al decir de Estados Unidos, venía a frenar el progreso constante que supuestamente se venía dando desde 1955, cuando el país se había puesto a trabajar pacíficamente, libre del dominio comunista. Las versiones oficiales imperialistas aseguraban que los comunistas de Hanoi estaban llevando a cabo un plan de agresión contra el Sur que, cuidadosamente concebido, amenazaba la libertad y la seguridad de sus habitantes.

Por esto, decían los Libros Blancos, Estados Unidos se había visto obligado a intervenir, sin pedir nada a cambio, ni territorio, ni bases militares. Además, agregaba que, al restablecerse la paz en Vietnam del Sur, se reduciría inmediatamente esa intervención militar, pero no abandonaría a amigos que querían ser libres. Haría todo lo que fuese necesario para ayudarlos, y responsabilizaría a las autoridades de Hanoi sobre la elección entre la paz y un conflicto continuo y crecientemente destructivo.

Este era el tono del discurso oficial del país imperialista dirigente. Saltan a la vista la total falsedad de los mitos que se fueron creando. Estados Unidos negaba la lucha de un pueblo por su independencia nacional y el hecho de que en el territorio dominado por ellos había estallado una rebelión. Esta debía algunos hombres y algo de material al Norte, pero dependía, en gran parte, del apoyo popular campesino para reclutar a sus hombres y de armas estadounidenses capturadas para equiparlos.

La parte más falsa del informe oficial era la que explicaba los orígenes de la guerra. La presentaba como un ataque desde el Norte, lanzado desesperadamente porque la estabilidad y prosperidad del Sur, gobernado por Diem, había arruinado las esperanzas comunistas de una toma pacífica del poder desde dentro.

Pero la verdadera historia económica de Vietnam del Sur, como la de tantos otros países del área subdesarrollada del «mundo libre», consiste en una acumulación de corrupción, saqueo, hambre y miseria. De manera que no hubo, como dicen los informes oficiales, ningún cambio de política después de 1960, y fue solo una cuestión de tiempo la caída del régimen de Diem. Este era solamente un rejunte de reaccionarios católicos y terratenientes desposeídos, todos ansiosos por recuperar sus viejos privilegios y riquezas.

En lo que respecta al Norte, se había establecido en el gobierno el recién fundado Partido de los Trabajadores (Lao Dong Dang), sucesor del viejo Partido Comunista de Indochina fundado en 1930 por Ho Chi Minh. No se gozaba de una estabilidad desde el punto de vista económico, pero, a pesar de la pobreza y las difíciles condiciones de vida, sobresalían la justicia y la dignidad del pueblo. Se afirmaba, por sobre todas las cosas, la independencia ante cualquier amo imperialista y la necesidad de llevar a cabo la revolución socialista. Se pueden ver, por esos años, los enormes esfuerzos de toda la población por sobrevivir al aislamiento, impulsar la reforma agraria y levantar complejos industriales desde la nada.

Lo que preocupaba a Estados Unidos era más que claro. Los discursos presidenciales de esos años atestiguan el peligro de la expansión comunista. El presidente Eisenhower señalaba el temor al «efecto dominó» que se podía llegar a producir si Vietnam se unificaba bajo el liderazgo de Ho Chi Minh.

El Sudeste Asiático era considerado como un punto estratégico para el dominio imperialista que no se podía perder.

El presidente John F. Kennedy, electo en 1960, pronunció varios discursos de elogio al régimen de Diem llamándolo abanderado de la libertad, es decir, del mundo capitalista occidental. Sin embargo, poco antes de que fuera asesinado en noviembre de 1963, avaló la conspiración organizada por la CIA para derrocar a Diem, ya que su régimen era insostenible frente a la insubordinación interna del país, y también frente a la presión de la comunidad internacional. De manera que se produjo una sublevación de un grupo de generales que se hicieron cargo del gobierno. Los mismos estadounidenses que habían apoyado y defendido a Diem, lo asesinaron y desplazaron del poder.

A partir de ahí se sucedieron más de 10 gobiernos en menos de 2 años, hasta que se estableció en 1965, el Consejo Directorio Nacional, presidido por los generales Nguyen Van Thieu y Nguyen Cao Ky. Si bien este gobierno militar intentó establecer el orden, carecía de toda legitimidad en la población y debía enfrentarse al crecimiento cada vez mayor del Frente Nacional de Liberación.

La escasa estabilidad lograda se terminó de romper en 1966 cuando se produjeron grandes y numerosas manifestaciones budistas. En ese año Estados Unidos debió aparentar cierta «práctica democrática», simulando un proceso electoral que colocó a Thieu en el gobierno.

Las fuerzas armadas estadounidenses invaden Vietnam

La incorporación de Estados Unidos a la guerra de Vietnam se dio de forma total a partir del conflicto del golfo de Tonkín en 1964. En ese golfo, dos barcos destructores estadounidenses fueron atacados por lanchas torpederas norvietnamitas. Varios años después se comprobó que este episodio había sido, en realidad, al revés. La CIA había provocado esta agresión en una de sus operaciones en territorio norvietnamita. Sin embargo, este hecho fue la excusa perfecta para que Lyndon B. Johnson, presidente entre 1964 y 1968, tuviera la aprobación del senado para la participación plena en la guerra.

En marzo de 1965, 3 500 infantes de marina pisaron tierra vietnamita. A partir de ahí, se inició el envío masivo de armamentos y soldados estadounidenses a Vietnam del Sur y el bombardeo sobre objetivos específicos de Vietnam del Norte. Esto se expandió a lo largo de los años de manera sistemática y en aumento permanente.

Robert S. McNamara, el secretario de defensa de Estados Unidos, en uno de sus discursos, dejó bien en claro la misión que su país se proponía realizar en Vietnam, cuando dijo:

El papel desempeñado por Estados Unidos en Vietnam del Sur por lo tanto es: primero, responder al llamado de Vietnam del Sur, nación miembro de nuestra familia del mundo libre, y ayudar a su pueblo a salvar a su país; segundo, prevenir el peligro estratégico que existiría si el comunismo absorbiese los pueblos y los recursos del Sudeste de Asia; y, tercero, demostrar en la prueba de Vietnam que el mundo libre sabe hacer frente a las «guerras de liberación» comunistas, como

ha sabido hacer frente, con éxito, a la agresión comunista en otros niveles.

Bajo estos principios, la población del Sur fue sometida a un régimen de agresión y represión a través de la ocupación de su territorio, con una fuerte participación del ejército autóctono. En el Norte el bombardeo fue brutal e indiscriminado. Los supuestos objetivos específicos militares, a los que los estadounidenses hacían mención, eran ciudades, aldeas, escuelas, hospitales, caminos, puentes, sembrados. Estos últimos eran rociados con gases tóxicos para privar de alimentación a las fuerzas revolucionarias y a la población que las apoyaba.

A pesar de las matanzas y la fuerte crisis producida por la invasión y división del país, los vietnamitas no se quedaron de brazos cruzados. Tanto desde el Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur como desde la República Democrática de Vietnam del Norte, se ofreció una resistencia tenaz e inlaudicable. La estrategia de la guerra de guerrillas y la organización del pueblo entero empezó a desestabilizar y desmoralizar a las tropas yanquis, que se movían en un territorio desconocido e intrincado donde no eran bien recibidas.

A la resistencia incansable de los vietnamitas se agregó, en los siguientes años, un factor que empezó a preocupar a la clase dirigente de la potencia imperialista. La opinión pública, con estudiantes y figuras destacadas a la cabeza, empezó a volverse en contra de una guerra que ya no sentían como propia. La heroica lucha del pueblo de Vietnam y los soldados estadounidenses que, en grandes cantidades, regresaban muertos o mutilados, despertaron un rechazo hacia la guerra dentro de Estados Unidos.

Hay que tener en cuenta que la Unión Soviética no estaba dispuesta a sacrificar la coexistencia pacífica con Estados

Unidos ni su comercio con occidente a cambio de involucrarse realmente con unos guerrilleros en un área tan marginal del mundo. Sin embargo, es cierto que mantenían un intercambio comercial de provisiones y de armas con los norvietnamitas —importante para estos— y sacaban declaraciones formales defendiendo los acuerdos de la conferencia de Ginebra. Por otra parte, China apoyaba a la guerrilla de Vietnam, no enviando tropas sino a través de manifestaciones de solidaridad con las guerras de liberación.

La Ofensiva del Tet

El año 1968 fue un año decisivo de la guerra. La agresión militar estadounidense se había incrementado notablemente. Incluso los funcionarios militares tenían una visión optimista del transcurso de la guerra hasta ese momento. En realidad, esto era parte de un filtro de información que se había creado al interior del ejército, donde la particular forma de transmitir las tareas a los soldados, producía un alejamiento de la realidad que impedía recibir malas noticias. El sistema presionaba a todos los hombres de las fuerzas armadas para que exagerasen o falsificasen las estadísticas. A fines de 1967, los mandos militares seguían teniendo la impresión de que la amenaza del enemigo estaba cediendo y de que con el envío de mayor cantidad de tropas era factible la victoria en Vietnam.

Sin embargo, en la madrugada del 31 de enero de 1968, las fuerzas del Frente Nacional de Liberación, apoyadas por un pequeño grupo de soldados del Norte, sitiaron y tomaron las principales ciudades de Vietnam del Sur y atacaron la embajada estadounidense en Saigón. Así se dio comienzo a la Ofensiva del Tet (el «Tet» es la forma en que los vietnamitas llaman al

año nuevo). Esto produjo tensión y crisis en las altas esferas del gobierno de Estados Unidos. Esta ofensiva tomó por sorpresa a los ejércitos enemigos, que no se esperaban un ataque de tal envergadura. La verdad es que el FNL salió muy debilitado y perdió muchas fuerzas en esos días, por lo que fue considerado un fracaso militar. Pero lo que los vietnamitas vivieron como una derrota militar, fue un triunfo moral muy importante para el desarrollo de la guerra. En los soldados y en la sociedad estadounidense este episodio causó una muy fuerte conmoción. El comandante en jefe de las tropas yanquis en Vietnam desde 1964 fue reemplazado inmediatamente en ese año por el general Creighton Abrams.

El FNL, que desempeñaba su actividad guerrillera en las aldeas y en el campo, había desplazado el enfrenamiento a las ciudades, produciendo un potente efecto en la opinión pública internacional. Las principales revistas norteamericanas, que habían apoyado a la guerra, como *Time* y *Life*, criticaron la política exterior del país, cuestionando el optimismo oficial.

Fue en hechos como este, en los que el ejército norteamericano se vio moralmente derrotado, los que llevaron a que el presidente Lyndon B. Johnson perdiera popularidad y se iniciaran los intentos de negociaciones de paz.

El repliegue del imperialismo

La tensión desatada en el gobierno hizo que Johnson perdiera de su candidatura para ser reelecto presidente y le dejara abierto el camino, en 1969, a Richard Nixon, del Partido Republicano. La política exterior de Estados Unidos se acercó a mantener relaciones más amistosas con China y URSS. Al mismo tiempo, se propuso reducir gradualmente la presencia de sus soldados en

Vietnam del Sur, si bien continuó bombardeando masivamente a Vietnam del Norte. El nuevo presidente sostenía que Estados Unidos debía ser el árbitro del mundo, por lo que se abocó a esa tarea.

En ese año había ocurrido un triste suceso para el pueblo vietnamita. Su principal líder, Ho Chi Minh, había fallecido. Sin embargo, esto no cambió en nada la política de lucha y resistencia, sino que el pueblo decidió continuar hasta las últimas consecuencias con las propuestas e ideas de su viejo y querido Tío Ho, como le llamaban.

Frente a la decisión de los vietnamitas de no ceder ni aflojar ante la agresión imperialista, Nixon anunció un proyecto que llamó la «vietnamización» de la guerra. Esto implicaba el retiro gradual de las tropas norteamericanas del territorio, pero a la vez, mantener el apoyo financiero y militar al gobierno de Vietnam del Sur.

En este marco es que se empiezan a dar una seguidilla de conversaciones en París, pero los acuerdos no fueron fáciles. Los vietnamitas no estaban dispuestos a entregar sus enormes sacrificios en ninguna negociación que implicara hacer concesiones. Por lo que, si bien se empezó a reducir el número de soldados norteamericanos, la guerra no estaba finalizando y todavía se estaba bastante lejos de la paz. Lo que sí estaba claro es que los norteamericanos no tenían ninguna posibilidad de triunfar en Vietnam y estaban tratando de salir lo mejor parados posibles. La opinión pública local e internacional constituía en esos años un factor frente al que no se podía ser indiferente. En realidad se estaba lejos de un proceso de pacificación.

En 1970, tropas estadounidenses invaden Laos y Camboya, y reanudan los ataques aéreos contra Vietnam del Norte. Al mismo tiempo, en el Sur, se realizan nuevas elecciones fraudulentas, de las que Thieu sale una vez más como ganador.

Las negociaciones se detienen en 1972, cuando tras el insoportable acoso de los bombardeos, las fuerzas comunistas del Norte llevan adelante una gran ofensiva e invaden parte del Sur.

Pero los norteamericanos respondieron con una contraofensiva, destruyendo las vías de comunicación y los puertos norvietnamitas. La ciudad de Hanoi fue prácticamente destruida por los bombardeos, que habían sido más intensos y masivos que nunca hasta ese momento.

Como en toda su historia, el pueblo vietnamita seguía en pie, resistiendo y combatiendo, a pesar de la enorme cantidad de muertes y las destrucciones brutales que los imperialistas llevaban a cabo sobre su territorio.

Los tratados de paz y la victoria vietnamita

Es este el contexto en el que se reinician las conversaciones sobre la paz, dado que la confrontación era ya casi insostenible desde los dos bandos, que se hallaban bastante debilitados.

Sin dejar los frentes de combate, el delegado norvietnamita Le Duc Tho empezó a reunirse en París con Henry Kissinger, en ese entonces asesor del presidente Nixon. Es a partir de estas reuniones secretas que, a principios de 1973, se pudo concertar un encuentro entre las delegaciones de Estados Unidos, Vietnam del Sur, Vietnam del Norte y el Gobierno Revolucionario Provisional (este había sido instaurado en la vasta parte del Sur que dominaba el Frente Nacional de Liberación). Allí se firmó el acuerdo del fin de la guerra y la instauración de la paz, lo que implicaba el retiro total de las tropas estadounidenses y

de cualquier potencia extranjera de Vietnam del Sur. Esto fue llevado a cabo a finales de marzo de 1973.

Los años que siguieron se desarrollaron en un combate por lograr la reunificación de Vietnam y expulsar a los cómplices del imperialismo norteamericano, empezando por el gobierno de Thieu en el Sur. Esto se logró luego de una ofensiva del ejército del Norte, al mando del general Tran Van Tra, y del FNL, la cual llevó a la ocupación de las ciudades más importantes del Sur. A comienzos de 1975 fueron conquistadas las dos ciudades principales, Hue y Saigón, y Thieu y sus secuaces renunciaron. El poder fue asumido por un Comité Revolucionario Militar del ejército norvietnamita, junto al Gobierno Revolucionario Provisional dirigido por el FNL.

En abril de 1975, el «año del gato» —los vietnamitas llaman a los años con nombres de animales— se convocó una Asamblea Constituyente, que se prolongó hasta el año siguiente, cuando se produjo la reunificación bajo el nombre de República Socialista de Vietnam. La capital se consolidó en Hanoi y se le cambió el nombre a Saigón, que pasó a ser la ciudad Ho Chi Minh.



El desarrollo de la lucha armada en Vietnam



Luego de haber intentado hacer una breve aproximación sobre los acontecimientos de la guerra desde una mirada externa, es momento de adentrarse en las características que fue adquiriendo la lucha de liberación del pueblo vietnamita. Por lo tanto, este capítulo profundizará en el desarrollo de la lucha armada para luego, en el próximo, abordar algunos aspectos más bien políticos y sociales. La distinción es claramente metodológica, ya que durante la guerra, los vietnamitas nunca vieron separados los aspectos de la lucha, sino que estos eran comprendidos globalmente. De todas maneras, es posible detenerse en las particularidades de los distintos campos en que se fue desarrollando la guerra.

La guerra y la paz

Los vietnamitas tenían muy en claro que el imperialismo jamás iba a renunciar a la guerra y lo verificaban en su vida de todos los días. Eran conscientes sobre la mentira de la supuesta paz que parecía reinar después del fin de la Segunda Guerra Mundial en 1945. Los principales dirigentes de la resistencia se adherían a las posiciones del marxismo-leninismo, según las cuales la violencia es la tendencia fundamental del imperialismo. No era una teoría flotando en el aire, sino que formaba parte de la lucha histórica del pueblo vietnamita. La supuesta paz se desmoronaba frente a la guerra popular de liberación nacional contra la invasión francesa después de la Segunda

Guerra Mundial. A ello, se agregaba la creciente carrera armamentística y las miles de bases militares en todo el mundo que el imperialismo norteamericano estaba desplegando.

Los líderes vietnamitas vivenciaban los padecimientos que debía soportar el pueblo, causados directamente por la política de guerra del imperialismo, y estaban muy conscientes sobre las características del enemigo. Tenían muy en claro que el problema se debía a toda una clase monopolista que manejaba el poder del país imperialista central. No había que ver la agresión como el desvío de los intereses de algunos individuos o los caprichos de un presidente aislado. Tampoco se quedaban en los discursos de los representantes políticos del imperialismo ni de los medios de comunicación, los cuales cada vez que hablaban de paz, en los hechos impulsaban aún más su política de guerra, por más que la adornaran en nombre de la democracia y la libertad.

Los individuos que ejercían el poder representaban los intereses de toda una clase dominante explotadora. Para los vietnamitas era indiferente el nombre del presidente norteamericano de turno y, mucho menos, si este era demócrata o republicano (los dos partidos que se disputan el gobierno en Estados Unidos, unos con un discurso más «humanitario–progresista»; otros con un discurso más reaccionario y represivo).

Después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo había entrado en la época que se dio en llamar la «guerra fría». El campo socialista, dirigido por la Unión Soviética, y el campo capitalista, dirigido por los Estados Unidos, iniciaron una competencia en la que se desplegaron las tecnologías militares más avanzadas.

Ahora bien, la estrategia militar del imperialismo se apoyaba en las armas nucleares y sobre una forma determinada de guerra mundial. Si bien las armas nucleares tienen un terrible

poderío destructor, es justamente esto lo que impedía a los imperialistas poder usarlas o disponer de ellas en cualquier momento. En primer lugar, porque los yanquis no eran los únicos que poseían esta clase de armas; y en segundo lugar, porque el uso de estas armas conllevaría un odio mundial contra Estados Unidos difícilmente reversible. A su vez, la destrucción que implicaría sobre los pueblos que luchan por su liberación nacional sería tal, que el imperialismo no podría más explotarlos ni saquear sus riquezas. De ahí que una estrategia militar que se apoyara solo sobre armas nucleares conduciría a Estados Unidos a un callejón sin salida.

Esto fue solucionado por una estrategia que adoptó el gobierno de John F. Kennedy, llamada de «reacciones flexibles». Lejos de contribuir a la paz o llevar al estancamiento que implicaría el desarrollo de las armas nucleares, la nueva estrategia permitía al imperialismo continuar su política de guerra. Esta estrategia fue utilizada en Vietnam y consistió en dos tipos de guerra: la guerra local y la guerra especial. Con esto, los imperialistas intentaron retomar la iniciativa y salir de la posición de defensiva a la que la guerra fría los estaba llevando.

Los pueblos del Tercer Mundo representaban una fuerte amenaza para la hegemonía capitalista mundial. Por tanto, era necesario combatir sus luchas por la liberación, implementando nuevos tipos de guerra.

De ahí que la única forma posible de salvaguardar la paz fuera sostener la guerra popular contra el imperialismo en todos los países de Asia, África y América Latina. Mientras el imperialismo no hubiese sido derrotado por la revolución socialista mundial era imposible hablar de paz.

La guerra, continuación de la política

Los líderes vietnamitas dedicaron mucho tiempo al estudio del imperialismo y a definir las estrategias para derrotarlo. El principal referente en cuestiones militares fue el general Vo Nguyen Giap (1912), dirigente y organizador del ejército popular de liberación y luego ministro de defensa. La fuente más importante sobre la que se apoyaba para desarrollar sus análisis eran los escritos de Lenin sobre la guerra. Este último, a su vez, se apoyaba en Karl Von Clausewitz (1780–1831), un teórico militar prusiano cuyo libro principal es *De la guerra*.

Vladimir Ilich Lenin (1870–1924) era el referente teórico fundamental de los dirigentes vietnamitas. El líder bolchevique dejó, a lo largo de su vida, una vasta obra escrita, en la que reflexiona sobre los problemas de la Revolución: la situación económica–política de Rusia, la formación del Partido, la estrategia para la toma del poder por los revolucionarios, los problemas que se presentan cuando los revolucionarios ejercen el poder. Estas reflexiones no nacían a partir de un profesor universitario o un mero teórico encerrado en una biblioteca. Lenin se apoyaba permanentemente en la práctica revolucionaria y, desde ella, iba construyendo su teoría crítica. El triunfo de la Revolución socialista rusa en 1917 y la permanencia en el poder, hacían de Lenin una fuente obligada para todos los revolucionarios del mundo. Particularmente los vietnamitas se habían nutrido mucho de esas fuentes.

El general Giap había leído atentamente el artículo «La guerra y la revolución» de Lenin, donde decía:

La guerra es la continuación de la política por otros medios. Toda guerra se liga íntimamente al régimen político que ha desatado. Esta es la política que un país determinado, una

clase determinada en ese país ha seguido desde hace mucho tiempo antes de la guerra, y obliga a la misma clase a seguir llevándola a cabo durante la guerra, con el cambio de forma de acción.

Los vietnamitas no dudaron en entender a la guerra como continuación de la política. Esta lectura les permitió acertar siempre en la estrategia de conformar un ejército popular, que supiera adaptarse a los distintos momentos de la guerra.

Las fuerzas de la guerra estaban bien delimitadas: las de la clase explotadora dominante contra las de las masas populares. Estas, como parte de los oprimidos del Tercer Mundo, si se organizaban, eran capaces de quebrar al imperialismo y lograr la paz mundial.

Por lo tanto, el imperialismo no será aniquilado por las armas nucleares sino por las revoluciones de los pueblos oprimidos, mediante la movilización del odio de las masas populares contra la dominación imperialista. El único camino para evitar las consecuencias de una guerra nuclear era el sacrificio de los movimientos revolucionarios por el socialismo.

Entonces, el postulado de que la guerra es la continuación de la política, llevaba a los vietnamitas a distinguir la guerra justa de la injusta, y elevaban esto como un fundamento clave del marxismo-leninismo.

El general Giap tenía la certeza de que es la «política la que determina el carácter de la guerra y el objetivo concreto para la estrategia militar». Era necesario distinguir entre la guerra injusta, que esconde una política que responde a los intereses de las clases opresoras imperialistas; y la guerra justa, de liberación nacional, que representa la política que aboga por los intereses de los pueblos oprimidos.

Se consideraba la guerra como un fenómeno histórico-social, producto de la lucha de clases y, por ende, inevitable en el capitalismo. De esto se desprendía la necesidad de señalar claramente las condiciones concretas que habían originado la guerra, aclarando cuáles eran las clases que la habían planificado y llevado a cabo, y cuál era el objetivo de esa clase. No se puede analizar una guerra si se desconoce la línea política de la clase dominante de los países beligerantes.

La violencia se presentaba como una necesidad para la liberación. Esta necesidad surgía de la certeza de que el imperialismo ni por casualidad iba a entregar el poder voluntariamente y, mucho menos, se derrumbaría por sí solo.

La guerra revolucionaria rechazaba al pacifismo burgués que hacía un planteo abstracto, desconociendo la realidad de los pueblos del Tercer Mundo. Es por ello que los vietnamitas descartaban las negociaciones como un método de lucha, y planteaban la necesidad de subordinarse al resultado de la lucha práctica de las masas. Es decir, sostenían que lo que no se puede lograr mediante la lucha práctica, no puede conseguirse mediante negociaciones. Por lo tanto, no había que debilitar esa lucha a causa de las negociaciones.

En Vietnam no tenía sentido, como decía Giap, el «veneno del pacifismo y humanitarismo burgueses». El pacifismo y el humanitarismo burgueses rechazan toda clase de violencia, sin distinguir la violencia imperialista que reprime a los movimientos revolucionarios, de la violencia emancipatoria, partera del nuevo orden social.

La Revolución de Agosto había reconquistado la soberanía nacional y se podría haber alcanzado la paz de un país independiente. Pero esto no fue posible, y no quedó otra salida que la guerra de liberación nacional contra la agresión imperialista de los franceses. Así comenzó la resistencia nacional y todo el

pueblo se alzó bajo la consigna: «mejor sacrificar todo que perder el país y volver a caer en la esclavitud».

Oponer la guerra justa a la guerra injusta fue lo que hizo el pueblo vietnamita, lo que le permitió la construcción de un ejército popular prácticamente invencible.

El hombre y el arma, ejército popular de liberación nacional

El general Giap se detuvo ampliamente en el análisis sobre las características de la guerra justa. La clave estaba en considerar al hombre como el factor decisivo para el triunfo de la guerra, criticando con energía la teoría burguesa según la cual el arma es lo decisivo. Esta visión se sostenía en la interpretación del marxismo-leninismo que hacía el Partido, según la cual, el motor del desarrollo de la historia es la lucha de clases y son las masas populares las que hacen la historia.

Este planteamiento le permitía considerar a la lucha de clases como el camino para derrotar al gran poderío del arma nuclear. El imperialismo no podía ser derrotado mediante la «conciliación de clases» que no distingue a la guerra justa de la injusta, al amigo del enemigo. La contradicción fundamental se plantea entre la revolución socialista de los pueblos oprimidos y el sistema capitalista mundial, y no «entre la humanidad y el arma nuclear».

Los marxistas-leninistas consideran que, si bien el arma nuclear tiene una gran potencia, no deja de ser un instrumento de la lucha de clases y en ningún momento la sustituye. Por lo tanto, la estrategia revolucionaria no cambia, y es el hombre el factor decisivo de la guerra. De lo contrario, si el arma fuera

el factor decisivo y el poseedor de muchas y buenas armas el seguro vencedor sobre el que tiene pocas y malas, los pueblos trabajadores oprimidos se tendrían que haber cruzado de brazos y no haber llevado a cabo ninguna lucha como la emprendida en Vietnam.

En el devenir de la guerra popular, los líderes vietnamitas nunca olvidaron que la guerra es la continuación de la lucha política mediante las armas y que en ella se desarrolla la lucha armada de los pueblos explotados por la liberación nacional.

Así, en el proceso de formación de las fuerzas armadas de liberación, hay que tener presente a los hombres y mujeres que las integran, que son campesinos, obreros y el pueblo trabajador. Estos tienen como objetivo la independencia nacional, la tierra para quien la trabaja y el avance hacia el socialismo. Este objetivo es lo que le imprime al ejército popular de liberación un carácter indestructible, a pesar de la escasez de armas y tecnología. Los combatientes y cuadros revolucionarios provienen de las entrañas del pueblo, forman un ejército obrero-campesino, organizado y dirigido por el Partido, que defiende sus intereses. En ello reside la diferencia fundamental entre la ciencia militar burguesa y la ciencia militar proletaria.

Ho Chi Minh tenía muy claro este concepto y consideraba a la ideología como la clave del triunfo sobre un ejército materialmente superior, por lo cual explicaba:

Para resistir a los aviones y los cañones del enemigo no teníamos más que lanzas de bambú. Sin embargo, nuestro partido es un partido marxista-leninista, que no mira solo al presente, sino también al porvenir, y que coloca su confianza en la moral y fuerza de las masas. Por eso respondíamos resueltamente a los vacilantes y los pesimistas:

Es cierto, hoy el saltamontes compite con el elefante; pero mañana el elefante será destripado por el saltamontes.

En el ejército imperialista, dedicado a sostener guerras injustas, el arma es la que domina al hombre. Esto se debe a que los explotadores, en tanto dueños de las armas, utilizan a las masas militares pertenecientes a las clases explotadas como carne de cañón, para servir a sus intereses. Este antagonismo de clase hace que entre el hombre y el arma exista una relación antagónica. Por el contrario, en el ejército popular, el interés de clase es el mismo, no existe esa contradicción antagónica, el hombre domina al arma y juega el papel dirigente.

Esto explica la audacia de los vietnamitas al combatir con armas precarias, muchas de las cuales eran trampas artesanales y lanzas de caña de bambú usadas contra un enemigo que tenía armas de máxima tecnología. Gran parte del arsenal que poseían los vietnamitas era obtenido por la sustracción de armamento al enemigo.

Un arma artesanal muy usada, sobretodo por el FNL en el Sur, y que tuvo una gran efectividad, fueron las «espigas». Estas constituían un medio defensivo y estaban hechas de bambú, madera, ramas, clavos usados, chatarra vieja, etc. Había espigas para responder a distintas formas de avance del enemigo en el combate: unas estaban destinadas a los paracaidistas o a las tropas, algunas colgadas de los árboles, otras en pozos bajo tierra, diseminadas por toda la aldea. El ejército agresor yanqui cayó infinidad de veces en las trampas de espigas, a pesar de contar con armamento ultramoderno.

El arma es el instrumento del hombre, en tanto que le permite convertir la poderosa convicción de sus fuerzas morales en una fuerza material capaz de destruir al enemigo, por más inferior que la del adversario ella sea. El ejército popular de liberación posee, por lo tanto, un espíritu combativo muy elevado, esencial para el dominio del arma y condición necesaria para que la capacitación técnica no se transforme meramente en el

dominio de un objeto inerte. Sin espíritu combativo, el nivel técnico no tiene sentido. Las instrucciones políticas del Partido son fundamentales para desarrollar al máximo los elementos morales e ideológicos del ejército popular vietnamita. De manera que el nivel de la conciencia va creciendo en el ejército, el cual se funde con el pueblo, produciéndose una unidad entre cuadros políticos y soldados.

En la guerra justa, entonces, se combinaban la lucha armada con la lucha política, el combate con la insurrección. Es una guerra llevada por todo el pueblo y en todos los planos. Se desarrolla en todas las regiones, tanto rurales como urbanas, si bien estas ocupan lugares diferentes.

En la guerra popular siempre se debe tratar de no perder la ofensiva, movilizandó el factor moral, la supremacía política, el coraje y la ingeniosidad de todo el pueblo vietnamita. El punto de apoyo fueron siempre las tradiciones de indomabilidad y talento para resistir, que lo caracterizaron a lo largo de su historia. En este sentido el factor determinante fue la dirección del Partido, quien aseguró la victoria de la guerra del pueblo para abrir el camino al socialismo.

Giap subrayó también la importancia de desarrollar un «arte militar». Este está constituido por tres partes: la estrategia, el arte operativo y la táctica.

La estrategia ejerce la acción directiva, permitiendo crear las condiciones fundamentales para una buena táctica y arte operativo. Pero, a su vez, solo una buena ejecución de los problemas operativos y tácticos permite alcanzar los objetivos estratégicos.

El arte militar es el de todo el pueblo en lucha y se concentra en la formación de un ejército popular, dividido en tres categorías de tropas: regulares, regionales y milicias de autodefensa. De manera que se combinan la guerrilla con el combate regular,

los encuentros pequeños con los de gran envergadura. Tratando activamente de aniquilar al enemigo.

El desarrollo de la lucha armada y las distintas tácticas para derrotar a la agresión imperialista se dio en varias etapas y en distintas modalidades. Resulta productivo extenderse en algunos momentos fundamentales de la larga historia de lucha del pueblo vietnamita, que pueden resumirse del siguiente modo: 1930–1940, se concentraron las fuerzas en la lucha política; 1940–1946, fueron seis años de lucha política combinada con luchas armadas; 1946–1954, se desarrollaron ocho años de lucha armada; en 1954, en el Norte la revolución paso a la construcción del socialismo y en el Sur se empezó a llevar a cabo de forma creciente la lucha armada hasta 1975, junto con la resistencia en el Norte a los ataques aéreos imperialistas.

La guerra de liberación contra los colonialistas franceses

En 1930 se fundó el Partido Comunista de Indochina con un objetivo político bien preciso: «derribar al gobierno del enemigo y tomar el Poder estatal para los obreros y campesinos», señalando a la insurrección armada como el método para apoderarse del poder.

Luego del estallido de la Segunda Guerra Mundial y la invasión de los japoneses, el Partido analizó la situación concluyendo que se iniciaba un nuevo ciclo de guerras y revoluciones, e impulsó la creación del Viet Minh. Tras muchos años de trabajo político entre las masas populares, el programa político pudo expresarse en la Revolución de Agosto de 1945, cuando el Partido condujo a todo el pueblo a iniciar una insurrección

general armada y se apoderó del poder estatal. La violencia popular destruyó el aparato del Estado de los colonialistas. El pueblo se levantó en su conjunto en todas partes, se produjeron enormes manifestaciones y demostraciones. La Revolución fue el resultado de la combinación de las fuerzas políticas y armadas, luego de una prolongada lucha.

Pero, tres semanas después de proclamada la República Democrática de Vietnam, presidida por Ho Chi Minh, el Cuerpo Expedicionario Francés atacó Saigón. A partir de este hecho, toda la nación vietnamita se levantó contra la invasión extranjera, dando inicio a una guerra de liberación nacional que se prolongó nueve años.

Cuando el Cuerpo Expedicionario Francés entró en Saigón se encontró con la resistencia de la población que se retiró al campo, luego de combates callejeros heroicos, para reforzar y multiplicar las fuerzas de las guerrillas. Inmediatamente, Ho Chi Minh llamó al pueblo a resistir hasta la última gota de sangre y a levantarse para aplastar al enemigo. Dada la superioridad material del enemigo, los vietnamitas decidieron atacarlo en todas partes e impedirle que se desplegara libremente, quitándole movilidad.

El Viet Minh estableció el gobierno central en la zona montañosa de Viet Bac y creó zonas militares. A su vez, reforzó los poderes de las autoridades locales para que pudieran movilizar al pueblo y organizar la resistencia.

La estrategia del alto mando francés consistía en la reagrupación de tropas para preparar una ofensiva relámpago que terminara rápidamente con la guerra. Por lo que, en octubre de 1947, realizó una campaña contra la base principal en Viet Bac para aniquilar la cabeza directiva de la resistencia. Pero, contra lo que pensaban los franceses, la operación fue un rotundo fracaso y sufrieron enormes pérdidas. Los vietnamitas no estaban

dispuestos a ceder ante la estrategia del enemigo, sino que habían decidido resistir prolongadamente.

Los franceses se vieron obligados, a partir de 1948, a cambiar la estrategia: reagrupando las tropas, fortaleciendo las regiones ya ocupadas e intentando una «pacificación». Para esto, se creó en el Sur un gobierno central títere que permitiera mantener la guerra y enfrentara a los vietnamitas entre sí.

Pero los generales de la resistencia vietnamita no perdieron la ofensiva, sino que respondieron a esto intensificando las guerrillas y, al decir del general Giap: «haciendo de su retaguardia nuestras propias posiciones avanzadas». Las unidades vietnamitas se dispersaban por todo el territorio en compañías autónomas que operaban en las zonas controladas por el enemigo, desencadenando la guerrilla y estableciendo bases para proteger el poder popular local.

Los vietnamitas llevaron la guerra a su terreno. Habían planteado una guerra extremadamente dura y en todos los frentes: militar, económico y político. La clave de la estrategia de resistencia estaba en mantener firmes los poderes populares locales, liquidar a los colaboracionistas principales, eliminar a los traidores y hacer una propaganda activa por la desintegración de las tropas auxiliares vietnamitas creadas por los franceses. Todo eso, acompañado por la creación y el fortalecimiento de bases guerrilleras pequeñas y grandes.

El frente no estaba definido, sino que se encontraba allí donde estaba el enemigo: «en todas partes y ninguna». De esta manera, el frente de la guerra se desplazaba permanentemente hacia la retaguardia del enemigo, sin cesar nunca de consolidar las zonas liberadas. El ejército popular iba creciendo cada vez más a medida que avanzaba la guerra.

A comienzos de 1949, el ejército popular de liberación inició una serie de campañas infringiendo grandes pérdidas en

el enemigo. Es en este punto en que los colonialistas franceses empiezan a preocuparse seriamente, y la colaboración de Estados Unidos comienza a ser más intensa.

En este contexto ocurrió un hecho importante: el triunfo de la Revolución china y el establecimiento de la República Popular China en 1949, hecho que influyó notablemente en la guerra de liberación en Vietnam, ya que ahora se encontraba unido al campo socialista.

En los años que siguieron, se empezaron a liberar distintos territorios de Vietnam y a ocasionarle grandes pérdidas al enemigo. La zona ocupada por el enemigo se reducía gradualmente. Ya para 1953 casi todo el territorio del norte estaba liberado. El enemigo todavía ocupaba Hanoi y las grandes ciudades, pero estaba cada vez más cercado y arrinconado.

La guerra del pueblo estaba demostrando su superioridad a medida que la lucha se prolongaba. Era una guerra justa que se proponía lograr la independencia nacional, asegurar a los campesinos el derecho a la tierra y defender las conquistas de la Revolución de Agosto. La cuestión decisiva que permitió que el ejército popular pudiera arrinconar al enemigo fue educar, movilizar, organizar y armar a todo el pueblo para participar en la resistencia. El enemigo estaba bien identificado y era odiado profundamente por todo el pueblo: el imperialismo agresor y los terratenientes feudales.

Dadas las condiciones materiales inferiores, se debía tener mucha paciencia, destruir progresivamente al enemigo, mientras se consolidaban las fuerzas propias. Giap llamaba a esto: «acumular millares de pequeños éxitos para llegar a una gran victoria». Por lo tanto, el Partido supo caracterizar correctamente a la guerra como popular y prolongada, donde la consigna era «fortalecerse combatiendo sin cesar».

La forma esencial de la guerra fue la guerrilla, que podía ser aplicada en la montaña o en el delta, con armas buenas o malas, y hasta sin armas, aprovisionándose de las del enemigo. Toda la población participaba de la guerra donde quiera que se presentara el enemigo: cada poblado tenía su dispositivo de defensa; cada distrito tenía sus tropas regionales, que combatían bajo la dirección del comité local del Partido y del poder popular, en coordinación con el ejército regular.

Con el desarrollo de las fuerzas guerrilleras, la guerra pasó a ser una guerra de movimiento. Se realizaron cada vez más campañas de mayor envergadura, involucrando a varias divisiones y aumentando las fuerzas del ejército popular.

Un problema al que se le dio mucha importancia fue al de la retaguardia. Se edificaron bases de resistencia en el campo y se aumentó y defendió la producción agrícola. Esto era de vital importancia para el aprovisionamiento del frente, así como también para el mejoramiento de las condiciones de vida de los campesinos. El crecimiento de las fuerzas de resistencia dependía del problema agrario. Tanto es así, que en 1953 se llevó a cabo una reforma agraria que provocó un nuevo entusiasmo para continuar la guerra.

De esta forma se fueron creando las condiciones favorables para lo que sería la batalla decisiva y para poder llegar a las negociaciones de Ginebra con la victoria de antemano. Fue atacado, entonces, Dien Bien Phu, el campo atrincherado más poderoso del ejército francés en Indochina. Con esta acción se logró estrangular al enemigo, modificando el curso de los acontecimientos. Se obtuvo el triunfo decisivo más importante de toda la guerra.

La batalla de Dien Bien Phu duró 55 días y 55 noches, del 13 de marzo al 7 de mayo de 1954; marcó el fin de la dominación francesa en Indochina y consolidó definitivamente

la independencia de la República Democrática de Vietnam del Norte. Las tropas de Giap aniquilaron o capturaron a 16 000 soldados enemigos y obtuvieron la rendición de toda la oficialidad encabezada por el general De Castries.

Vo Nguyen Giap fue el estratega fundamental que permitió la consolidación de un ejército popular regular que podía combatir frente a frente y derrotar a un enemigo fuerte y materialmente superior.

El surgimiento del Frente Nacional de Liberación (FNL) y la lucha contra la agresión imperialista yanqui en el Sur y en el Norte

Luego de la expulsión de los franceses, todavía quedaban arduas tareas por emprender. En el Norte, bajo la dirección del Partido, se proponían la construcción del socialismo a partir de un país devastado y con una base material débil. En el Sur, la lucha armada empezaba a gestarse para terminar la inconclusa tarea de derrotar al invasor imperialista. En las dos zonas se estaban viviendo dos procesos diferentes pero que eran parte de la misma lucha. Serían necesarios varios años más de combate contra la agresión yanqui para obtener el triunfo definitivo y la reunificación del país.

En el Sur, la intervención norteamericana fue en aumento. Luego de la derrota de los franceses, los yanquis se involucraron todavía más, brindando asesoramiento y financiación a los gobiernos títeres que se fueron sucediendo. En los años 1959–60, se inició un movimiento de insurrecciones en cadena que

estalló en el campo y luego, con la creación del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, se transformó en una vasta guerrilla en estrecha coordinación con el movimiento político de las ciudades.

A partir de aquí, el desarrollo de las fuerzas armadas populares de liberación en el Sur va a relacionarse con las características que se concretaron a través de sus diferentes fases.

Al comienzo, las fuerzas dirigentes eran el ejército político de las masas y las unidades de autodefensa armadas que lo apoyaban. Luego, de 1963 a 1965, comenzó la guerra popular de liberación contra la «guerra especial». Los combates se dieron principalmente entre las tropas títeres survietnamitas y las Fuerzas Armadas de Liberación (FAL), el brazo armado del FNL. Estados Unidos había instalado bases militares en las ciudades de la costa y algunas en el centro de la región. El teatro de la guerra se desenvolvía en todo el territorio.

Los asesores estadounidenses habían ideado la política de las «aldeas estratégicas». Las viviendas eran incendiadas y, mediante medidas de terror, conducían a la población como si fuese un rebaño, hacia disimulados campos de concentración. El objetivo de esta medida era alejar a la población de las fuerzas armadas revolucionarias y luego aniquilar a estas últimas mediante un ejército títere numeroso y bien equipado.

Las «aldeas estratégicas», impulsadas por Diem, fueron destruidas por la lucha armada y los levantamientos campesinos.

La forma de lucha del FNL se vio determinada por el hecho de que suponía en los campesinos vietnamitas un proceso de aprendizaje. Los campesinos debían aprender a defenderse contra un enemigo prepotente.

Al principio, se usaban métodos muy primitivos de combate, como la construcción de trampas con cañas de bambú. Las FAL empezaron a crear tropas de liberación locales y unidades

del ejército regular, todavía con un armamento mediocre que le capturaban al enemigo. Se desplegaban en tres zonas estratégicas: las montañas, el campo y las ciudades, cada una con su propia modalidad de ofensiva y defensiva.

Su composición y organización se parecía bastante a las del ejército popular de liberación que había derrotado a los franceses; se dividía en tres categorías: unidades guerrilleras de autodefensa, tropas regionales y tropas del ejército regular. Con estas fuerzas se logró una concentración de tropas que enfrentaron a las unidades regulares enemigas, tomando la ofensiva y haciendo fracasar la «guerra especial».

Ante ese fracaso, el imperialismo yanqui se vio obligado a enviar a Vietnam un cuerpo expedicionario de tropas estadounidenses en apoyo de las tropas títeres, a partir de lo cual se desencadenó una contra-ofensiva contra las fuerzas de liberación. Pero el FNL no se replegó, sino que intensificó la lucha armada y la lucha política, generando una serie de nuevas batallas y aumentando la actividad guerrillera. Las tropas norteamericanas eran atacadas constantemente en todas las zonas y experimentaban un fracaso tras otro, sufriendo golpes inesperados.

La agresión imperialista, en vez de aflojar, continuó aumentando la contraofensiva, y envió 200 000 soldados durante 1965–1966 y 400 000 durante 1966–1967. Pero su táctica, que básicamente consistía en «buscar y destruir» (search and destroy), fracasó y fue frenada permanentemente. Esta táctica consistía en ingresar al interior de la jungla, atacar bases, áreas de aprovisionamiento, y expulsar de allí a las milicias vietnamitas del FNL, para entrar en batalla con ellas. En el combate, los helicópteros eran utilizados para cubrir la retirada y descargar un masivo poder de fuego, utilizado para ello bombas, balas y misiles. Pero los combatientes del FNL evadían esta táctica, debido al amplio apoyo de la población y al

conocimiento detallado del territorio, generando emboscadas a las misiones de las tropas yanquis.

Incluso en el punto más alto de la escalada yanqui contra las dos zonas del país, el FNL tomó la ofensiva nuevamente en la primavera de 1968. La estrategia de «guerra local» que habían implementado los estadounidenses fue derrotada. Las FAL y la población survietnamita tomaron por sorpresa al enemigo, ya que realizaron levantamientos masivos con tomas de ciudades. Este hecho hizo que las tropas regionales del ejército de liberación salieran fortalecidas y se mejorara la capacidad organizativa. La Ofensiva del Tet de 1968, se inició el 30 de enero y continuó hasta 5 meses después. Ya en febrero, el FNL había ocupado 64 ciudades importantes, incluidas Hue y Saigón, estableciendo el poder revolucionario en la primera. También fueron destruidas numerosas bases militares yanquis que debieron ser evacuadas de urgencia.

El criterio ofensivo fue la base ideológica de la estrategia de la guerra popular en Vietnam, en todos sus momentos históricos. Había que fortalecer la coordinación del aniquilamiento de las tropas enemigas y la conquista y mantenimiento del poder popular en el territorio. Esto fue lo que ocurrió en la Revolución de Agosto y en la batalla de Dien Bien Phu. En el Sur también pasó lo mismo; allí se fortalecieron las zonas liberadas y se incrementaron sin descanso las propias fuerzas, a medida que se aniquilaba al enemigo.

El FNL puso toda la energía en construir una fuerza global, logrando unir y articular la lucha armada y la lucha política. Esto le permitió dar un golpe mortal a las tropas imperialistas y destruir a un enemigo superior. Así, la guerra de guerrillas se desarrolló con vigor únicamente en aquellos lugares donde se realizó a la par una fuerte lucha política. El FNL había adoptado una estrategia bautizada como «ataque conjugado por tres

puntas de lanza»: la punta armada, la punta política de lucha de masas y la punta «binh-van» (trabajo dentro del ejército títere).

El enemigo fue acosado permanentemente, cercado, acorralado, atacado sin tregua y aniquilado. La guerra se daba en todos los planos, de modo que las Fuerzas Armadas de Liberación tenían un gran apoyo en las aldeas, gracias al trabajo de las fuerzas políticas.

A partir de la ofensiva de 1968 Estados Unidos pasó a la defensiva. En 1970, ante la imposibilidad de avanzar en Vietnam del Sur, invadió Camboya y luego extendió los bombardeos masivos a Laos. Estos se habían iniciado varios años antes, para impedir el abastecimiento de las FAL por la «ruta de Ho Chi Minh» que salía de Vietnam del Norte, entraba en Laos y volvía a aparecer en Vietnam del Sur. La frontera de Laos y Camboya era zona más firme, cientos de kilómetros de largo y decenas de ancho, que controlaban las FAL.

El fracaso de la «guerra local» imperialista llevó a que el gobierno yanqui hiciera un cambio de estrategia. De manera que intentó prolongar la guerra con el fin de mantener el dominio imperialista, para lo cual se propuso la «vietnamización» de la guerra. Pero ya en 1971 la estrategia estaba experimentando un claro fracaso.

En 1972 las FAL lanzaron otra gran ofensiva, a la que Estados Unidos no pudo responder más que reanudando los bombardeos contra Vietnam del Norte.

La resistencia del Norte a tales ataques y el sostenimiento de la ofensiva en el Sur, sumados al deterioro de la situación interna de Estados Unidos, llevaron, en enero de 1973, a la firma de los acuerdos de París, donde se obligaban a retirar todas las tropas extranjeras.

Hasta 1975, y mientras el cuerpo mercenario invasor se retiraba lentamente, prosiguieron los ataques del siempre renovado ejército de Saigón con sus mandos estadounidenses y los bombardeos en el Norte.

Así como en el Sur las tropas yanquis invadían las aldeas y las ciudades, en el Norte la agresión no se quedaba atrás. A partir de 1964, la zona norte del país venía siendo permanentemente bombardeada. El ejército popular y la población entera opusieron una guerra de nuevo tipo por tierra y aire, combatiendo las fuerzas navales y aéreas del enemigo. El pueblo entero se entregó a los trabajos de defensa y protección, aseguró las comunicaciones y transportes, participó en el combate y la producción. Giap definió esto como «defender la retaguardia sin dejar de resguardar el frente».

La guerra popular fue conducida sobre la base de un régimen de construcción socialista, donde el Partido movilizó las fuerzas de todo el pueblo. Para esto tuvo que aumentar las fuerzas armadas populares, reorientar la economía, dispersar las industrias centrales para evitar las bombas, impulsar la economía regional, y evacuar a la población de las zonas más expuestas a los ataques del enemigo. En fin, hubo que combinar el combate con la producción, incluso la mayoría de las fábricas constituían organizadas unidades de autodefensa.

La gran motivación del pueblo vietnamita en el Norte fue la construcción socialista y sus logros, lo que permitía impulsar la resistencia en forma total y unitaria.

El Sur y el Norte del país estaban unidos por el mismo objetivo: derrotar la agresión imperialista. Para esto era necesario impulsar la lucha de liberación nacional, desarrollar la revolución democrática en el Sur y fortalecer el socialismo en el Norte. Eran dos tareas distintas de un mismo proceso.

Nguyen Van Troi, héroe del Frente Nacional de Liberación (FNL)

El 15 de octubre de 1964, por orden de los yanquis, sus lacayos de Saigón fusilaron a un joven obrero electricista. Numerosos periodistas survietnamitas y extranjeros presenciaron la ejecución. El nombre de Van Troi se hizo rápidamente célebre en el mundo entero.

Nguyen Van Troi nació en 1940 en un poblado de Vietnam del Sur, hijo de una familia de campesinos pobres. Su padre había formado parte de la resistencia contra los franceses y había sido recluido en una cárcel. Frente a ese hecho la familia tuvo que refugiarse en Saigón y huir de la aldea. En esa ciudad Van Troi aprendió el oficio de electricista y empezó a establecer contactos con los revolucionarios clandestinos.

Así como su padre había enfrentado a los franceses, el hijo se integró a la lucha contra los yanquis, con la misma voluntad antimperialista. Con sus propias palabras expresó:

«He crecido formado por la Revolución, mi padre era combatiente de la Resistencia antifrancesa y fue torturado por el enemigo hasta quedar inválido. Llevo en mi corazón un odio incontenible hacia los enemigos de la Patria. He llegado a Saigón con la firme decisión de continuar la obra revolucionaria de mi padre».

En 1964 se presentó como voluntario para formar parte de una unidad especial en la lucha armada. Cuando se enteró que McNamara, el secretario de defensa de Estados Unidos, llegaría a Saigón en mayo de 1964, formó parte del plan de acción para castigar al cabecilla del Pentágono. Durante los preparativos del plan, fue detenido y violentamente torturado, pero nunca aflojó ni tampoco dudó en decir sus propósitos: «Quise matar

a McNamara porque es enemigo de la Patria. Acepto toda la responsabilidad de mi acción». Estuvo 4 meses en prisión, sometido a torturas, amenazas e intento de sobornos. Intentó fugarse de la cárcel, pero fue capturado y quedó inválido. El 10 de agosto de 1964, Troi fue condenado a pena de muerte y no dudó en declarar de nuevo: «Quiero ser breve. Lamento no haber podido matar a McNamara».

En Saigón se iniciaron numerosas manifestaciones a favor de Troi. Su esposa —se había casado poco antes de caer preso—, lo acompañó todo el tiempo, relatando la convicción de su esposo frente al acoso permanente del enemigo. Lo visitó varias veces en la cárcel, manteniendo siempre, aún en las condiciones más difíciles, una apasionada historia de amor. Ella incluso le informaba sobre los acontecimientos que pasaban afuera, y era acompañada y protegida por los compañeros de lucha de Troi.

Hubo un momento en que Van Troi pudo haber sido liberado. En Caracas, la organización armada Fuerza Armada de Liberación Nacional (FALN) de Venezuela secuestró al coronel norteamericano Smolen, advirtiéndole que si Troi era ejecutado, el militar yanqui también lo sería. Debido a esto los estadounidenses tuvieron que ordenar a sus títeres de Saigón que suspendieran la ejecución. Las negociaciones se llevaron a cabo y Smolen fue liberado.

Sin embargo, a pesar de todo y de las repercusiones en todo el mundo, Van Troi fue fusilado a principios de octubre. Frente al pelotón de fusilamiento, dijo a los periodistas presentes:

Por no haber podido soportar la muerte de mi pueblo y la humillación de mi patria, he luchado contra el imperialismo yanqui. No soy culpable a los ojos de mi pueblo y de mis compatriotas. Yo he luchado contra el imperialismo yanqui

y no contra mi pueblo. Amo entrañablemente a mi Vietnam querido. Nunca he estado contra mi pueblo. He luchado contra los yanquis que han agredido a Vietnam del Sur, que han venido a traer tanta desgracia, dolor y muerte a mis compatriotas.

Finalizó diciendo «No tengo nada de qué arrepentirme» y gritando tres veces: «¡Viva Ho Chi Minh!», junto con los disparos, murió al grito de: «¡Viva Vietnam!».

El FNL y todas las organizaciones revolucionarias del mundo lo consideraron como héroe de la revolución y ejemplo a seguir en la lucha.

El carácter de la Revolución en Vietnam



La dirección del Partido, clave del triunfo de la guerra popular

En la guerra de liberación, el pueblo vietnamita no actuaba espontáneamente ni cada quien enfrentaba al enemigo como un individuo aislado. La organización fue decisiva para llevar la guerra a la victoria. Fue fundamental la unidad entre los grandes líderes y el pueblo, que no se relacionaban entre sí como dos cosas separadas sino que se fusionaban en un mismo grito. Esto permitió la preparación y consolidación de un ejército popular fuerte, al mando de generales como Giap, que sabían crear tácticas acordes al talento y la fuerza del pueblo vietnamita. Pero la clave del triunfo y los aciertos en la lucha armada deben buscarse en la dirección del Partido.

El Partido no era una instancia en la que un grupo de hombres aislados bajaban líneas de acción hacia las masas, sino que era el lugar donde se organizaban y se concentraban las aspiraciones populares. Esta es la razón por la cual los vietnamitas hicieron del Partido un referente ineludible.

A partir del análisis que el Partido hacía de la situación histórica concreta, los cuadros se entregaban a la acción que correspondía para ese momento. Por eso, el general Giap pensaba que «el ejército popular debe responder siempre a la dirección del Partido».

Esto fue así desde los inicios, cuando en febrero de 1930 nació el Partido Comunista de Indochina, en un intento por

unificar las fuerzas obreras y campesinas, con propuestas nacionales y democráticas. Las consignas que guiaban la acción eran la reforma agraria antifeudal y antimperialista, lograr la independencia nacional y avanzar al socialismo. Había líderes concretos que realizaron la fundación del Partido y empezaron a desarrollar la lucha armada. Con Ho Chi Minh a la cabeza, se encontraban Vo Nguyen Giap, Truong Chinh y Phan Van Dong. También se van a ir destacando con los años hombres como Le Duan, Phan Dang Luu, Nguyen Van Cu, Hoang Van Thu, Huang Quoc, Tran Dang Ninh.

El movimiento revolucionario en Vietnam conoció sus altas y bajas. En los primeros años, numerosos cuadros y simpatizantes fueron asesinados y arrestados. Las organizaciones de masas fueron casi todas destruidas y el movimiento revolucionario sufrió golpes muy fuertes, de los que se fue recuperando lentamente. Para eso, el Partido consolidó las actividades clandestinas, coordinándolas con la legalidad.

Ya bastante fortalecido, en 1936 el Partido inició una campaña para la organización de un Frente Democrático de Indochina que aglutinara a todas las fuerzas progresistas contra el enemigo colonialista. Este Frente ganó en amplitud y fuerza y se inició una lucha abierta de todo el pueblo, si bien existían algunos problemas serios. La causa de esos problemas era el desajuste entre el trabajo de dirección y la realidad, es decir, los cuadros se dejaban arrastrar por los pequeños éxitos que lograban en el plano legal, descuidando la organización clandestina. Por este motivo el Frente Democrático fue reprimido salvajemente.

Para remediar esa difícil situación, en 1941, el Comité Central del Partido consideró que la Revolución vietnamita debía luchar por la liberación nacional como tarea primordial. Se creó, entonces, la Liga por la Independencia de Vietnam (el Viet Minh) con el objetivo de unir a todo el pueblo, resistir a los japoneses

y a los franceses, conquistar la independencia nacional y aplazar la reforma agraria. Se alentó al pueblo a conseguir armas y prepararse para expulsar al enemigo de la nación.

Esta política del Partido fue acertada y correctamente aplicada, tanto así que en agosto de 1945, se desató con éxito una insurrección general. En esos años el movimiento revolucionario estaba sometido a una gran represión. El Partido insistió en seguir haciendo una propaganda intensa en el pueblo, concentrando las fuerzas en el Viet Minh, estableciendo bases guerrilleras y preparando la insurrección armada. Esta dirección estratégica para preparar la insurrección general fue coronada con éxito en el 1945, cuando se logró la toma del poder y se declaró la República Democrática de Vietnam, con la divisa de «Independencia, Libertad, Felicidad».

Pero la lucha recién empezaba, los franceses no iban a permitir que el pueblo vietnamita consolidara la independencia tan fácilmente. Frente a la guerra colonialista, la tarea que se presentaba era la defensa y fortalecimiento del poder popular. En diciembre de 1946, Ho Chi Minh, en su función de presidente de la República Democrática de Vietnam, hizo un llamamiento a la resistencia nacional de todo el pueblo, negando cualquier tipo de concesión al enemigo y convocando a sacrificarse a muerte por la independencia. En él decía: «Porque queremos la paz hacemos concesiones. Pero a medida que hacemos más concesiones más lejos van los colonialistas franceses, que se han empeñado en subyugarnos de nuevo... ¡No! ¡Más vale sacrificarlo todo antes que dejarnos subyugar y volver a la esclavitud!»

Los franceses, apoyados por Estados Unidos, querían solucionar rápido el problema y habían planeado una estrategia de guerra relámpago para vencer al pueblo vietnamita. Frente a esta estrategia del enemigo, el Partido y el gobierno lanzaron

la consigna de «guerra de larga duración». El enemigo no era ingenuo y trató de dividir al pueblo para debilitar la resistencia, pero se le opuso la consigna de «unión de todo el pueblo».

La tarea principal debía concentrarse en la actividad militar y en la consolidación de un ejército popular. Para esto se desarrolló la guerra de guerrillas, que a medida que avanzaba la guerra popular se convertía progresivamente en una guerra de movimiento.

En 1951, ya con un fuerte ejército popular que se había fogueado en los combates, el Partido, cuyo secretario general era Troung Chinh, decidió pasar a la contraofensiva general. Con este espíritu, Ho Chi Minh hizo un Informe político ante el II Congreso del refundado Partido de los Trabajadores. Las apreciaciones que Ho Chi Minh hizo allí partían de una evaluación de la larga lucha que venía desarrollando el movimiento revolucionario en Vietnam, y daba los pasos a seguir para terminar de expulsar al enemigo. El resultado de las directivas políticas dadas en ese Informe fue la derrota militar aplastante de los franceses en Dien Bien Phu.

Un problema que se combatió permanentemente fue evitar el riesgo del autoritarismo y del burocratismo. Este riesgo estaba muy presente en un Partido que se había formado en la ilegalidad, con cuadros clandestinos y que ahora estaba en el poder dirigiendo una resistencia nacional. Ho Chi Minh insistía incansablemente sobre este punto. Había que desarrollar un «nuevo estilo de trabajo» para que la toma del poder no implicara el alejamiento de las masas. No había que perder nunca el contacto con el pueblo en su conjunto, de eso dependía el triunfo de la resistencia. Para ello, resultaba urgente «estudiar la teoría, perfeccionarse en el plano ideológico, elevar el nivel teórico y mejorar la organización».

La crítica y la autocrítica fueron un ejercicio constante dentro del Partido, lo que permitió corregir algunos errores propios de la acción diaria de los cuadros y los combatientes. En la forma de dirigir se debía evitar el burocratismo, que implicaba el alejamiento de las masas, el estudio insuficiente de los problemas, la ausencia de control en la ejecución de las tareas, el rechazo a extraer lecciones de las experiencias de las masas. Otro error que había que combatir era el autoritarismo, que implicaba el uso del poder para forzar y manipular al pueblo, así como despreciar el trabajo de propaganda. También era necesario sacarse de la cabeza el pensamiento que tendía a ver la resistencia como un hecho de corta duración.

El hilo conductor que acompañó los aciertos del Partido, permitiéndole una claridad sobre las tácticas y las estrategias en cada momento de la lucha, fue la orientación marxista-leninista que adoptó desde el comienzo. No se hacía una lectura esquemática simplista sino que se aplicaba el marxismo-leninismo de forma creativa de acuerdo a las particularidades de la revolución.

Ho Chi Minh en muchos artículos y discursos explica la importancia del leninismo para la liberación de los pueblos oprimidos. Lenin atribuía siempre una gran importancia al movimiento de liberación nacional sostenido por los pueblos de Asia y lo consideraba parte de la lucha emprendida por las masas trabajadoras de todo el mundo contra los opresores imperialistas. El marxismo-leninismo era la poderosa fuerza ideológica que servía de guía al Partido, el cual aplicaba los principios organizativos, la teoría y la táctica de un partido revolucionario.

La toma del poder por los revolucionarios en 1945 y la lucha por la liberación nacional fueron dirigidas por el Partido, que tenía al socialismo y la reunificación como objetivo estratégico. El modelo de los bolcheviques fue fundamental en este camino.

Por eso Ho Chi Minh decía constantemente: «el leninismo es como el sol que trae consigo una vida alegre».

Tareas de la revolución socialista en el Norte

Derrotados los colonialistas franceses, en Vietnam se impusieron nuevas tareas a realizar. En el Norte se empezó a desarrollar la transición al socialismo. La guerra popular y prolongada por la liberación nacional había llegado al éxito. Sin enemigos externos, ahora había que emprender el camino de la revolución socialista.

La política del Partido fue bien definida: «consolidar el norte y tener en mente al sur: luchar contra los imperialistas agresores por la reunificación pacífica de la patria y construir el socialismo». En el Sur, debía continuar la lucha contra el gobierno títere del imperialismo yanqui. Para lograr ese objetivo el carácter de la revolución debía ser democrático y popular. Esta tarea no se oponía a la revolución socialista en el Norte, sino que era parte de la misma revolución, apuntaba a la reunificación total del país.

Los dirigentes vietnamitas del Partido de los Trabajadores pensaban la revolución socialista en el Norte siempre a nivel nacional, en concordancia con la lucha revolucionaria en el Sur. El fortalecimiento del Norte en todos los terrenos era fundamental para el triunfo en el Sur; y, a su vez, los del Norte tomaban como ejemplo la lucha dura y sacrificada del Sur.

En el Norte, los tres primeros años de paz, luego de la retirada francesa, fueron consagrados a la reconstrucción de una economía gravemente afectada por las destrucciones causadas

por la guerra devastadora de nueve años. Fue en 1958 cuando el Partido impulsó con toda su fuerza la transformación socialista de las relaciones de producción. Las cadenas colonialistas habían sido rotas y ahora los campesinos se estaban liberando también de la explotación de los terratenientes feudales.

Industrialización socialista: los vietnamitas no tenían ni la menor intención de pasar por la fase de desarrollo capitalista. La dirección a seguir debía ir, de la pequeña producción artesanal a la gran producción socialista. El desarrollo de las industrias y de una clase capitalista burguesa era muy débil en el país, la economía se sustentaba en la explotación de los campesinos por una minoría de terratenientes y por el poder colonialista.

Los dirigentes vietnamitas caracterizaban a la Revolución con un doble contenido: erradicar todo vestigio capitalista, por mínimo que fuese, y expulsar a los terratenientes. La política de la industrialización socialista era la que marcaba el camino. Para esto contaban con la ayuda del campo socialista pero, sobre todo, se apoyaban en sus propias fuerzas, dándole una cierta prioridad a lo nacional y a las particularidades del pueblo vietnamita.

Así, partiendo de una economía feudal atrasada, se debía construir directamente el socialismo. No era necesario pasar por el desarrollo capitalista del país, copiando el proceso histórico de Europa occidental. La industrialización debía ser impulsada por el poder socialista de entrada.

El ejemplo de Vietnam —así como el de Cuba—, refleja el carácter socialista que tiene la Revolución en los pueblos oprimidos. La postura del marxismo eurocéntrico se desmorona. Esta postura, que adoptaron muchos revolucionarios del mundo, sostiene que los pueblos atrasados deben pasar por la etapa capitalista de producción, debido a la escasa base material

para encarar el socialismo. Pero, el escaso desarrollo de capitalismo no es el problema de los pueblos del Tercer Mundo, que vendría a explicar su hambre y miseria. Justamente el problema está en identificar al capitalismo como el enemigo principal. Los países periféricos forman parte del sistema capitalista mundial y, por tanto, la única verdadera revolución es la socialista. Imperialismo y capitalismo no pueden separarse.

El trabajo ideológico y la educación: para lograr ese objetivo, la revolución, por tanto, se debía llevar a cabo en todos los frentes. A la revolución de la técnica, que implicaba el desarrollo de las fuerzas productivas y superar la economía de tipo artesanal para industrializar al país, había que acompañarla con la revolución política y cultural.

No era menor el hecho de remarcar la realidad específica de Vietnam en su tránsito al socialismo. La construcción de la gran producción socialista debía realizarse sin autoritarismos, mediante un trabajo ideológico. El Partido consideraba fundamental hacer hincapié en la educación y la propaganda. Después de la toma del poder había que continuar ese trabajo, profundizarlo aún más como tarea central de la Revolución. La interpretación del marxismo-leninismo que hacían los vietnamitas le daba un papel activo a la ideología para poder vencer las condiciones objetivas.

El contacto con las masas era de suma importancia. Uno de los dirigentes vietnamitas, Le Duan, estudió y desarrolló la importancia del trabajo ideológico para fortalecer la Revolución. Entonces planteaba:

Así pues, para cumplir con éxito la transformación de nuestro país debemos no solo poseer su teoría, su contenido, y conocer la realidad de nuestra sociedad, sino también poseer las particularidades de cada caso, de cada persona de carne y hueso.

Era necesario insistir en que los campesinos formaran cooperativas, demostrando la superioridad y la fuerza de estas frente al trabajo individual. Las cooperativas debían surgir desde abajo y cumplir una función social, no debían imponerse por la fuerza y los campesinos no las tenían que ver como algo exterior. Para ello era clave la ideología y la elevación de la conciencia, para lo cual había que contar con una buena organización. La fuerza principal de este trabajo eran los cuadros militantes del Partido. Las células, que estaban constituidas por pequeños grupos de militantes, eran la forma básica para irradiar la línea y las directivas del Partido. El militante debía dar el ejemplo y cultivar las virtudes revolucionarias, tomando siempre la iniciativa; no debían olvidar que eran los representantes del Partido cada vez que tomaran la palabra en una comuna o en una fábrica. El esfuerzo y el sacrificio del interés personal era una característica esencial de los dirigentes revolucionarios vietnamitas.

Todo el esfuerzo del Partido fue volcado en la construcción del socialismo. Para esto, era necesario revivir el ejemplo de lucha y sacrificio que todo el pueblo había seguido durante la resistencia, donde se daba «todo por el frente». Había que mantener ese entusiasmo con la misma valentía y espíritu creador que cuando habían enfrentado al enemigo en el campo de batalla. Así como en la guerra el trabajo ideológico del responsable político consistía en demostrar una actitud ejemplar y en asegurarle al combatiente una asimilación correcta de la técnica de combate, en la lucha por la producción el trabajo ideológico debía asegurarles a los productores la posesión de la técnica de producir.

Ho Chi Minh y sus compañeros tenían clara esta línea. En el Tercer Congreso Nacional del Partido de los Trabajadores de Vietnam, en octubre de 1960, se planteó: «Nuestro II Congreso fue el congreso de la resistencia. Este congreso es el de

la edificación del socialismo en el norte y de la reunificación pacífica del país».

La necesidad de este sacrificio se expresó más que nunca cuando, en 1965, se sostuvo el combate de todo el pueblo contra la agresión yanqui para liberar el Sur, defender el Norte y avanzar hacia la reunificación del país. Frente a los bombardeos, se fortaleció el régimen socialista, se impulsó aún más la agricultura cooperativizada y se demostró la superioridad del trabajo colectivo.

Las comunicaciones y el transporte, dos de los principales objetivos de los ataques enemigos, fueron considerados tareas estratégicas y defendidos permanentemente.

El campesinado como fuerza de la Revolución; ideología proletaria: Vietnam era un país agrícola. Más del 90% de los vietnamitas eran campesinos. La gran mayoría de los combatientes del ejército nacional, de las unidades regionales y de las formaciones guerrilleras, eran campesinos. Y fueron los campesinos quienes desarrollaron la producción agrícola para suministrar víveres al ejército, a los obreros y a los funcionarios.

Las teorías marxistas eurocéntricas de la revolución ven a los campesinos como una clase pequeñoburguesa con inclinaciones naturales a la propiedad individual y egoísta de la tierra. En contra de esto, en Vietnam fueron la fuerza revolucionaria, demostrando un gran espíritu combativo y de sacrificio. El sujeto revolucionario era, sin duda, el campesinado; pero la ideología que servía de guía era la proletaria. La dirección de la Revolución estaba en manos del Partido marxista-leninista, de ideología proletaria, pero con el apoyo fundamental del campesinado como motor y sujeto de las transformaciones.

En los procesos revolucionarios, las clases sociales están en permanente transformación y no es posible verlas como algo estático, con intereses inmodificables. En Vietnam, los

campesinos fueron los protagonistas de la revolución, involucrándose en un proceso de aprendizaje, tanto en la resistencia armada contra el enemigo como en la construcción de una nueva sociedad socialista.

Para que este aprendizaje fuera posible fue fundamental la ideología proletaria. Vietnam del Norte se encaminó hacia el socialismo sin pasar por la etapa de desarrollo capitalista, porque el proletariado asumió enteramente la dirección de la Revolución vietnamita. Hablar de dirección no es solo hablar de línea y de directivas sino que, ante todo, es ser dueño de la fuerza; sin la fuerza no se puede dirigir. Y la fuerza revolucionaria más numerosa era el campesinado. En la revolución socialista, el campesinado había seguido al proletariado no solo por su odio a los imperialistas y a las clases feudales, sino también porque estaba de acuerdo en luchar por la abolición de la apropiación de las tierras.

Por eso, la unidad entre obreros y campesinos como dos clases hermanas, constituía la fuerza de la construcción socialista. El desarrollo de la agricultura debía servir de base para la industrialización.

La acción revolucionaria de muchos años llevó al campesinado a conquistar el derecho de ser el amo colectivo de la tierra y a formar parte del poder proletario, reforzándolo.

Unir el corazón y la razón: Era necesario hacer comprender a los campesinos que la industrialización era obra de todos. El trabajo ideológico les debía enseñar que esa era una obra común en la que tenían que participar «a fin de contribuir en ella de todo corazón y con entusiasmo». Esto no era fácil de entender, y había que contar con buenos argumentos y explicar con paciencia. Los dirigentes vietnamitas insistían siempre en la necesidad de «saber unir el corazón y la razón».

No se pueden separar los aspectos de la Revolución. La política, la ideología, la cultura y la economía están indisolublemente vinculadas. La intervención del corazón es un componente esencial para que el espíritu vaya por buen camino y no se extravíe. Por eso, alguien como Le Duan sostenía que:

De ordinario, los obreros y los campesinos no tienen mayores conocimientos teóricos acerca de la revolución socialista, pero su odio a la opresión y la explotación los impulsa a desear el socialismo, al que consideran bienhechor y justo. He aquí por qué resulta imposible disociar del sentimiento la posición política y la teoría. Si nos conformamos con discursos teóricos sin conocer el sentimiento que anima al trabajador, no podemos hacer un buen trabajo.

Era necesario hablar con el campesinado, enriquecer sus sentimientos, mostrarle donde se hallaba el interés personal. Esta visión estaba fundada en el propósito revolucionario de remodelar al hombre.

En la guerra popular y en la construcción socialista, los miembros más destacados del Partido siempre hicieron énfasis en el papel del hombre como el factor decisivo del triunfo. Pero el hombre no era considerado como un algo abstracto sino que era un ser histórico con sus tradiciones nacionales y el modo de vida propio de su pueblo. Por eso, los vietnamitas debían comprenderse a sí mismos, partir de su propia historia, para desarrollar el trabajo ideológico.

Formar al hombre: En el duro camino emprendido por los vietnamitas, había que superar enormes obstáculos y adversidades debidas, en gran parte, al acoso constante del imperialismo. El motor principal para esto era la voluntad humana organizada. La formación del hombre nuevo era la base para defender y construir al socialismo. Por lo tanto, en el nuevo

régimen social no había que exagerar la importancia del interés material, ya que este era una característica del capitalismo. Era necesario destacar la moral que había forjado las acciones del pueblo vietnamita, otorgándole una fuerte vitalidad, y no fomentar tanto los intereses materiales individuales de cada vietnamita aislado.

En este sentido, el éxito de la dirección marxista-leninista del Partido se debe a que esa doctrina no era un mero esquema, sino que había calado fuertemente en las masas.

Ho Chi Minh consideraba que las tareas a llevar adelante eran inseparables de la tradición y las costumbres vietnamitas. Con el objetivo puesto siempre en mejorar las condiciones de vida del pueblo y en formar una moral humanista revolucionaria, después de la Revolución de Agosto, señaló los 3 enemigos a derrotar: la invasión, el hambre y la ignorancia.

Para construir lo nuevo había que destruir los vicios y vestigios de lo viejo. La educación era el método fundamental, acompañada del fomento de la crítica saludable, sin caer en la vaguedad, ni en criticar por criticar.

El espíritu revolucionario de los hombres y mujeres vietnamitas era la condición más importante para hacer la Revolución. Había que estar animado de ardientes sentimientos revolucionarios, así como también, había que avanzar hacia la posesión de amplios conocimientos relativos a la ciencia de la revolución.

La formación de hombres nuevos requería a la juventud como fuerza principal. La educación de los jóvenes para impulsar la producción, para formar técnicos y científicos para la sociedad socialista, era una tarea ineludible, según los dirigentes vietnamitas. Los jóvenes debían cultivar el amor al prójimo como fundamento de la moral. Pero este no era un amor abstracto flotando en el aire, sino que era un sentimiento de clase

antimperialista, cuyas raíces estaban en la nueva moral socialista y era inconcebible sin una buena comprensión del valor del trabajo para la vida del hombre. El sacrificio personal en el trabajo debía formar parte del bien de toda la sociedad y no debía ser un medio para lograr un fin meramente individual.

El problema de la mujer, punto de vista de clase: la revolución socialista en Vietnam le dio una importancia central al problema de la mujer. El papel de las mujeres había sido fundamental en la guerra de resistencia y en la reforma agraria.

En los programas políticos del Partido aparecía siempre un punto que reivindicar: la igualdad entre el hombre y la mujer. Los cuadros políticos daban especial importancia a este problema y buscaban constantemente superarlo en la vida cotidiana de las familias en las aldeas. Consideraban que la opresión que las mujeres sufrían en las costumbres y en la moral, solo podía resolverse si formaba parte del movimiento revolucionario general. La liberación de los trabajadores y explotados debía ser la guía de la liberación de los problemas específicos del sexo femenino. El líder vietnamita Le Duan se ocupó de aclarar esto en varias de sus conferencias a los cuadros políticos del Partido, integrados por hombres y mujeres. El punto de vista de clase era esencial para comprender el problema. Sin la revolución socialista, plantearse la resolución de la opresión de género carecía de sentido.

Ho Chi Minh, líder de la Revolución

Hay hombres que dedican su vida entera a la liberación de sus pueblos. Contra viento y marea, continúan firmes en sus convicciones y no cejan de luchar, en ningún momento, hasta conseguir la victoria. En Vietnam se pueden mencionar muchos

nombres propios que siguieron esta línea. Uno que se destaca especialmente es el nombre de Ho Chi Minh. Este, no solo es el nombre de un individuo sino también del pueblo vietnamita entero. El Tío Ho —así lo llamaban todos por su sencillez y porque se identificaban con su persona—, encarna todas las aspiraciones de un pueblo que luchaba por la libertad y la felicidad. Dedicó a esas aspiraciones todos los días de su vida, sacrificándose y soportando los momentos más difíciles, siempre con la firmeza y confianza en que su pueblo no cesaría nunca de resistir.

Fue una larga trayectoria la que tuvo que recorrer Ho Chi Minh antes de ser conocido como tal. Su nombre original era Nguyen Tat Than, nacido el 19 de mayo de 1890, época en que los colonialistas franceses se estaban asentando en Vietnam. Muertos sus padres, fue criado por los abuelos en el seno de una familia campesina. Fue a los 21 años cuando decidió salir a conocer el mundo y se enroló en un barco francés, como ayudante de cocina. Así conoció varios continentes y realizó oficios humildes para sustentarse: retocador de fotos, sirviente, jardinero, limpiador de nieve, vendedor de periódicos, etc.

Durante sus viajes, fue asumiendo el patriotismo como un deber revolucionario. Llega en 1917 a Francia, donde se incorpora a la lucha de clases de ese país y participa en la fundación del Partido Comunista de Francia. En esa instancia, adopta el nuevo nombre de Nguyen Ai Quoc (Nguyen «El Patriota») y crea la Unión de los Pueblos Coloniales.

En esos años se convierte en dirigente de la Internacional Comunista y visita la Unión Soviética en 1923, a partir de donde inicia un recorrido por toda Asia. En China se pone en contacto con los revolucionarios vietnamitas exiliados, junto a quienes funda la Juventud Revolucionaria de Vietnam y participa en la creación de la Unión de los Pueblos Oprimidos de Asia. Ya había

escrito una serie de publicaciones, entre las que se encuentra el «Proceso de la colonización francesa», muy reconocida.

Como fruto de estas experiencias llega a Hong Kong donde funda, en 1930, el Partido Comunista de Indochina y redacta su programa, en el cual sostiene el propósito de hacer una revolución nacional y democrática que culmine en el socialismo. Ya desde temprano, se había volcado al marxismo-leninismo, ideología que no abandonó hasta su muerte y que intentó aplicar creadoramente sobre la realidad de Vietnam. Ho Chi Minh se había empapado de lo mejor de la Revolución bolchevique, y luchaba incansable por la liberación de las naciones oprimidas en un estilo propio.

En junio de 1930 los colonialistas ingleses lo detienen en China y es encarcelado hasta la primavera de 1933. Luego de ser liberado, reside en la Unión Soviética y se dedica de lleno al estudio en el Instituto Lenin. Tres años después regresa a China, desde donde vuelve, por primera vez desde que partiera, a su tierra natal, el 8 de febrero de 1941. Allí se coloca a la cabeza del movimiento revolucionario, ya directamente en suelo vietnamita y funda el Viet Minh. Al año siguiente, ya con el nombre de Ho Chi Minh, vuelve a China con el propósito de conseguir ayuda del gobierno de Chiang Kai-shek, pero las autoridades chinas lo detienen y pasa más de un año en la cárcel.

Una de las virtudes de Ho Chi Minh, que se desprenden ya del seguimiento hecho a propósito de la lucha armada y la dirección del Partido, es haber sido capaz siempre de hacer una lectura lúcida y eficaz acerca de la realidad. En este sentido es que, en agosto de 1945, lanza un «Llamamiento a la insurrección general» donde convoca a unir las fuerzas del campo popular para profundizar la lucha por la libertad y la independencia. Sus esfuerzos se condensarán en la efectiva realización del levantamiento de todo el pueblo vietnamita conocido como la

Revolución de Agosto. Este proceso desemboca en la elección de Ho como presidente y la declaración de independencia de la República Democrática de Vietnam.

Contra la invasión extranjera y contra la intención de los franceses de recuperar su dominación colonial sobre Vietnam, Ho convoca a que el «nuevo gobierno y el pueblo deben unirse en un bloque monolítico» porque «sin el pueblo no hay fuerza; sin el gobierno no hay dirección».

Con la firme convicción de que la independencia no tenía sentido «si nuestro pueblo no goza de felicidad y libertad», el Tío Ho va a pronunciar, en forma consecutiva, una serie de llamamientos durante todo el año de 1945, para lograr ese objetivo. Así llama a «luchar contra el hambre», dada la cantidad de compatriotas muertos de hambre debido a la política colonialista de los franceses: requisición del arroz, cultivo forzoso del yute, y otras imposiciones que recrudecían la hambruna del pueblo. De manera que el «hambre es más peligroso que la guerra», así como «contra la guerra debemos movilizar y organizar todas las fuerzas del país, para oponernos al agresor. Para poner fin al hambre es también necesario movilizar y organizar todas las fuerzas de nuestros compatriotas en todo el país». También llamará a luchar contra el analfabetismo y la ignorancia, dos de los males del pueblo más perjudiciales para mantener la cohesión moral.

Finalmente, en diciembre de 1946, cuando la ocupación francesa había logrado instalarse de nuevo, Ho no dudó en hacer un «llamamiento a la resistencia nacional»:

¡Es preferible sacrificarlo todo antes que perder nuestro país y volver a la esclavitud!

¡Compatriotas, alcémonos!

[...]

Debemos sacrificar hasta la última gota de sangre para defender al país.

Debemos estar dispuestos a resistir las más duras privaciones y los peores sufrimientos.

[...]

¡Viva Vietnam independiente y unificado!

¡Viva la resistencia victoriosa!

Ho Chi Minh llamó a todo el pueblo a emprender la guerra a muerte contra los colonialistas franceses, convocándolo a destruir todos los medios que facilitarían el paso de las tropas de ocupación. Los vietnamitas lo siguieron incondicionalmente y destruyeron sus propias casas, caminos y canales, sacrificándose y perdiendo sus lugares, pero con la creencia en las palabras de un líder que les había asegurado: «Después de la victoria me esforzaré en reparar todo junto a vosotros».

Las consignas de Ho Chi Minh eran claras para el pueblo vietnamita en su conjunto, porque él entendía la realidad que padecían todos a diario. Había que enfrentar al hambre, a la ignorancia y al invasor. Y los medios para eso eran las fuerzas y la moral de todo el pueblo. Por eso, para 1948, el Tío Ho decía que «todo vietnamita, sin distinción de edad, sexo, fortuna o posición social, debe convertirse en combatiente de uno de estos frentes: militar, económico, político, cultural». Cada cual debía poner en práctica la consigna: «resistencia de todo el pueblo, resistencia total».

La guerra de todo el pueblo obtuvo el triunfo con la expulsión definitiva de los franceses del norte de Vietnam. Todavía quedaban duras tareas por realizar. Ho Chi Minh se puso a la cabeza del proceso iniciado para construir el socialismo. En 1960, en el II Congreso del Partido, proclamó la línea para la

transformación y construcción socialistas en el Norte y para apoyar a los patriotas del Sur.

Ho Chi Minh consideraba a la cultura y al trabajo ideológico como las herramientas más importantes para edificar las bases materiales de una nueva sociedad. Había que elevar la moral revolucionaria y eliminar el individualismo para trabajar todos unidos en las fábricas y la industrialización del país. Su brújula siempre fue el leninismo; por eso decía que este «es un verdadero sol que ilumina la ruta a seguir hacia la victoria final, hacia el socialismo y el comunismo».

Aplicaba el marxismo-leninismo a las condiciones concretas de su país; combinaba la creatividad de guerrillero, las tradiciones de los vietnamitas, el pensamiento revolucionario político más avanzado y la guerra popular. La fuerza y el respaldo de las masas fueron siempre su referente y su punto de partida.

A la tarea de construir el socialismo, se le agregó un nuevo obstáculo del imperialismo. Estados Unidos comenzó a bombardear Vietnam. El Tío Ho no se quedó quieto sino que, siguiendo su costumbre, se involucró junto al pueblo. Como en todos los momentos difíciles, hizo un llamamiento a la nación, en julio de 1966, evocando la tradición de lucha indomable y convocando a todos los vietnamitas, del sur al norte:

«Ante la situación que acaba de crearse, estamos unánimemente decididos a soportar todas las privaciones y todos los sacrificios para cumplir la gloriosa tarea histórica asignada a nuestro pueblo: vencer a los agresores norteamericanos».

Cuando la resistencia de su pueblo había demostrado ser indestructible e invencible, volvió a dirigirse a todos los vietnamitas, que lo escuchaban y lo seguían como su líder legítimo. En 1969 insistió de nuevo sobre la necesidad de continuar por la victoria total de su pueblo:

La derrota de los imperialistas norteamericanos es ya evidente, pero ellos no han renunciado aún a su intento de aferrarse al sur de nuestro país. Nuestras fuerzas armadas y todo nuestro pueblo, unidos como un solo hombre, poniendo en alto su heroísmo revolucionario y no retrocediendo ante los sacrificios y las privaciones, están decididos a proseguir con perseverancia y a impulsar la resistencia hasta la retirada total de las tropas norteamericanas y la derrota completa del ejército y la administración títeres, para liberar el sur, defender el norte y marchar hacia la reunificación pacífica del país... ¡a marchar resueltamente hacia adelante! ¡Los imperialistas agresores norteamericanos serán vencidos! ¡Vietnam vencerá!

El 3 de septiembre de ese año, el Tío Ho, luego de dedicar toda su vida a la felicidad de su pueblo, muere en Hanoi a los 79 años, con la seguridad absoluta de que el imperialismo sería derrotado por la lucha de los vietnamitas.

El Frente Nacional de Liberación (FNL) y la revolución democrática en el Sur

En Vietnam del Sur no eran ajenos a lo que estaba pasando en el Norte. El proceso de construcción socialista representaba una ayuda y una motivación importante para el FNL, que lo veía como parte de la misma lucha, si bien con tareas distintas en el presente. El Partido de los Trabajadores estaba en el poder y, desde ese lugar, fortalecía día a día la Revolución e impulsaba la resistencia a la agresión imperialista. El FNL se encontraba

en una situación mucho más compleja: en el Sur el poder estaba en manos de un gobierno títere reaccionario y altamente represivo, apoyado por la financiación y, luego, también por tropas estadounidenses.

Las condiciones históricas que habían llevado a la constitución del Frente Nacional de Liberación, con un programa político de revolución democrática popular, demostraban que era necesario reunir a todas las fuerzas progresistas nacionales en contra de la intervención imperialista. El programa establecido el día de su fundación, el 20 de diciembre de 1960, como primera medida, anunciaba la necesidad de derrocar al poder dictatorial de Diem, que era un régimen colonial camuflado de imperialistas yanquis. En su lugar se debía impulsar un gobierno de unidad democrática y nacional, compuesto por representantes de todas las clases sociales, de diversos partidos políticos y religiones. Era importante reunir a todas las fuerzas posibles para conquistar la independencia y la paz. Así, el régimen que propulsaba el programa era liberal y democrático, reivindicaba todas las libertades y convocaba a una Asamblea Nacional mediante sufragio universal. El eje estaba situado en el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo, fomentando el bienestar social, la educación, la cultura y la salud. Para garantizar esto, se proponía una economía independiente que respondiera a los intereses nacionales y la ejecución de una reforma agraria.

Pero el FNL no se quedaba en la enunciación de un programa político para algún futuro en el que la paz fuese lograda, sino que también respondía a necesidades prácticas bien concretas. Hacia 1964 ya controlaban gran parte del territorio y contaban con el apoyo masivo de la población. Esto les permitía, a medida que la lucha armada iba ganando territorio, organizar y mejorar la forma de vida de los habitantes. En las zonas

liberadas por el FNL, se realizaban repartos de tierras que, hacia 1967, alcanzaban unos dos y medio millones de hectáreas.

El desarrollo de la lucha armada combinada con la lucha política, hizo del FNL el representante genuino de la población survietnamita, colocándose como el único depositario real de las aspiraciones nacionales. Así, en pocos años, las tres cuartas partes de los 14 millones de habitantes pasaron a ser simpatizantes y combatientes del FNL.

Luego de años de lucha y con victorias militares y políticas, el Comité Central del FNL se reunió en agosto de 1967, para reforzar algunos puntos y dar a conocer nuevamente su programa político. Allí se evaluaban los logros desde la fundación hasta ese momento y destacaba la consolidación de su base entre las grandes masas del pueblo. El primer punto, entonces, subrayó la importancia de unir a todos los sectores populares, para luchar contra el imperialismo yanqui por la salvación nacional. La tradicional indomabilidad y heroísmo del pueblo vietnamita, motivaron al FNL a continuar por el mismo camino.

El programa reivindicaba la Revolución de Agosto y la fundación de la República Democrática de Vietnam, lamentando la invasión yanqui que dividió al país. Pero esto, lejos de intimidar al pueblo, lo llevó a resistir y luchar con más fuerza y sacrificio, por más guerras que haya que afrontar.

Se planteaba que para seguir avanzando en la lucha y apostar por el programa político, era necesario continuar ampliando las zonas liberadas por todo el territorio de Vietnam, estableciendo en cada una, un poder político nacional y democrático. Mientras, en el Norte, los compatriotas vietnamitas continuaban resistiendo la agresión y destrucción imperialistas, manteniendo la producción socialista, así como alentando y ayudando sinceramente a la causa de la liberación del Sur.

Para derrotar la invasión yanqui era necesario reunir las

fuerzas de todas las clases sociales del pueblo; incentivar en las áreas liberadas el sistema de autoadministración popular; realizar una administración nacional y democrática en las localidades; construir bases de resistencia, nuevas relaciones económicas y sociales en las zonas liberadas; nutrir las fuerzas del pueblo para asegurar los suministros para la línea del frente; y llevar adelante la guerra de resistencia. Por este camino era que había que «construir un Vietnam del Sur independiente, democrático, pacífico, neutral y próspero», donde se estableciera un régimen progresista de amplia democracia.

Con ese pie de apoyo, el propósito del FNL era restaurar las relaciones entre el Sur y el Norte para «marchar hacia una reunificación pacífica de la patria», porque «Vietnam es uno, el pueblo vietnamita es uno. No hay fuerza capaz de dividir nuestra patria. La reunificación del país es la aspiración sagrada de todo nuestro pueblo».

La cuestión nacional y cultural como base de la liberación

Los revolucionarios vietnamitas tenían una virtud fundamental para encabezar tantos años de resistencia y lucha hasta la victoria final. Para entender como un pueblo pobre y desindustrializado le hizo frente a las potencias imperialistas, hay que tener en cuenta la unidad de toda una nación que era consciente de sus intereses.

La poderosa tecnología de armamentos fue vencida por un pueblo, organizado con armas precarias, que defendía y daba la vida por su tierra. El pueblo vietnamita pudo derrotar a un ejército materialmente superior, gracias a la organización

de todos los habitantes y la orientación política de un partido marxista-leninista.

La virtud de los revolucionarios era poder combinar la identidad nacional y cultural milenaria del pueblo, con la necesidad de construir una nueva sociedad socialista. Las tradiciones y costumbres populares y la fuerte identificación de los vietnamitas con la cultura nacional, le daba la fuerza a la nueva ideología que propulsaban los líderes revolucionarios. La cuestión nacional y el socialismo estaban íntimamente ligados.

La clave de la resistencia hay que buscarla en la organización aldeana vietnamita. A pesar de los efectos producidos por la ocupación francesa, la aldea siguió constituyendo la organización fundamental de la sociedad. La base de las guerrillas se encontraba en la autosuficiencia de las aldeas, donde había un fuerte sentimiento comunitario.

La autosuficiencia de las aldeas proporcionaba a Vietnam un gran poder de resistencia. Sin embargo, al mismo tiempo que esta independencia de las aldeas fortalecía la nación, constituía un obstáculo para el mantenimiento de un gobierno nacional revolucionario. El éxito en la lucha fue articular la cultura de supervivencia y autosuficiencia, con un mando centralizado que daba cuenta de esas particularidades. Tanto el Viet Minh como el FNL vincularon sus objetivos a las necesidades y tradiciones del pueblo vietnamita.

El gran éxito organizativo de la formación de bases aldeanas y de organizaciones populares fue lo que aseguró la permanente habilidad del esfuerzo insurgente para subsistir y crecer.

Poco tiempo antes de la Ofensiva del Tet, el FNL, junto con la ayuda, desde 1965, del Viet Minh, había logrado crear una nueva visión de la sociedad para los aldeanos vietnamitas. Esta nueva visión ofrecía una nueva familia y una nueva organización

social basada en el marxismo–leninismo, que no se alejaba de los principios nacionales tradicionales.

Diem cometió errores fatales en el aspecto religioso, tanto para su política agraria como para su supervivencia. Como su régimen se apoyaba en dos fuerzas, los católicos y los feudales, transformó al catolicismo en la religión del Estado. Esto iba en contra de la vida espiritual sincrética de Vietnam. El principal fundamento de la vida de todo vietnamita era el confucionismo, filosofía política y social. También formaban parte de su vida religiosa, el taoísmo y un budismo popular tolerante y abierto. Estas doctrinas estaban arraigadas en la vida de la gente, sobre todo entre los campesinos.

La falta de apoyo a todos los gobiernos títeres colocados por Estados Unidos, se debía a la negación de las costumbres y de la cultura popular. Por el contrario, los revolucionarios vietnamitas siempre se apoyaron en la identidad nacional del pueblo.

Cuando los franceses intensificaron la invasión, Ho Chi Minh comprendió que, para resistir, era necesario apoyarse en la nación que descansaba en el pueblo. Para eso, en 1948 sacó un volante con acciones que «deben hacerse» y que «no deben hacerse». Él estaba convencido de que, para la resistencia y la reconstrucción nacional, las fuerzas esenciales residían en el pueblo. Por eso todos los combatientes del ejército popular y los cuadros políticos debían poner en práctica una serie de «doce puntos» referidos, específicamente, a como había que encarar las tradiciones populares. Ahí se veían implicados el respeto a la gente, su tierra, sus hogares y sus costumbres aldeanas. Era importante respetar las creencias populares y sobre todo, no faltar nunca a la propia palabra ni hacer ninguna acción que generase el desprecio de los aldeanos. Había que emprender acciones que ganaran la simpatía de la población, demostrando ayuda, trabajo, voluntad y sacrificio.

Cuando en el Norte se propusieron construir el socialismo, no desapareció la intención con la que Ho Chi Minh había divulgado la necesidad de apoyarse en la identidad nacional para fortalecer la resistencia. La revolución técnica y el cambio de las viejas estructuras socioeconómicas era imposible si no se acompañaba con la revolución cultural e ideológica. Para eso había que lograr la unidad en las filas del pueblo y nunca imponer el punto de vista del Partido por la fuerza, cayendo en el autoritarismo o el burocratismo. La educación era el método principal sobre el que debía descansar el trabajo ideológico.

Es importante tener en cuenta que los revolucionarios, en el Norte, se encontraban en el poder y contaban con esa herramienta como la impulsora del cambio. El punto de partida debían ser siempre los intereses y aspiraciones del conjunto del pueblo.

El marxismo-leninismo debía conjugarse con la realidad del suelo vietnamita y partir de la cultura popular. Había que formar al hombre nuevo desde el hombre mismo que se desenvolvía en esa situación histórica concreta. Por eso los revolucionarios debían enseñar no solo mediante fórmulas, sentencias y expresiones ya hechas, sino además «con toda la fuerza de su alma. Si el corazón del maestro no hierve de sentimientos revolucionarios, por mucho que conozca de memoria el marxismo-leninismo no será un buen educador».

La virtud de los vietnamitas fue unir el socialismo y la cuestión nacional en una misma revolución. Ese fue el motor que permitió resistir por años y obtener el triunfo con la fuerza y la unidad de todo el pueblo.

Los crímenes del imperialismo: destrucciones y muerte



Balance de muertos y heridos

La agresión imperialista fue la causa de una cantidad enorme de muertos y heridos. Como el que luchaba en la guerra era todo un pueblo, fue sometido a grandes matanzas, en aldeas fueron asesinados niños, mujeres, ancianos y todo sospechoso de simpatizar con el FNL o el Viet Minh.

La invasión yanqui dejó aproximadamente 4 000 000 de vietnamitas muertos, de los cuales probablemente más de la mitad fueran propiamente combatientes y el resto población civil. A esta cifra se suman los desaparecidos y los heridos graves que constituían un número elevado.

Por su parte, el ejército popular vietnamita causó numerosas bajas de soldados estadounidenses, algo inesperado para los imperialistas. Estados Unidos lanzó a la guerra casi 1 000 000 de sus ciudadanos, de los cuales murieron 58 000 y más de 300 000 quedaron heridos y lisiados. La situación militar fue catastrófica para ellos.

El ejército títere saigonés se fue desintegrando debido a la enorme desertión: de los 275 000 hombres que lo formaban, desertaron 113 000 durante 1965 y 67 000 a principios de 1966. Los yanquis tuvieron que sustituir al ejército saigonés en el frente. En 1965, el cuerpo expedicionario contaba con 400 000 estadounidenses; en 1966 llegó a 500 000.

Destrucción del país

Si bien a Vietnam la guerra le costó millones de muertos y heridos, la agresión imperialista dejó, además, un país totalmente destruido hacia el final de la guerra. En efecto, excluyendo la bomba atómica, el ejército expedicionario norteamericano empleó todas las armas conocidas y desconocidas: bombardeos masivos en Vietnam del Norte y del Sur, bombas de napalm, asfixiantes, desfoliantes, químicas, aviones, tanques, cohetes, etc.

Fueron arrasadas por los bombardeos, más de 9 000 aldeas, millones de hectáreas productivas, ciudades, puentes, diques, embalses, ferrocarriles, caminos, fábricas, puertos, hospitales y escuelas. Millones de horas de trabajo de obreros y campesinos fueron dedicadas con sacrificio y profunda convicción al esfuerzo de guerra. Para los vietnamitas la lucha no era una aventura, se trataba de defender hasta la última gota de sangre a su país y llevar a cabo la revolución socialista.

El gobierno estadounidense desató en Vietnam una brutalidad sin precedentes. Durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos lanzó 2 000 000 de toneladas de bombas. En Vietnam, para 1972, ya habían arrojado más de 6 300 000 toneladas. Este dato estadístico de la guerra aérea muestra la intensidad con la que fue agredido el pueblo vietnamita. En 1969, Vietnam del Norte fue golpeada cada mes, con una fuerza explosiva total equivalente a dos bombas atómicas.

Para continuar los datos estadísticos, se puede mencionar que en 1972, Estados Unidos arrojó más tonelaje de bombas sobre Hanoi y Haiphong que las arrojadas por Alemania sobre Inglaterra desde 1940 a 1945.

En la zona norte de Vietnam, el objetivo de los bombardeos yanquis fueron los centros económicos y de servicios públicos. Casi la totalidad de la producción moderna e industrializada fue interrumpida. Hospitales, escuelas e iglesias también fueron sus objetivos específicos.

En el Sur fueron las aldeas los objetivos particulares, para obligar a las poblaciones campesinas a refugiarse en los campos de concentración llamados aldeas estratégicas. Las tropas estadounidenses entraban a las aldeas y arrasaban con todo lo que se les cruzaba en el medio. Tras el paso de los soldados, las aldeas quedaban destruidas y sus pobladores, asesinados.

La incursión en el pueblo de Xom-Lang, llamado erróneamente My Lai por los militares yanquis, fue un hecho paradigmático. Un batallón de infantería de la división de Estados Unidos invadió la aldea sin encontrar oposición ni armamentos. Allí se produjo la masacre de 504 pobladores, la mayoría de ellos ancianos, mujeres y niños, tras humillaciones y violaciones.

Este hecho es solo un ejemplo representativo de la avanzada sistemática del ejército imperialista, que tuvo fuertes repercusiones por las declaraciones y el arrepentimiento de los soldados que participaron en la matanza. El gobierno culpó a unos soldados desacatados, pero en realidad, estas eran tácticas regulares de las fuerzas yanquis.

Las aldeas fueron bombardeadas, quemadas y destruidas. Cuando las tropas invasoras pasaban, frecuentemente baleaban a mansalva a hombres, mujeres y niños. Incluso practicaban la mutilación del cuerpo del enemigo —el pueblo vietnamita en su conjunto— cortando orejas para fabricarse collares. Tiraron granadas de mano en escondrijos y refugios, a menudo asesinando familias enteras.

Napalm

En su guerra de agresión contra el pueblo vietnamita, los imperialistas emplearon varios tipos de proyectiles incendiarios, entre los cuales merecen especial atención las bombas de napalm y las de fósforo blanco. Las primeras habían sido utilizadas por la aviación de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial y también en su agresión a Corea (1950–1953). Asimismo, las tropas colonialistas francesas habían lanzado sobre la población vietnamita, las bombas de napalm recibidas de los yanquis.

La bomba de napalm (Na, símbolo químico del sodio; Palm, abreviatura de palmitrato) está hecha a base de una sustancia inflamable, compuesta básicamente de gasolina gelatinosa. Tiene un enorme poder destructivo, pues provoca grandes incendios que se propagan con rapidez y hace arder cualquier otra sustancia que toque. Por otra parte, es de fácil fabricación y se puede emplear en abundancia. Esta bomba fue inventada por científicos académicos estadounidenses a petición del Departamento de Guerra Química del ejército. Las empresas principales que se vieron favorecidas en la suministración de petróleo para la fabricación de napalm, y para otros fines de la guerra, fueron la Standard Oil, Caltex y Shell Oil.

El napalm fue el principal instrumento de la guerra genocida. Se empleaba casi exclusivamente contra aldeas y población civil, ya que son muy limitadas sus posibilidades de uso en una guerra librada en la selva. Aldeas enteras y sus alrededores fueron incendiadas con estas bombas. La población vietnamita sufrió a diario, año tras año, la embestida de esta arma incendiaria, que masacraba brutalmente habitantes y edificaciones.

El ejército estadounidense contaba con otra sustancia inflamable, el fósforo blanco, empleado como fumígena y como

agente incendiario. Este era ideal para atacar las bases antiaéreas vietnamitas debido a que, mientras ocultaba con su espeso humo a los atacantes, podía alcanzar al adversario con explosiones producidas a gran distancia.

Herbidas y guerra química

Aunque la guerra química ya había sido empleada por los franceses en Vietnam, fue en 1961 cuando se inició de forma masiva y declarada. En ese año, el presidente John F. Kennedy autorizó la Operación Ranch Hand, la cual se extendió por casi diez años. Esta operación implicaba el uso de químicos venenosos; además del napalm, se arrojaba el Agente Naranja, con el fin de desfoliar los campos, envenenar las cosechas, los animales de las granjas y las personas, incluyendo, a veces, a los mismos soldados yanquis.

Durante la guerra, los aviones estadounidenses arrasaron el 25% de los bosques de Vietnam con herbidas como los agentes naranja, blanco, azul, rosa, verde y púrpura. El Agente Naranja, un herbicida producido por la empresa Dow que contiene grandes cantidades de dioxinas, causó graves enfermedades y discapacidades al pueblo vietnamita. Aunque el herbicida se degrada con bastante rapidez, la dioxina es un compuesto altamente persistente que puede permanecer en el ambiente durante décadas causando cáncer y otros problemas de salud. Además del daño a los seres humanos, el Agente Naranja devastó el medio ambiente vietnamita. El suelo y las cosechas sufrieron un envenenamiento de efecto a largo plazo, que afectó la cadena alimenticia.

Entre 1961 y 1971, Estados Unidos y sus aliados arrojaron 83 000 000 de litros de herbidas altamente tóxicos sobre

cientos de miles de hectáreas del sudeste asiático, la mayoría en Vietnam, pero también en Laos y Camboya. Cabe señalar que por tratarse de armas químicas, utilizarlas constituye una violación de la Convención de Ginebra de 1949 contra la guerra química y bacteriológica.

Queda reflejado que los imperialistas yanquis intentaron no solo derrotar militarmente a los combatientes vietnamitas, sino exterminar y destruir la base de apoyo y el fundamento del ejército popular. Para eso acosaron y bombardearon a la población vietnamita en su conjunto, privándola de sus recursos naturales y frutos de vida, tratando de convertir Vietnam en un país inhabitable. La ciencia y la técnica fueron puestas al servicio de quemar, destruir y matar a un país entero.

La gestión gubernamental estadounidense que más se caracterizó por el uso amplio, continuo y escalonado de las armas químicas fue la del presidente Nixon. Durante los años 1969 y 1970 fueron destruidas en Vietnam del Sur por sustancias químico-tóxicas, más de un millón y medio de hectáreas de tierras cultivadas y resultaron intoxicadas más de 650 000 personas, y cientos de ellas perecieron.

A pesar de todo, los pueblos de Indochina vencieron. Quisieron exterminar al pueblo y a su territorio, dejarlo sin medios de vida, sin naturaleza ni cultura, pero la resistencia y la voluntad organizada hizo que el imperialismo yanqui se retirara derrotado y vencido.

Repercusiones en Estados Unidos y movimientos contra la guerra de Vietnam



Es necesario detenerse en un factor muy influyente sobre el fin de la guerra: el movimiento generado dentro de Estados Unidos, aunque hay que tener siempre presente que la retirada yanqui se debió a la combatividad e ineludible lucha del pueblo vietnamita, que no aflojó en ningún momento de la guerra y dejó una cantidad enorme de muertos en la resistencia por la liberación.

Sin olvidar nunca esto, es posible referirse a la repercusión que generó la guerra en la población estadounidense. Con el pasar de los años, y el futuro lejano que vislumbraba tener el fin de la guerra, se empezaron a desarrollar una serie de oposiciones en el centro mismo del país invasor. De forma gradual, se fueron constituyendo distintos movimientos antibelicistas, y todos en común, tenían la convicción del carácter absurdo de una guerra librada a miles de kilómetros de Estados Unidos.

El desarrollo del militarismo por parte del país imperialista central, además de combatir las luchas de los pueblos oprimidos, cumplía la función de mantener una disciplina interna. El enorme complejo militar que desplegaba y sostenía a la oligarquía yanqui permitía también mantener estable la estructura de clases del país. De ahí que, mientras que los gastos masivos del gobierno en educación y bienestar tendían a destruir la posición privilegiada de la clase dirigente, los gastos militares hacían lo opuesto. La razón de ello es que la militarización siempre nutre a todas las fuerzas reaccionarias y conservadoras de la sociedad, genera una obediencia ciega hacia las autoridades y muestra a toda oposición como una traición a la patria.

El militarismo cumplió, entonces, también, esa función determinada en el interior de la sociedad estadounidense. Impuso una férrea disciplina social y cultural, y conformó una disposición conservadora y pasiva en la población.

El capitalismo monopolista tiende a reproducir en las personas una conciencia dirigida y reprimida. Las clases dominadas de las metrópolis están sometidas a un proceso de integración en un terreno muy material que es el de las necesidades dirigidas y satisfechas. El resultado que se busca es eliminar cualquier necesidad subjetiva de una revolución radical, cuya necesidad objetiva se hace cada vez más urgente, sobre todo desde un punto de vista global.

En un principio, el gobierno estadounidense había logrado legitimar en la sociedad la participación y el envío de soldados y armamentos a Vietnam. Pero esta legitimación se fue resquebrajando, gracias a una serie de acontecimientos que están directamente ligados a los fracasos imperialistas por dominar a un pueblo que no estaba dispuesto a bajar la cabeza.

Características del movimiento antibelicista

A partir de 1967 empezó a romperse el silencio y la complicidad de la sociedad estadounidense con respecto a la guerra. La visión optimista del conflicto, que había sobresalido en los primeros años, se fue desmoronando lentamente. Se fue creando un contexto de tensiones, en el que se recortaban los presupuestos sociales en función del aumento de los gastos de defensa; se produjeron estallidos de violencia racista; surgieron los movimientos pacifistas. A todo eso se agregaba la llegada

de los primeros muertos y la transmisión televisiva de los horrores de la guerra.

La sociedad estadounidense comenzó a desconfiar, cada vez más, respecto al logro de una victoria rápida, y muchos se cuestionaron las posibilidades reales de vencer. Al mismo tiempo, se generaba la sensación de que los yanquis no tenían razón para estar ocupando esos territorios.

Pero el gobierno de Estados Unidos seguía justificando su presencia en Vietnam y sostenía que era un insulto a la libertad y a la democracia abandonar a un pueblo manipulado por los comunistas.

El imperialismo yanqui intentó, en los primeros años, construir un velo mediático para manipular la opinión pública mundial a su favor. La invasión se fundamentaba en la defensa del «mundo libre» y se inventaron una serie de mentiras que tergiversaban la realidad que el pueblo vietnamita estaba viviendo en su conjunto.

A pesar del dominio sobre los medios de comunicación y el esfuerzo realizado para imponer la visión imperialista, los estadounidenses fueron perdiendo legitimidad, tanto dentro de su país como ante el resto del mundo. El control de la opinión pública se les fue de las manos. Diariamente se pasaban imágenes de los horrores que producía la intervención yanqui en Vietnam. Esto aumentaba los debates y los cuestionamientos entre la gente. Se desencadenaron, de cada vez, más manifestaciones masivas en distintos ámbitos de la sociedad; sobre todo en aquellos donde se podía expresar la rebeldía juvenil. A su vez, grandes personalidades, reconocidas en todo el mundo, se sumaron a las protestas en contra de la guerra. Uno de ellos fue Martin Luther King, quién encabezó numerosas manifestaciones. Otro fue el boxeador Cassius Clay, más conocido como Mohamed Alí, que se negó a incorporarse al ejército

(por lo cual fue despojado de su título mundial), y declaró: «En ninguna circunstancia llevaré el uniforme del ejército, ni viajaré 16 000 kilómetros para ir a asesinar, matar y quemar pobres gentes, únicamente para contribuir a mantener el dominio de la esclavitud de los amos blancos sobre los pueblos de color».

En este clima, entre 1965 y 1975, estadounidenses de diversos sectores —liberales y radicales, hombres y mujeres, negros y blancos, estudiantes y profesores— abrazaron al pacifismo. Al existir muchos sectores distintos opuestos a la guerra, existían muchas opiniones diversas sobre el carácter de la invasión misma. Según la visión que los grupos tenían sobre la política exterior norteamericana, se presentaban diferencias en torno a la forma en la que llevar a cabo la protesta. El movimiento ni siquiera tenía una conducción definida, no había un liderazgo unificado, ni tampoco consenso acerca de qué era lo que estaba mal en la política exterior de Estados Unidos. Sin embargo, los activistas por la paz intentaban subordinar sus diferencias en favor de la finalización de la guerra. Discutían el conflicto, organizaban seminarios y marchaban en forma pacífica.

Básicamente se pueden diferenciar dos tendencias en torno a la apreciación de la guerra dentro del movimiento pacifista. Por un lado, estaban los llamados *liberals*, que veían el conflicto como un grave error de la política exterior de su gobierno, que podía arreglarse mediante la participación civil y la política electoral. Por otro lado, estaban los *radicals*, que consideraban la intervención en Vietnam como una guerra contrarrevolucionaria para perpetuar la hegemonía mundial capitalista de los Estados Unidos.

Entre tanto, el conflicto continuaba y el gobierno hacía oídos sordos a los reclamos pacifistas. Esto hizo que la mayoría de los activistas en contra de la guerra dejaran de preocuparse por llevar su protesta a los representantes políticos y se dispusieron a intensificar el número de manifestaciones.

Los sectores más activos: estudiantes y negros

Las oposiciones más fuertes contra la guerra de Vietnam surgieron de la llamada «nueva izquierda» (*the new left*). Esta era un movimiento que se caracterizaba por la desconfianza de todas las ideologías y no se podía definir en términos de clase. Estaba constituida por intelectuales, grupos del movimiento de los derechos civiles y la juventud universitaria.

En las manifestaciones antibelicistas, los estudiantes desempeñaron un papel destacado. La guerra de Vietnam les había revelado el verdadero carácter de la sociedad existente: su intrínseca necesidad de agresión y expansión, y la brutalidad de la lucha en la competencia internacional.

La guerra de Vietnam desencadenó en Estados Unidos la oposición contra la presión omnipresente de un sistema que, mediante una productividad represiva y destructiva, lo degrada todo en forma cada vez más inhumana. El valor de la nueva izquierda, más allá de los límites profundos y algunas indefiniciones, fue haber comprendido que ninguna oposición puede considerarse fuera del marco global mundial. Esto explica la protesta contra el terror que existió fuera de Estados Unidos.

Bajo este enfoque fue que se produjeron enormes manifestaciones callejeras, que intentaban comprender el funcionamiento del imperialismo y la política exterior yanqui, publicando numerosos artículos y ensayos en revistas y libros.

La nueva izquierda intentó dar pelea al interior de las universidades. No se trataba de impulsar una politización de la universidad, porque esta es, de por sí, política. Las ciencias naturales, la sociología y la psicología dependían del apoyo financiero del gobierno y de las grandes fundaciones empresariales.

Los científicos que integraban las universidades respondían a las necesidades del imperialismo, le servían a este con sus conocimientos y saberes tecnológicos, para perpetuar la opresión y destrucción de los pueblos del Tercer Mundo. Por eso, lo que planteaba la nueva izquierda era una contra-politización, como parte de una rebelión política y moral-sexual. Sin embargo, tenían objetivos confusos y poco claros con respecto a las acciones dentro de Estados Unidos.

Las formas de lucha que encontraron para expresar sus intenciones fueron las conferencias universitarias y, sobre todo, las grandes manifestaciones callejeras. Allí confluían distintos sectores en contra de la guerra, que tenían distintos intereses pero conformaban un frente único. Las tácticas más efectivas emanaron de esta estrategia elemental. Las acciones de masa antiguerra fueron organizadas como movilizaciones pacíficas, legales, autorizadas. Esto fue así, para facilitar que la gente se atreviera a dar los primeros pasos tentativos de oposición al gobierno.

La estrategia de independencia política fue tácticamente implementada a través de la creación de comités independientes cuyo único objetivo era oponerse a la guerra. Estos conformaban un frente único de coaliciones que usualmente se organizaban para preparar acciones con día, fecha y lugar específicos. Algunas coaliciones duraron más de una acción, otras fueron breves y se disolvían, se unían solo para un evento y después se separaban, debido a las diferencias políticas.

Miles de maestros y profesores de todo Estados Unidos publicaban peticiones en los diarios más importantes para frenar la guerra de Vietnam. Se pronunciaban contra el asesinato de la juventud estadounidense y la destrucción de Vietnam, donde se bombardeaba indiscriminadamente el territorio y la población. Para esto convocaban a que cada ciudadano hiciera

conocer la verdad en su comunidad y en los ámbitos en que se movía cotidianamente. Había que juntarse y reunirse para divulgar los verdaderos motivos de las matanzas injustificadas en esas tierras lejanas. Consideraban la guerra inmoral, ilegal y sin sentido.

El movimiento estudiantil, habiéndose organizado previamente y siendo el mayor defensor de la autodeterminación de los vietnamitas, representaba el sector más a la izquierda y más fuerte en la oposición; constituía el brazo «radical» de las manifestaciones. Además, formaba amplias coaliciones para llevar a cabo movilizaciones tanto en las ciudades, como a nivel regional o nacional.

Los sectores más activos estaban preocupados por atraer a la mayoría de la gente participante en la movilización, hacia una condena total de la política exterior de Estados Unidos. Para ello, lanzaron consignas que aglutinaran a la mayor cantidad de gente posible. «¡Fuera ya!» fue la consigna más importante para reivindicar la autodeterminación de los vietnamitas y la retirada de las tropas yanquis.

Otra consigna diferente, pero importante para que el movimiento antibelicista adquiriera más fuerza, era la demanda de «¡Qué vuelvan los soldados a casa, ahora!». Esta consigna era más moderada y apuntaba a movilizar tanto a la clase obrera como a los soldados mismos, a sus familiares y amigos.

La oposición a la guerra se incrementó y cobró mucha fuerza cuando el movimiento negro se involucró en la denuncia de la cantidad desproporcional de soldados negros muertos y heridos.

Negros, hispanos, asiáticos y aborígenes estadounidenses pelearon y murieron en números totalmente desproporcionados con respecto al porcentaje que tienen dentro del total de la población estadounidense.

Un punto de inflexión en la participación del movimiento negro en las movilizaciones, fueron las críticas que Martin Luther King empezó a exponer desde 1967. Sus discursos contra la guerra abarcaron muchos temas y estuvieron basados en una comprensión histórica de la larga lucha de Vietnam por la independencia nacional. El líder negro mantenía un compromiso con la no violencia y expresaba su rabia frente a la violencia que Estados Unidos estaba cometiendo contra la tierra y la gente de Indochina. Sin embargo, el centro de la crítica de King era el efecto de la guerra sobre los pobres estadounidenses, blancos y negros. «Las promesas de la Gran Sociedad —decía—, han muerto a tiros en el campo de batalla de Vietnam». Las cantidades de dinero y apoyo que se estaba llevando la guerra podrían haberse usado para resolver problemas internos de Estados Unidos. Además, los pobres mismos estaban aportando la mayor parte de los soldados para la lucha en el extranjero. Como afirmó en su famoso discurso en la Iglesia de Riverside en la ciudad de Nueva York (abril, 1967), la guerra no solo estaba «devastando las esperanzas de los pobres en casa», también estaba «enviando a sus hijos y sus hermanos y sus esposos a luchar y a morir en proporciones extraordinariamente altas comparadas con las del resto de la población».

King ponía atención en el peso desproporcionado que tenían los negros entre los soldados que iban a la guerra, mientras que en casa se les negaba la plena ciudadanía con todos los derechos

Nos vemos una y otra vez frente a la cruel ironía de observar a chicos blancos y negros en la televisión mientras matan y mueren juntos por una nación que no ha podido sentarlos juntos en las mismas escuelas. Así los observamos en solidaridad brutal, quemando las chozas de una pobre aldea y

nos damos cuenta de que no hubieran vividos juntos en la misma cuadra en Detroit.

En otro discurso de febrero de 1967, alertaba:

Estamos dispuestos a hacer del negro un ciudadano de 100% para la guerra, pero lo reducimos a un ciudadano de 50% en el suelo estadounidense. La mitad de los negros viven en viviendas por debajo del estándar básico y tiene la mitad de los ingresos económicos que los blancos. Hay dos veces más desempleo y mortalidad entre los negros. Y, sin embargo, a comienzos de 1967, murieron el doble de negros en acción —20,6%—, un número desproporcionado en relación con el número total de negros en la población en general.

Martin Luther King no fue el único ni el primer negro que criticó la guerra o la pérdida desproporcionada de soldados negros. Malcolm X, Mohamed Ali, y otros más moderados como Adam Clayton Powell, Dick Gregory, John Lewis y Julian Bond estuvieron entre quienes hablaron repetidas veces antes de 1967. El punto central era muchas veces que los negros tenían más derechos civiles en las Fuerzas Armadas que en cualquier otro lugar de Estados Unidos.

Mito y realidad de la «mayoría silenciosa» y el «obrero halcón»

El gobierno de Estados Unidos y los medios capitalistas utilizaron todo su poder para convencer a la opinión pública de que

las movilizaciones de los estudiantes y del nacionalismo negro eran contra los soldados, contra «nuestros muchachos», y que esa actitud podría perjudicarlos y conducirlos a la muerte.

Así se inició una fuerte disputa para ganarse a la mayoría de la población a su favor. De un lado, tiraban el gobierno y los empresarios; del otro, los sectores activos de las movilizaciones en contra de la guerra. El eje de la disputa giraba alrededor de la clase trabajadora estadounidense, cuyos hijos eran, en definitiva, los que luchaban en los frentes de la guerra.

Se fue creando así el mito de la «mayoría silenciosa». Tanto los que apoyaban la guerra como los pacifistas afirmaban contar con el apoyo del «centro silencioso».

De algún modo, la clase obrera presentaba muchas de las características que el presidente, Richard Nixon atribuía a la «mayoría silenciosa». El presidente había introducido este término en su discurso del 3 de noviembre de 1969, en el cual expresó: «a ustedes, la gran mayoría silenciosa de mis compatriotas, les pido su apoyo». Nixon anunció que el país había incrementado en gran medida el entrenamiento y el aprovisionamiento de las fuerzas survietnamitas, de modo tal que Vietnam del Sur era capaz de asumir la responsabilidad total de su seguridad. Consecuentemente, las operaciones aéreas llevadas a cabo por soldados estadounidenses habían disminuido el 20% y las bajas de nacionales habían llegado al punto más bajo en los últimos 3 años. Nixon prometió que antes del 15 de diciembre de 1969, más de 70 000 hombres volverían a casa. Dejó en claro que la retirada de tropas de Vietnam dependía completamente de cómo progresaran las negociaciones de paz en París y del programa de entrenamiento de las fuerzas de Vietnam del Sur. A fin de desestimar la importancia de las crecientes protestas en contra de la guerra, Nixon señaló: «Si una minoría, por más ferviente que sea su causa, se hace oír y prevalece sobre

la razón y la voluntad de la mayoría, esta nación ya no tiene futuro como sociedad libre». Es decir, que la «mayoría silenciosa» no debía permitir que la «minoría» antibelicista pusiera en peligro la democracia de la nación y el papel desempeñado por Estados Unidos en el extranjero.

De todos modos, hubo muchos factores que contribuyeron a la creencia generalizada —y muchas veces sin fundamento— de que los trabajadores apoyaban incondicionalmente la guerra. En primer lugar, se consideraba que los miembros de la clase obrera estaban más dispuestos a apoyar las cuestiones de «ley y orden» que otros segmentos de la sociedad. En segundo lugar, la participación un tanto limitada de los sindicalistas en las manifestaciones contra la guerra hizo que muchos observadores llegasen a la conclusión de que los trabajadores apoyaban incondicionalmente al gobierno. Y en tercer lugar, muestras aisladas de patriotismo, tales como las manifestaciones a favor de la guerra en la ciudad de Nueva York en 1970, reforzaron el estereotipo del trabajador estadounidense como «halcón».

Sin embargo, los datos recogidos en las encuestas pusieron en duda esta conclusión. Hacia finales de los años sesenta y principios de los setenta, el movimiento antibelicista intentó capitalizar la oposición de la clase obrera a la guerra. La definición oficial de la «mayoría silenciosa» presentaba a los grupos antibelicistas como antagonistas de la política exterior del gobierno y también de la mayoría del pueblo. En realidad, la mayor parte de los ciudadanos que se manifestaba en contra de la guerra no era violenta, y la mayoría de los que constituían la clase obrera no eran partidarios acérrimos de una política proguerra.

Muchos estadounidenses no tenían una opinión formada acerca de la política exterior del país. Más aún, las formas en las que estaban formuladas las preguntas de las encuestas

oficiales solía influenciar los resultados obtenidos a través de ellas.

Es necesario tener en cuenta que los que pelearon y murieron en Vietnam pertenecían en su enorme mayoría a la mitad inferior de la estructura social estadounidense. Los presidentes Kennedy, Johnson y Nixon mandaron una enorme cantidad de soldados estadounidenses a Vietnam del Sur (casi un millón). A principios de la década de 1960, iban de a cientos: unidades en helicópteros, equipos de Boinas Verdes, equipos de contrainsurgencia, jóvenes oficiales ambiciosos, hombres de infantería, todos clasificados como consejeros militares por el comando estadounidense. Más allá de los círculos internos secretos del gobierno, muy pocos dijeron que cientos de miles seguirían a los primeros, en un aumento masivo que llevó la presencia estadounidense en Vietnam de 15 000 hombres en 1964 a 550 000 en 1968.

Aunque la discriminación racial y las actitudes racistas persistieron en las Fuerzas Armadas, la clase social fue mucho más determinante en la composición social general de las tropas estadounidenses. En la década de 1960, las Fuerzas Armadas fueron sobretodo dominio de la clase obrera. La clave aquí es la desproporción. Dado el tamaño enorme de la generación, millones de hombres de la clase obrera quedaron fuera de las Fuerzas Armadas. Pero la posibilidad de que un hombre de la clase obrera entrara a las Fuerzas Armadas y luego fuera a Vietnam era mucho mayor que la que tenía un hombre de clase media o privilegiada.

La edad promedio de los soldados era de 19 años. En la Segunda Guerra Mundial, en cambio, el soldado estadounidense medio contaba 26. Los hombres enrolados en Vietnam eran pobres en un 25%, de clase obrera en un 55%, y en un 20% de clase media, con un número estadísticamente insignificante de

clase alta. Por lo tanto, la mayor parte de los estadounidenses que pelearon en Vietnam eran adolescentes de clase obrera, sin poder ni voto.

A lo largo del conflicto en el Sudeste asiático, los orígenes sociales de los que luchaban en Vietnam no fueron un tema frecuente de debate. La excepción eran unas pocas publicaciones sindicales que informaban que eran los trabajadores quienes estaban pagando con sus vidas la intervención militar yanqui. Los medios masivos de comunicación intentaron disfrazar el hecho de que en el país había diferencias de clase.

Si bien los estudiantes universitarios solían tener motivos personales para oponerse a la guerra, también era cierto que estaban llenos de prejuicios de clase contra los trabajadores. Es más, no siempre los estudiantes universitarios tomaban conciencia de sus privilegios de clase. Aunque los activistas por la paz a menudo hacían referencia a las bajas sufridas en la guerra en sus discursos contra la intervención militar en Vietnam, solo en contadas ocasiones hacían hincapié en el porcentaje de muertos y heridos por «clase». Asimismo, los estudiantes solían menospreciar a la «ignorante» clase obrera que parecía respaldar la guerra.

La brecha entre el movimiento antibelicista y la clase obrera fue un tema discutido extensamente a lo largo de la década de 1960. Sin embargo, los sucesos de mayo de 1970, contribuyeron a forjar la imagen de un obrero blanco, reaccionario y patriota fanático. En ese año se produjeron fuertes enfrentamientos y una violenta confrontación entre manifestantes pacifistas y obreros de la construcción de Nueva York.

Sin embargo, a pesar de las imágenes estereotipadas de un «obrero halcón» patriota, en el sindicalismo había discusiones y se produjeron fuertes divisiones. Cuando empezaron las discrepancias en las altas esferas del sindicalismo, el movimiento

antibelicista en general ya estaba bastante crecido. En 1965 ya muchos sindicalistas de izquierda se declararon en contra de la guerra. En los años siguientes, tanto los líderes sindicales como las bases se volvieron cada vez más «pacifistas». Pero la postura a favor de la paz de la mayoría de los sindicatos no se correspondía con la posición antimperialista y antibelicista de los *radicals*. De hecho la inmensa mayoría de los afiliados a los sindicatos nunca se expresaron a favor o en contra de la intervención militar de Estados Unidos en Indochina.

La creación de la Asamblea Nacional de los Líderes Sindicales por la Paz, en 1967, quebró la postura aparentemente monolítica respecto al conflicto. La mencionada Asamblea se reunió en Chicago y atrajo la atención de toda la nación. Un número cada vez más importante de sindicalistas dudaba sobre la intervención en Vietnam, si bien siempre con una conciencia confusa y con poca claridad sobre los motivos y las causas de la guerra.

Los medios masivos de comunicación prestaron muy poca atención a la relación de la clase obrera con Vietnam. En realidad, el tema se presentaba de una forma indirecta y distorsionada, que reducía a los trabajadores a un estereotipo confuso. En lugar de documentar las desigualdades de clase en el servicio militar y los sentimientos complejos que los soldados y sus familias tenían sobre su sociedad y sobre la guerra misma; los medios contribuyeron a la construcción de una imagen de los trabajadores como la clase que apoyaba la guerra con mayor fuerza. En este estereotipo, los obreros aparecían como halcones superpatrióticos cuyas opiniones políticas se podían entender con solo leer las calcomanías de algunos de sus autos y camionetas: «América, ámela o déjela».

Sin embargo, casi todas las encuestas de opinión pública encontraron muy poca diferencia entre las respuestas de la clase obrera y las de la clase alta y media. En otras palabras, había por

lo menos tantos halcones en las oficinas de las corporaciones como en las fábricas.

Parte del problema con el estereotipo de los obreros era que se colocaba a los hombres cristianos y blancos como el símbolo de toda la clase obrera. Pero, la clase obrera incluye a mujeres, negros, hispanos, judíos; tiene una variedad enorme. Las encuestas sugieren que los tres grupos que se opusieron con más coherencia a la guerra en ese tiempo fueron los negros, las mujeres y los muy pobres.

Sin embargo, hubo una diferencia muy evidente entre las actitudes relacionadas con la guerra que tenían los trabajadores y la clase media. Los obreros estuvieron más abiertamente en contra de las protestas contra la guerra. Los sindicalistas que marchaban en Nueva York llevaban carteles que decían: «Apoyen a nuestros chicos en Vietnam». La gente de la clase obrera se oponía a las protestas contra la guerra en las universidades, sobre todo porque veían al movimiento estudiantil como un ataque elitista contra las tropas estadounidenses.

El movimiento contra la guerra trató de corregir esta percepción poniendo el foco de su crítica en la gente del gobierno, que había planificado la guerra y hacía que siguiera adelante.

Es cierto que un segmento significativo del movimiento estudiantil denunciaba explícitamente la distribución desigual del poder y el privilegio en la sociedad estadounidense. Pero para muchos obreros, los estudiantes que protestaban negaban sus propios privilegios y al mismo tiempo alardeaban porque los tenían.

Fue en este contexto que se fue constituyendo el mito de la «mayoría silenciosa». Este mito descansaba en algunos hechos de la realidad que los medios de comunicación imperialistas se dedicaron a manipular y extorsionar.

La rebelión de los soldados

Llegó un punto de la guerra en que el rechazo no venía solo de las manifestaciones de la sociedad civil estadounidense, sino que también dentro del ejército hubo casos de rebeldía. Los soldados yanquis se encontraban en una situación a la cual no le encontraban mucho sentido. Estaban en una tierra a miles de kilómetros de casa y el objetivo era poco claro. El enemigo era todo un pueblo, iban de aldea en aldea y encontraban resistencia constantemente.

Las fuerzas de liberación vietnamitas conocían el terreno a la perfección y sabían como moverse. En cambio, las tropas yanquis caminaban por un terreno dificultoso y totalmente desconocido.

La moral del ejército estadounidense fue decayendo cada vez más. Eso se veía reflejado en el comportamiento y las actitudes de los soldados, que más que pensar en ganar una guerra supuestamente legítima, pensaban en cuidar de sus vidas individuales y regresar a sus casas con sus familias.

Para 1971, ese ejército estaba al borde del colapso: los soldados evitaban o rehusaban el combate, traficaban drogas, no respondían a las órdenes de los oficiales.

En su mayoría, los soldados pertenecían a la clase trabajadora y un alto porcentaje de ellos eran negros. Mientras que los oficiales, en gran mayoría, eran miembros de las clases más privilegiadas.

La rebelión de los soldados estaba muy lejos de constituir un movimiento organizado y no es posible compararla con el movimiento civil antibelicista. De hecho no existieron marchas, protestas, demostraciones en público o periódicos clandestinos; sino que la rebelión se relacionaba con las formas que los soldados encontraban para sobrevivir y evadir el combate.

Las tropas terrestres yanquis eran verdaderas presas de las fuerzas de liberación vietnamitas. Las misiones de «busca y destruye» provocaban enormes bajas entre los soldados de infantería. Sin embargo, esto era un detalle menor para los oficiales que buscaban su propia gloria, pues iniciaron un pedido de abastecimiento de soldados de reemplazo de nunca acabar. La misión era ir al interior de la jungla, atacar bases y expulsar a las tropas del FNL; los helicópteros jugaban un papel clave para cubrir la retirada y librar un masivo poder de fuego. Sin embargo, el FNL evitaba más fácilmente el avance del enemigo planificando emboscadas, dado su mayor conocimiento del terreno.

La táctica de «buscar y destruir» exponía a los soldados a ser la carnada viva para que los aviones y helicópteros, desde donde dirigían los oficiales, pudieran atacar a los combatientes del FNL. Pero esto producía bajas significativas, y lo más grave era que un cuarto de las bajas estadounidenses fueron producto del «fuego amigo», como se le denominaba. Evidentemente, esta situación provocó los primeros conflictos dentro del ejército porque, mientras la oficialidad se encontraba fuera de peligro, las tropas tenían sus «traseros en el suelo», expuestos tanto al fuego del FNL como al de sus propios helicópteros.

El punto más elevado en el que se manifestó la rebeldía de los soldados fue durante la Ofensiva del Tet de febrero de 1968. Para frenar esta ofensiva, el ejército yanqui tuvo que implementar una táctica brutal de represión contra la población entera. En Saigón, por ejemplo, el número de civiles muertos llegó a catorce mil.

Esta ofensiva marcó una derrota política del gobierno norteamericano en la guerra con Vietnam, demostrando el apoyo masivo de la población al FNL. Millones de pobladores colaboraron para que el FLN ingresara a las ciudades. Las tropas survietnamitas, aliadas a Estados Unidos, no solo entregaron las

ciudades, sino que proveyeron de armas y municiones a quienes, hasta ayer, eran sus enemigos.

Fue justamente este acontecimiento el que provocó males-tares, llevando a los soldados yanquis a cuestionarse cuál era la finalidad de la guerra y por qué luchaban para defender un régimen que el propio pueblo vietnamita detestaba.

Las reacciones que se desataron tuvieron distintas formas y los casos de rebeldía eran dispersos y desordenados. Algo sorprendente fue el asesinato de oficiales estadounidenses a manos de sus propias tropas. El término que utilizaban los soldados en su jerga para la ejecución de oficiales era el de «fragmentación», debido a que el arma que usaban para eso era la granada de fragmentación, ya que no dejaba evidencia alguna. No existen cifras certeras, pero se cree que, para 1971, se producía un asesinato por semana. Se llegó a decir que solo el 10% de ellas se denunciaban. Estas cifras, de ser verídicas, muestran que entre un 20 y un 25% de la oficialidad yanqui fue muerta por sus soldados mediante esa técnica. Los oficiales intentaron revertir esta situación y recuperar el mando sobre las tropas. Para eso iniciaron la «contra-fragmentación», contra los reclutas de los que se sospechaba algún tipo de plan para asesinarlos.

Los oficiales vivían lejos del peligro, habitaban en bases de las retaguardias o contemplaban las batallas desde el aire; los soldados de combate experimentaban la pesadilla. Era demasiada la distancia entre ambos grupos para que la confianza en los oficiales y en la guerra sobreviviera de manera incuestionable.

Salta a la vista la contradicción de todo ejército imperialista moderno: sirven a los intereses de la clase dominante, pero se sostienen con tropas de la clase trabajadora, que no tienen interés material en la conquista. El general Giap tenía muy clara

esta contradicción, que lo llevaba a la convicción de la victoria de la guerra popular justa. La voluntad de un pueblo oprimido, toda una nación levantada en armas, es más fuerte que un ejército imperialista preparado con la tecnología más avanzada.

El movimiento hippie y la música

El movimiento pacifista en Estados Unidos estaba entrelazado con el movimiento hippie, que había empezado a surgir en la década de 1970 como reacción a la sociedad consumista y disciplinada. El lema de cabecera de este movimiento era «amor y paz» y practicaban el amor libre, el rechazo a las normas establecidas, el ecologismo, etc. Como símbolo de rebeldía, estaba de moda el consumo de drogas entre la juventud, sobre todo el LSD, causante de alucinaciones e «inspiradora» del arte psicodélico.

El ambiente musical era el lugar más propicio para manifestar esta rebeldía. El rock era la música que expresaba la forma de vida del movimiento hippie y que permitía el encuentro de la gente, pues se organizaban enormes festivales musicales. El festival más famoso fue el de Woodstock en el verano de 1969, que duró 3 días y tuvo una concurrencia masiva de más de 200 000 personas. La mayor parte del país estaba escandalizada frente a las escenas de jóvenes bañándose desnudos, haciendo el amor o drogándose en público.

Músicos virtuosos y destacados participaron de ese festival como Jimi Hendrix o Janis Joplin. En este marco el tema de la guerra de Vietnam estaba muy presente, y se creaban consignas como «haz el amor y no la guerra». Una expresión significativa desde el rock fue la versión provocadora de Hendrix del himno

estadounidense que, con el sonido de su guitarra, evocaba el estruendo de los bombardeos en Vietnam.

El movimiento hippie era algo más bien disperso y espontáneo. Los emblemas eran algunas canciones como las de Bob Dylan, el respeto a la naturaleza, las flores en los fusiles, los símbolos de paz, el amor libre, las vestimentas coloridas y psicodélicas, y todas aquellas expresiones y actitudes que cuestionaban los valores tradicionales conservadores.

Sin embargo, si bien el estilo y cierta forma de vida influyó mucho en el movimiento estudiantil norteamericano, no es posible identificar a los hippies como aquel movimiento que haya cuestionado más a fondo la guerra de Vietnam. Simplemente, el «hippismo» fue parte de una cultura de rebeldía juvenil de la que los movimientos antibelicistas tomaron muchos símbolos y elementos.

El movimiento hippie estaba muy lejos de la realidad que estaba viviendo el pueblo vietnamita. El lema de «haz el amor y no la guerra» no tenía sentido para los guerrilleros vietnamitas, quienes no consideraban opuestos el amor y la guerra.

El tema de la guerra y la paz es algo sobre lo cual ya se ha reflexionado en los capítulos anteriores. El odio de clase contra el enemigo imperialista y el amor a su pueblo no eran contradictorios. Además de considerar a la guerra justa como necesaria e inevitable frente a la guerra injusta.

La guerra de Vietnam en el cine

Los revolucionarios vietnamitas se las habían ingeniado para, durante la guerra, tener un servicio cinematográfico en los territorios controlados. A partir de 1948 comenzaron a filmar documentales, con cámaras secuestradas al enemigo como

botín de guerra, que se editaban en laboratorios camuflados en los bosques. A principios de 1950, ya había más de 50 cines ambulantes y se habían producido una cantidad importante de documentales, entre los cuales se pueden mencionar: *El Vietnam combatiente* (1951) de Tchang Liao Ling y Nguien Ngatme, un largometraje sobre la vida cotidiana de un pueblo en guerra, su cultura, su industria rudimentaria, sus trabajos en la jungla, etc. y *La batalla de Dien Bien Phu* (1954) de Nguyen Ten Loi.

Con esta experiencia anterior, en 1958 se levanta un estudio de cine moderno en Hanoi, desde donde salen películas como *Sobre el río común* de Nguyen Hong Nguy y Pham Xieu Zan y *El joven combatiente* de Hai Ninh y Duc Ninh.

Es digno de mencionarse, en este contexto, el trabajo del cineasta cubano Santiago Álvarez, quien realizó una serie de documentales, logrando sumergirse en la realidad vietnamita. Entre ellos pueden mencionarse *Hanoi, martes 13* (1967) y *Vietnam en el año del gato* (1975), un largometraje que, acompañado de música vietnamita, muestra los sacrificios del Norte por resistir a las bombas imperialistas, al mismo tiempo que construía el socialismo.

Del lado estadounidense, el cine sobre la guerra de Vietnam tuvo un desarrollo desigual y fue cambiando la mirada con el correr de los años. Durante el siglo xx, en Estados Unidos el cine alcanzó una gran importancia, al punto de constituirse en una industria. De hecho, Hollywood se convirtió en el monopolizador del mercado internacional del cine. Dicha industria cinematográfica estuvo destinada a reflejar una «cultura de la victoria», para la cual se produjeron una enorme cantidad de películas de guerra.

El caso de la guerra de Vietnam, como la de Corea, formó parte de esta necesidad de difundir masivamente el punto de

vista imperialista. Sin embargo, un número importante de directores mundialmente conocidos se abocaron a hacer películas críticas o, por lo menos, no apologéticas, ni de propaganda en pro de la guerra.

En Estados Unidos salieron al público más de 400 títulos de películas. Además hay que tener en cuenta el material periodístico filmado sobre la guerra que se difundía diariamente por medio de la televisión.

Al comienzo de la guerra no fueron muchas las películas que se hicieron, entonces, el gobierno se encargó de que ciertos directores se ocuparan de filmar para el público un cine a favor de la intervención. Un ejemplo de ello fue la película *Boinas verdes* (1968) de John Wayne, donde se presenta a los guerrilleros vietnamitas como los «malos» y se justifica la invasión yanqui.

Lo que sí constituyó una herramienta de divulgación durante toda la década de 1960 fueron los materiales periodísticos que se proyectaban como películas en salas de cine y por la televisión. El punto de vista que expresaban estos materiales no era homogéneo, estaba dividido. El movimiento pacifista se valía mucho de ellos debido al impacto que producía ver, en imágenes, los horrores y matanzas causados por la guerra. Pero, por otro lado, el gobierno no se quedaba atrás y el Departamento de Defensa apuraba la producción de filmes propagandísticos para contrarrestar las otras versiones informativas. Fruto de esa política oficial se filmó *Vietnam, Vietnam* (1971) de John Ford.

En realidad, fue luego de finalizada la guerra cuando empezaron a producirse una cantidad impresionante de películas sobre el tema.

Una de las primeras producciones, fuertemente crítica, hecha por un director norteamericano, fue *Apocalypse Now* (1979) de Francis Ford Coppola, basada en la novela *El corazón de las*

tinieblas del escritor Joseph Conrad. La trama de la película está articulada a partir del viaje de un oficial que tiene la misión de eliminar a otro, por haberse desviado militar y moralmente de su objetivo. Coppola muestra a las tropas yanquis envueltas en una selva intrincada y en un ambiente bastante absurdo de locura, intentando reflejar la total ilegitimidad estadounidense para invadir Vietnam y la imposibilidad de cualquier justificación para hacerlo.

Pero también hubo filmes que justificaban la guerra de Vietnam como una hazaña estadounidense. En la década de 1980 se pueden ver producciones cinematográficas que muestran a los «muchachos» yanquis como héroes, orgullosos de pelear en esa guerra, y que eran bien recibidos al regresar al país. Surgieron así muchas películas reaccionarias que tuvieron una difusión masiva mundial. Ejemplo de esa corriente es la serie interpretada por Chuck Norris *Desaparecido en combate* (primera y segunda parte, 1984), donde prevalece todo el tiempo el revanchismo y la apología de Estados Unidos; también se puede mencionar *Más allá de las líneas enemigas* (1986), que narra cómo un coronel americano y sus hombres caen en poder del enemigo, y sus esfuerzos por huir.

Con un gran éxito comercial, entre ese tipo de películas la que más se destacó fue protagonizada por el mundialmente conocido personaje homónimo *Rambo* (1985), interpretado por el actor Silvestre Stallone. Rambo fue el emblema del soldado yanqui, superhéroe y nacionalista.

Sin embargo, también se produjo un importante número de películas que tuvieron amplia difusión y que cuestionaban la visión del soldado patriota. Lejos de vanagloriarse de los superhéroes que no mueren nunca y pasan todas las pruebas de fuego, este cine crítico intentó reflejar la desesperación de

los soldados y la incomprensión que ellos tenían de la guerra, pensando solo en sobrevivir y volver a casa.

Un realizador verdaderamente crítico de la agresión yanqui a Vietnam es Oliver Stone. La primera película que realizó sobre el tema fue *Pelotón* (1986), donde muestra la experiencia de un pelotón estadounidense que se desplaza por la selva vietnamita. Es una película bélica en la que nunca aparece el bando enemigo, y las tropas invasoras están sometidas a un acoso y seguimiento constante, generándose un clima paranoico. También, Stone muestra la competencia entre los oficiales del ejército, así como la visión de los soldados sobre una guerra que no comprendían.

Otra película de Stone es *Nacido el 4 de Julio* (1989). Aquí se sitúa en el punto de vista de un personaje, educado en el espíritu patriótico norteamericano, que se enrola voluntariamente para combatir en Vietnam. Pero la imagen de su país se empieza a desfigurar en el campo de batalla y termina por derrumbarse cuando regresa herido y no encuentra reconocimiento ni atención adecuada. Otra producción sobre el tema, realizada por este director, es *Cielo y tierra* (1993).

También puede citarse la película *Nacido para matar* (*Full Metal Jacket*, 1987) del director Stanley Kubrick, donde se muestra la humillación y el alistamiento disciplinario de los soldados durante el entrenamiento previo a ser enviados al combate. El clima que se vive, una vez en Vietnam, es de destrucción y desolación. Los soldados no tienen órdenes claras y se encuentran bastante perdidos frente a los objetivos que deben realizar; sus preocupaciones solo pasan por matar vietnamitas para sobrevivir o demostrar valentía, sin encontrarle mucho más sentido al asunto. El protagonista es un soldado físicamente débil, que lleva en su casco un símbolo de la paz junto a la inscripción «nacido para matar», intentando expresar la ironía de la guerra, pero sin cuestionarse demasiado su estada en ese país.

**Dos revoluciones
hermanas:
Vietnam
y Cuba**



Al igual que el pueblo vietnamita, los cubanos tienen una larga tradición nacional de resistencia y lucha contra la invasión imperialista. En 1959 triunfó en Cuba una revolución antimperialista y socialista (a partir del 16 abril de 1961), liderada por Fidel Castro. La cuestión nacional y el socialismo se unieron en un mismo proceso revolucionario. El pueblo cubano logró conquistar su independencia y soberanía nacional, iniciando el tránsito al socialismo en un país atrasado.

Vietnam y Cuba forman parte de las revoluciones socialistas que han puesto en jaque al imperialismo. El terreno es el mismo: los pueblos oprimidos del Tercer Mundo. Ambas revoluciones tenían una base material muy pobre para la construcción socialista, pero superaron eso mediante la organización y la voluntad popular.

A partir del triunfo de estas revoluciones, se fue generando una conciencia sobre la necesidad de impulsar la solidaridad internacional, con todos los sacrificios que ello implicaba, sin medias tintas. Para esto, no alcanzaban los discursos ni las declaraciones. La solidaridad debía expresarse en la extensión de la revolución a los pueblos oprimidos por el imperialismo. El espíritu combativo y la resistencia a muerte contra la invasión yanqui era el ejemplo que todos los pueblos debían seguir.

En este sentido fue que el Che Guevara dijo «no se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o a la victoria». Por eso lamentaba el hecho de que Vietnam se encontrara «trágicamente solo»,

y apuntaba las críticas a las dos superpotencias socialistas, China y URSS. Estas daban cierto grado de ayuda material y lanzaban declaraciones solidarizándose con el pueblo vietnamita, pero no apoyaban a fondo a las revoluciones del Tercer Mundo, ni planteaban una confrontación a muerte contra el imperialismo.

El Che Guevara, que había surgido de la Revolución cubana, se dio cuenta rápidamente de la importancia que tenía el proceso revolucionario que el pueblo vietnamita estaba realizando. En esa experiencia encontró la búsqueda de los mismos objetivos que se perseguían en Cuba y la identificación del mismo enemigo.

Esa conciencia lo había llevado a la necesidad de plantear la creación de «dos, tres... muchos Vietnam». La visión que el Che tenía sobre la guerra de Vietnam se basaba en el objetivo estratégico de confrontación contra las potencias imperialistas. La batalla contra el capitalismo debía darse a escala mundial, e impulsarse desde los pueblos oprimidos de Asia, África y América Latina. Esta convicción la llevó a la práctica, y murió en combate por la revolución mundial en la guerrilla de Bolivia. Para el Che esa era la verdadera forma de solidarizarse con el pueblo vietnamita: poner el cuerpo y arriesgar la vida para combatir al capitalismo en todas las regiones explotadas del mundo.

La Revolución cubana formaba parte de esa estrategia. Por eso, desde Cuba se les prestó siempre ayuda concreta y material a todos los revolucionarios dispuestos a cambiar el mundo. Vietnam no fue la excepción, sino que influyó y estimuló poderosamente a los cubanos.

Es significativo tener en cuenta que el Héroe Nacional cubano, referente histórico ineludible de los revolucionarios, José Martí, haya estudiado las tierras vietnamitas a fines del

siglo XIX, dejando un pequeño relato: «Un paseo por la tierra de los anamitas». Lo publicó en la revista que editó para los niños de América, *La Edad de Oro*, y en él Martí escribe que «pelearon, y volverán a pelear, los pobres anamitas (vietnamitas), los que viven de pescado y arroz y se visten de seda, allá lejos, en Asia, por la orilla del mar, debajo de China».

Sin embargo, el vínculo entre Cuba y Vietnam se produce concretamente con el triunfo de la Revolución en 1959. Ambos pueblos, a través de sus direcciones políticas, entablan una relación fuerte de solidaridad revolucionaria, que se expresa de múltiples formas, tanto en las alegrías como en los momentos difíciles.

Particularmente, sobresale la ayuda material brindada por Cuba a Vietnam en un momento de la guerra verdaderamente tenso y agresivo.

En 1963 se fundó el Comité de Solidaridad con Vietnam del Sur y en 1965 la Asociación de Amistad Cuba–Vietnam.

Estudiantes de ambos países realizaron intercambios para aprender la lengua y la cultura del otro pueblo hermano. Compartieron sus experiencias revolucionarias y se divulgó en cada país una cantidad enorme de literatura revolucionaria respecto al otro.

Al puerto de Haiphong, en el Norte bombardeado continuamente, arribaron barcos cubanos cargados de azúcar. Pero no solo eso, sino que también mandaron contingentes de personas para que ayuden con sus propias manos: cientos de técnicos trabajaron durante la guerra en el territorio. Llegaban brigadas cubanas para construir hospitales, carreteras y medios de comunicación y transporte. También levantaron una cantidad importante de granjas agrícolas para la producción de carne y huevos.

A su vez, en los años difíciles que vivió Cuba durante el llamado «período especial», el pueblo vietnamita hizo importantes donaciones de arroz y otros alimentos, e incluso de recursos monetarios.

El mismo Ho Chi Minh, en 1966, pronunció un discurso en honor a la delegación cubana que visitaba su país, concluyendo: «Eterna sea la amistad vietnamita–cubana, ¡Cuba y Vietnam, unidos vencerán!». Y en julio de 1969, en respuesta a la pregunta de una periodista cubana, el Tío Ho dijo que:

La fuerza y grandeza del pueblo vietnamita reside, según mi opinión, en su resistencia; reside en la unidad, fundamentalmente, y en que goza del apoyo de los pueblos del mundo y, como ejemplo, está el hermano pueblo cubano. Cuando los cubanos, en la otra parte del globo terráqueo, organizan actos y manifestaciones en solidaridad con nuestra lucha, eso nos estimula mucho, pero sobre todo los discursos de Fidel nos gustan mucho. Nosotros seguiremos luchando decididos a vencer. Lo hemos dicho y lo reiteramos.

La unidad entre los dos pueblos estaba sellada por la firme creencia en la revolución socialista y en la derrota del enemigo imperialista. Esa hermandad quedó expresada por Fidel Castro cuando, en una de sus tantas visitas al país, dijo con todas las letras que: «Por Vietnam, Cuba está dispuesta a dar hasta su propia sangre».

Cronología

1858

Los colonialistas franceses llegan a las tierras de Indochina.

1884

Los franceses ocupan Indochina e instalan un régimen colonial.

1890

Nace Ho Chi Minh.

1901–1908

Movimientos nacionalistas en Vietnam que son fácilmente reprimidos.

1914–1918

Primera Guerra Mundial.

1917

Triunfa la revolución rusa, encabezada por los bolcheviques.

1928

Ola de huelgas en toda Indochina.

1929

La crisis económica en Estados Unidos repercute en todo el mundo.

1930

Se funda el Partido Comunista de Indochina, que combina la lucha clandestina y la lucha legal.

1939–1945

Segunda Guerra Mundial.

1940

Tropas japonesas ocupan Vietnam.

1941

Creación del Viet Minh (Liga por la Independencia de Vietnam).

1943

Las guerrillas vietnamitas, dirigidas por el general Vo Nguyen Giap, crecen ampliamente.

1945

Tras una insurrección general, se proclama la República Democrática de Vietnam con Ho Chi Minh como presidente. Los franceses vuelven a Vietnam con la intención de recuperar el dominio colonial.

1945–1953

Período presidencial de Harry S. Truman en Estados Unidos.

1946

Comienza la guerra de liberación nacional del pueblo vietnamita contra los franceses.

1948

Los franceses colocan a Bao Dai como jefe de Estado del territorio que controlan en Vietnam. La Unión Soviética reconoce al Viet Minh.

1949

Triunfa la Revolución socialista en China. La nueva República Popular reconoce la legitimidad del Viet Minh.

1950–1953

Guerra de Corea, con intervención del imperialismo norteamericano.

1950

Estados Unidos comienza la ayuda económica y el asesoramiento militar a las tropas francesas de ocupación, siendo presidente Harry S. Truman.

1951

Se crea el Partido de los Trabajadores de Vietnam (nueva denominación del Partido Comunista de Indochina).

1953–1961

Período presidencial de Dwight D. Eisenhower en Estados Unidos.

1953

El presidente Eisenhower rechaza el pedido francés de una intervención directa de las tropas estadounidenses en Vietnam.

1954

Derrota total de los franceses en la batalla de Dien Bien Phu. Conferencia de Ginebra: división de Indochina en 3 estados independientes: Laos, Camboya y Vietnam (este último en 2

zonas separadas por el paralelo 17, hasta la celebración de elecciones libres en 1956). Ho Chi Minh es elegido presidente de la República Democrática de Vietnam el Norte, se instala en Hanoi la capital y se impulsa la revolución socialista. En el Sur, los invasores norteamericanos sustituyen a Bao Dai por Ngo Dinh Diem, quien instaura un gobierno dictatorial en Vietnam del Sur. Los franceses se retiran de Vietnam. Cooperación económica entre Estados Unidos y Vietnam del Sur; esta región entra en el dispositivo general de los planes militares yanquis.

1957

Se crea un ejército títere de doscientos mil hombres en Vietnam del Sur, equipado con las técnicas más avanzadas, al que se integran organizaciones militares yanquis y se establecen bases aéreas en el territorio.

1958–1960

Se intensifica la oposición política a Diem y crece la lucha armada en las aldeas.

1959

Triunfa la Revolución cubana.

1960

Constitución del Frente Nacional de Liberación (FNL) de Vietnam del Sur.

1961–1963

Período presidencial de John F. Kennedy en Estados Unidos.

1961–62

Se producen ataques aéreos contra las zonas guerrilleras del Sur y se utilizan herbicidas y napalm sobre el territorio vietnamita.

1961–1963

El FNL gana apoyo entre los partidos de izquierda, clases medias, intelectuales y campesinos. El presidente Kennedy promete un mayor apoyo al régimen de Diem en su lucha contra «el terrorismo comunista» y la construcción de las «aldeas estratégicas». Se inicia una «guerra especial», de acción limitada, para eliminar la subversión en el Sur. Manifestaciones budistas, inmolaciones voluntarias.

1963

Ngo Dinh Diem es asesinado y sustituido por un golpe militar apoyado por Estados Unidos, que envía fuerzas propias e incluye las operaciones del ejército survietnamita en los planes de su Estado Mayor. Se mantienen las «aldeas estratégicas». Asesinato del presidente John F. Kennedy, lo sustituye el vicepresidente, Lyndon B. Johnson

1963–1969

Período presidencial de Lyndon B. Johnson en Estados Unidos.

1964

Segundo viaje de McNamara a Vietnam. Fusilamiento de Nguyen Van Troi. El FNL controla el 80% del territorio. Luego de los incidentes en el Golfo de Tonkín, donde los norvietnamitas atacan barcos destructores estadounidenses, el presidente Johnson declara el inicio, abiertamente, y sin declaración de guerra, de operaciones militares contra Vietnam del Norte.

1965

Desembarco en Vietnam de las primeras unidades de marines yanquis. Operación *Rolling Thunder* (Bombardeo masivo del Norte y ataque a objetivos industriales). El FNL vuela la

embajada estadounidense en Saigón. Estrategia imperialista de «buscar y destruir» en las zonas survietnamitas. Introducción de batallones y divisiones aeromóviles.

1966

Incorporación al conflicto de más unidades de soldados estadounidenses en el Sur. Los bombardeos continúan.

1967

Aumenta considerablemente el número de soldados estadounidenses en Vietnam. Bombardeos al Norte; el FNL demuestra su organización para los ataques abiertos. Implantación de un régimen presidencialista, en Vietnam del Sur, a cargo de los generales Nguyen Van Thieu y Nguyen Kao Ky.

1968

Ofensiva del Tet: el FNL se apodera de 34 capitales y obliga a Estados Unidos a concentrar la defensa en sus bases. El presidente Johnson abandona sus planes de reelección, y decide suspender los bombardeos e iniciar las negociaciones para el alto el fuego, conferencia preliminar en París. Elección de Richard M. Nixon.

1969–1974

Período presidencial de Richard M. Nixon en Estados Unidos. Es el primer mandatario de ese país que dimite. Lo hizo ante la inminencia del inicio de un proceso de destitución en su contra.

1969

Muerte de Ho Chi Minh, lo sucede en la presidencia Ton Duc Thang. Comienzo de la Conferencia de París. «Vietnamización» de la guerra: el presidente Nixon anuncia la retirada y repatriación de los soldados estadounidenses; elecciones en

Saigón y refuerzo del régimen de Van Thieu. Creación en el Sur del Gobierno Revolucionario Provisional (GRP) al mando del FNL.

1970

Reducción del número de soldados yanquis en Vietnam. Invasión de Camboya por tropas estadounidenses.

1971

Nuevas reducciones de tropas; continúan los bombardeos sobre Vietnam del Norte. Invasión estadounidense a Laos. Continúa el deterioro del régimen de Saigón, pero Nixon rechaza la proposición del GRP para alcanzar un «gobierno de concordia nacional».

1972

Fracaso de la «vietnamización» y ofensiva general del Norte (guerrillas camboyanas): ocupación de diversas regiones y apertura del «camino Ho Chi Minh». Nueva desbandada del ejército títere survietnamita. Ruptura de las conversaciones de París y más bombardeos sobre Hanoi y Haiphong. Contraofensiva del FNL sobre Saigón y Hué. «Reescalada»: bloqueo costero al Norte y minado de puertos; el GRP domina gran parte del Sur, y establece administraciones revolucionarias en las zonas liberadas. Reapertura de las conversaciones para la paz. Reelección de Nixon, entrevista Kissinger-Lê Duc Tho para el acuerdo de alto al fuego. Violentos bombardeos a Vietnam del Norte.

1973

Firma de los Acuerdos de París. Estados Unidos pone fin a su intervención en Vietnam y reconoce la existencia de dos gobiernos en el Sur. A pesar del alto al fuego, continúan las

operaciones survietnamitas contra las zonas del GRP; fracaso del «plan de despliegue de territorio» puesto en marcha por el presidente Thieu.

1974

Dimisión de Nixon. El nuevo presidente Gerald Ford (1974–1977) aumenta la ayuda económica al Sur; política de «repliegue» y creación de un perímetro defensivo en torno a Saigón. Nuevas elecciones para sustituir a Thieu por otro gobierno de derecha; aumentan las desertiones en el ejército survietnamita.

1975

Ofensiva final vietnamita. Huida humillante y vergonzosa de los marines yanquis. Rendición incondicional de Saigón a las tropas del FNL. Triunfo del pueblo combatiente y alegría popular. Reunificación de Vietnam. Declaración de la República Socialista.

Anexos

PROGRAMA POLÍTICO DE LA FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA DE INDOCHINA (PCI)

(Redactado el 18 de febrero de 1930 por Ho Chi Minh, en Hong Kong)

¡Obreros, campesinos, soldados, jóvenes, estudiantes!
¡Compatriotas oprimidos y explotados!

El Partido Comunista de Indochina ha sido fundado. Es el partido de la clase trabajadora. Ayudar a la clase proletaria a dirigir la revolución para luchar por todos los oprimidos y explotados. De ahora en adelante debemos enarbolar el partido, ayudarlo y seguirlo para implementar las siguientes consignas:

1. Derrocar al imperialismo francés, al feudalismo, y a la clase capitalista reaccionaria de Vietnam.
2. Hacer que Indochina sea completamente independiente.
3. Establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados.

4. Confiscar los bancos y otras empresas pertenecientes a los imperialistas y ponerlos bajo el control del gobierno de obreros, campesinos y soldados.
5. Confiscar las plantaciones y propiedad pertenecientes a los imperialistas y la clase capitalista reaccionaria de Vietnam.
6. Implementar la jornada de ocho horas.
7. Abolir la deuda pública y el impuesto al votante. Deshacernos de impuestos injustos que golpean a los pobres.
8. Devolver la plena libertad a las masas.
9. Implementar la educación universal.
10. Implementar la igualdad entre el hombre y la mujer.

TESTAMENTO DE HO CHI MINH

República Democrática de Vietnam
Independencia – Libertad – Felicidad

Aunque la lucha de nuestro pueblo contra la agresión de Estados Unidos, por la salvación nacional, deba afrontar más dificultades y sacrificios estamos decididos a obtener la victoria total. Esto es seguro.

Pretendo, cuando eso pase, viajar tanto al Norte como al Sur para felicitar a nuestros heroicos campesinos, cuadros militares y combatientes, y visitar a los ancianos y a nuestros amados niños y jóvenes.

Luego, de parte de nuestro pueblo, iré a los países hermanos del campo socialista y países amigos de todo el mundo, para agradecerles su apoyo de corazón y la ayuda que le dieron a la lucha patriótica de nuestro pueblo en contra de la agresión de Estados Unidos.

Tu Fu, el famoso poeta del periodo Tang en China, escribió: «En todas las épocas, pocos son los que alcanzan los setenta años de edad».

Este año, puesto que tengo setenta y nueve puedo contar-me entre esos «pocos»; sin embargo, mi mente se conserva perfectamente lúcida, aunque mi salud ha declinado un poco en comparación con los últimos años. Cuando uno ha visto más

de setenta primaveras, la salud se deteriora con la edad. Esto no es una maravilla.

¿Pero, quién puede decir cuánto tiempo más seré capaz de servir a la revolución, a la Patria y al pueblo?

Por lo tanto, dejo estas líneas anticipando el día en que deba reunirme con Carlos Marx, V.I. Lenin y otros líderes revolucionarios; de este modo, nuestro pueblo en todo el país, nuestros camaradas en el Partido, y nuestros amigos en el mundo no serán tomados por sorpresa.

Primero hablaré sobre el Partido: Gracias a su estrecha unidad y dedicación total a la clase obrera, al pueblo y a la Patria, nuestro Partido ha sido capaz, desde su fundación, de unir, organizar y dirigir a nuestro pueblo, de éxito en éxito, en una lucha firme.

La unidad es una tradición extremadamente preciosa de nuestro Partido y del pueblo. Todos los camaradas, desde el Comité Central hasta las células, deben preservar la unidad y la unión de pensamiento en el Partido, como la niña de sus ojos.

En el interior del Partido, establecer una amplia democracia y practicar la autocrítica y la crítica de manera regular y seria es la mejor forma de consolidar y desarrollar la solidaridad y la unidad. El afecto y la camaradería deben prevalecer.

El nuestro es un partido en el poder. Cada miembro del Partido, cada cuadro debe estar profundamente inspirado por la moral revolucionaria, y demostrar laboriosidad, frugalidad, integridad, probidad, dedicación total al interés público y completo altruismo. Nuestro Partido deberá preservar la pureza absoluta y probarse digno de su papel como conductor y sirviente leal del pueblo.

Los miembros de la Unión de Jóvenes Obreros y nuestra juventud en general son buenos; siempre están listos para

ofrecerse, sin temerle a las dificultades, ansiosos del progreso. El Partido debe fomentar sus virtudes revolucionarias y entrenarlos para que sean nuestros sucesores, tanto «rojos» como «expertos», en la construcción del socialismo.

El entrenamiento y la educación de las futuras generaciones de revolucionarios son de gran importancia y necesidad.

Nuestros trabajadores, en los llanos y en las montañas, de generación en generación han resistido penurias, opresión y explotación feudal y colonial; además han experimentado muchos años de guerra.

Mas nuestro pueblo ha mostrado gran heroísmo, valor, entusiasmo e inspiración. Siempre ha seguido al Partido desde que vio la luz, con lealtad incondicional.

El Partido debe llevar a cabo planes eficaces para el desarrollo económico y cultural, para mejorar constantemente la vida de nuestro pueblo.

La guerra de resistencia contra la agresión de Estados Unidos puede prolongarse. Nuestro pueblo puede enfrentar nuevos sacrificios humanos y materiales. Sin importar lo que pase, debemos mantener nuestra resolución de combatir a los agresores yanquis hasta alcanzar la victoria total.

Nuestras montañas siempre existirán, nuestros ríos siempre existirán, nuestro pueblo siempre existirá, con los invasores norteamericanos derrotados, reconstruiremos nuestra tierra hasta hacerla diez veces más bella.

A pesar de las dificultades y los contratiempos que sobrevengan, nuestro pueblo está seguro de que obtendrá la victoria total. Los imperialistas de Estados Unidos, ciertamente, tendrán que renunciar. Nuestra Patria, ciertamente, será unificada. Nuestros compatriotas en el Sur y en el Norte ciertamente serán reunidos bajo el mismo cielo. Nosotros, que somos una

nación pequeña, habremos obtenido la honrosa medalla de haber derrotado, mediante la lucha heroica, a dos grandes imperialismos —el francés y el norteamericano— y de haber hecho una valiosa contribución al movimiento mundial de liberación nacional.

Respecto al movimiento comunista mundial: Por ser un hombre que ha dedicado toda su vida a la revolución, me siento más orgulloso del crecimiento del comunismo internacional y de los movimientos obreros, y me siento más dolido por la discordia actual entre los Partidos hermanos.

Espero que nuestro Partido hará su mejor esfuerzo para contribuir eficazmente a la restauración de la unidad entre los Partidos hermanos en la base del marxismo-leninismo y el internacionalismo proletario, de una manera que se adapte tanto a la razón como al sentimiento.

Confío fuertemente en que los Partidos y países hermanos tendrán que unirse de nuevo.

Respecto a los asuntos personales: toda mi vida he servido a mi Patria, a la revolución y al pueblo con todas mis fuerzas y con todo mi corazón. Si ahora debo partir de este mundo, no tengo nada de qué lamentarme, salvo de no ser capaz de servir más y mejor.

Cuando me haya ido, debe evitarse un funeral oneroso, para no desperdiciar el tiempo y el dinero del pueblo.

Finalmente: a todo el pueblo, a todo el Partido, a todo el ejército, a mis sobrinos y sobrinas, a los jóvenes y a los niños, les dejo mi amor ilimitado.

También les comunico mis saludos cordiales a nuestros camaradas y amigos, y a la juventud y a la niñez de todo el mundo.

Mi mayor deseo es que nuestro Partido y nuestro pueblo, uniendo estrechamente sus esfuerzos, construyan un Vietnam pacífico, reunificado, independiente, democrático y próspero, y que hagan una contribución valiosa a la revolución del mundo.

Hanoi, 10 de mayo de 1969

HO CHI MINH

EL PUNTO DE VISTA OFICIAL ESTADOUNIDENSE

Discurso del presidente Lyndon B. Johnson
(Selección de la conferencia en la Universidad de Hopkins,
abril de 1965)

He venido aquí para pasar revista, una vez más, con mi propio pueblo, a las opiniones del gobierno estadounidense.

Esta noche norteamericanos y asiáticos están muriendo por un mundo en que todas las naciones puedan elegir su propio camino del cambio.

Este es el principio, por el cual nuestros antepasados lucharon en los valles de Pennsylvania. Es un principio por el cual nuestros hijos luchan esta noche en las selvas de Vietnam.

Vietnam está muy lejos de este tranquilo lugar. No tenemos territorio allí, ni queremos tenerlo. La guerra es sucia, brutal y difícil... ¿Por qué debemos andar este sumamente doloroso camino? ¿Por qué tiene esta nación que comprometer su tranquilidad, sus intereses y su poderío por bien de un pueblo tan alejado de nosotros?

Luchamos porque tenemos que luchar para poder vivir en un mundo en el que cada país pueda elegir su propio destino y porque solo en tal mundo nuestra propia libertad estará finalmente segura.

Esta clase de mundo nunca se construirá con bombas o con balas. Pero las debilidades de los hombres son tales que la

fuerza debe preceder a menudo a las razones y la destrucción de la guerra a la construcción de la paz.

Quisiéramos que no fuera así. Pero debemos tomar al mundo tal cual es, para que un día llegue a ser como queremos que sea.

El mundo, tal cual es en Asia, no es un lugar sereno o pacífico.

[...]

Zafarnos de este compromiso, abandonar esta nación pequeña y valerosa a sus enemigos y al terror que vendrá después es un crimen imperdonable.

Estamos allí también para fortalecer el orden mundial. En el mundo entero, desde Berlín hasta Tailandia, hay hombres cuyo bienestar reposa, en parte, en la creencia de que podrían contar con nosotros si son atacados. Abandonar Vietnam a su suerte menguaría la confianza de todos estos pueblos en el valor de un compromiso estadounidense y en el valor de la palabra de Estados Unidos. El resultado sería una intranquilidad y una inestabilidad incrementadas y una guerra aún más amplia.

Estamos allí también porque es mucho lo que está en juego.

Que nadie piense, ni por un momento, que nuestra retirada de Vietnam pondría fin al conflicto. La lucha se renovaría en un país y luego en otro. La lección capital de nuestra época es la de que el apetito de agresión nunca se calma. Retirarse de un campo de batalla no es sino prepararse para el siguiente. Debemos decir en el Sudeste de Asia, como hicimos en Europa, con palabras de la Biblia: «hasta aquí habéis llegado, pero no iréis más allá».

[...] nos encontramos con la responsabilidad de la defensa de la libertad. Nuestro objetivo es la independencia de Vietnam del Sur, y que quede a salvo de ataque. No queremos nada para

nosotros mismos, solo que al pueblo de Vietnam del Sur se le permita guiar a su país como mejor lo entienda [...] luchamos por valores y por principios, más que por territorios o por colonias, nuestra paciencia y nuestra determinación no tienen fin.

[...]

Pero siempre nos opondremos a que una nación conquiste a otra.

Lo haremos porque nuestra propia seguridad está en juego.

Pero hay algo más que eso. Pues nuestra generación tiene un sueño. Es un sueño muy antiguo. Pero tenemos la fuerza y ahora tenemos la oportunidad para realizar ese sueño.

Durante siglos las naciones han luchado unas con otras. Pero soñamos con un mundo en el que las disputas se zanjen mediante el derecho y la razón. Y trataremos de lograr que así sea.

[...]

Bueno, elegiremos la vida. Y, al así hacerlo, nos impondremos a los enemigos que los hombres tienen en los hombres y a los enemigos naturales de toda la Humanidad.

FRENTE NACIONAL DE LIBERACIÓN DE VIETNAM DEL SUR

«Vietnam: lucha armada y lucha política»

En su guerra revolucionaria contra el imperialismo norteamericano y sus lacayos, el pueblo survietnamita ha creado múltiples formas de lucha muy ricas en diversidad y efectos y ha logrado importantes victorias. Esa guerra revolucionaria, mientras refleja concretamente todos los principios básicos de una guerra del pueblo, tiene como características sobresalientes el desarrollo paralelo de la lucha armada y la lucha política, formas ambas de lucha que desempeñan un papel determinante.

Habitualmente, en el proceso de cualquier movimiento revolucionario, cuando las fuerzas revolucionarias son todavía relativamente débiles, mientras que la clase dominante ocupa una posición relativamente estable y la fase de la revolución directa no ha llegado aún, la lucha política se concibe como forma esencial de lucha de las masas para defender y conquistar sus derechos legítimos, unir a las capas revolucionarias y entrenarlas, preparándose para el derrocamiento del régimen opresor. Pero, en las condiciones de auge del movimiento revolucionario, cuando las posiciones de la clase dominante han sido quebrantadas —lo que no le permite seguir utilizando los métodos «relativamente pacíficos» para mantener la opresión—, sino que, al contrario, la obliga a recurrir a la violencia como medio esencial para reprimir a las masas y exterminar los

combatientes revolucionarios, entonces las masas tienen también que responder a la violencia contrarrevolucionaria con la violencia revolucionaria; utilizar la violencia armada para aniquilar al enemigo. En estas condiciones, la lucha armada de masas sustituye a la lucha política como forma esencial, mientras que la lucha política se vuelve secundaria o auxiliar.

En una guerra, la situación que hemos evocado aparece aún más claramente, ya que la guerra no es nada más que la continuación de la lucha política por otros medios: los medios militares. Hablar de guerra es hablar de lucha armada como forma de lucha esencial, determinante, universal. La guerra de resistencia de nuestro pueblo contra el imperialismo francés ha ilustrado plenamente esa verdad.

Sin embargo, en la guerra revolucionaria actual en Vietnam del Sur, surgió una característica nueva: desde hace ya más de cuatro años, el imperialismo norteamericano y sus lacayos están haciendo una guerra de agresión en gran escala contra nuestro pueblo. Por otra parte, nuestro pueblo lleva a cabo una guerra revolucionaria también en gran escala contra la agresión imperialista.

[...]

Sin embargo, es esta guerra el pueblo survietnamita se vale, no solo de sus fuerzas armadas, sino que pone también en juego a sus fuerzas políticas para golpear al enemigo; utiliza no solo la violencia armada sino también la violencia política, tanto en la defensiva como en la ofensiva. En esta guerra no solo las fuerzas armadas se lanzan al frente, sino también las fuerzas políticas. Eso es lo nuevo en la guerra revolucionaria actual en Vietnam del Sur.

[...]

La estrategia de «guerra especial» del imperialismo norteamericano consiste esencialmente en la utilización del ejército

mercenario y de la administración títere como fuerzas principales de choque. No obstante, estas constituyen fuerzas muy débiles desde el punto de vista político y moral, teniendo una base social muy restringida y sin prestigio alguno, ya sea militar, político y económico, por haberlo perdido mientras servían como lacayos a los imperialistas franceses y fascistas japoneses. La «guerra especial» utiliza las actividades militares como medios fundamentales, al mismo tiempo que recurre a las maniobras políticas, es decir, al mismo tiempo que el imperialismo norteamericano quiere hacer de Vietnam del Sur su colonia, está obligado a hablar de «defender su independencia»; mientras practica la dictadura más sangrienta, está obligado a hablar de «democracia»; mientras saquea, habla de «respetar los intereses del pueblo» [...] En una palabra, paralelamente a la acción armada utiliza la demagogia, tratando de engañar al pueblo. [...] a pesar de poseer un gran poderío militar y financiero, están muy débiles moral y políticamente. Esta debilidad política y moral del enemigo proporciona condiciones favorables para que las fuerzas armadas revolucionarias desarrollen toda su efectividad; al mismo tiempo crean condiciones para que la lucha política del pueblo pueda mantenerse y desarrollarse paralelamente a la lucha armada.

Sin embargo, estas condiciones objetivas no constituyen todavía lo esencial para un desarrollo paralelo de ambas formas de lucha. Es necesario tener también las condiciones subjetivas que son el nivel de conciencia de las masas y la capacidad de organización que encabeza la lucha revolucionaria, en el caso concreto, la capacidad del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur. Estas son las condiciones determinantes.

Al igual que el pueblo en todo el país, los catorce millones de survietnamitas poseen un alto nivel de conciencia revolucionaria. Han pasado por una larga y dura lucha contra el régimen

colonial francés y el régimen fascista japonés, y durante nueve años (1945–1954) llevaron a cabo una guerra de resistencia contra el imperialismo francés que estaba apoyado por los yanquis. Por eso el pueblo vietnamita tiene una concepción muy clara, no solo de la naturaleza del imperialismo, sino también de la naturaleza y del papel de las clases reaccionarias dentro del país [...] el pueblo vietnamita posee una rica experiencia de lucha revolucionaria [...] ha tomado parte en casi todas las formas de lucha revolucionaria, desde la lucha política hasta la lucha armada; desde la lucha legal hasta la lucha ilegal; desde la lucha en las ciudades hasta la lucha en el campo, ya sea en las condiciones en que el pueblo todavía no está en el poder o en que el pueblo tiene el poder en sus manos.

[...]

El pueblo survietnamita, que vivió bajo la agresión bárbara de Estados Unidos y de sus lacayos, sabe que el régimen proyanqui actual no representa sino el producto de la derrota del colonialismo francés, apoyado en aquellos tiempos por el imperialismo norteamericano. Comprende también que la victoria en la primera guerra de Resistencia de nueve años contra los colonialistas franceses solo pudo lograr la liberación de la mitad del país. Por eso es indispensable continuar la lucha para liberar completamente a todo el país y reunificar a la Patria. Todo eso hace que el pueblo survietnamita esté luchando con objetivos revolucionarios muy claros, con un espíritu de triunfo y una fe inquebrantable en su fuerza y en la victoria inevitable de la Revolución.

Además, contrastando con la situación de Vietnam del Sur, el Norte del país, completamente liberado, se consolida cada día más, construyendo exitosamente el socialismo, mejorando sin cesar el nivel de vida del pueblo y realizando su prestigio internacional. Este hecho constituye un poderoso aliciente para

la población survietnamita, que ve en Vietnam del Norte (la República Democrática de Vietnam) la imagen del futuro luminoso de toda la Patria. Las brillantes victorias logradas por el pueblo y las fuerzas armadas populares del Norte, en la lucha contra los ataques aéreos y navales de los yanquis, constituyen también un gran estímulo y ejemplo para la población del Sur.

[...]

Cualquier guerra está sujeta a una línea política determinada; solo una línea política correcta puede servir de base para obtener éxito en las actividades militares.

[...]

Si la lucha armada tiende a mermar y aniquilar las fuerzas enemigas, la lucha política atará también al enemigo, destruyendo su moral y desbaratando sus filas. Más se desarrolla la lucha política, más fuerza toma la lucha armada del pueblo, e inversamente; ambas formas de lucha se apoyan, se complementan y se combinan estrechamente en cada combate, en cada campaña y en toda la guerra revolucionaria. La lucha armada tiene a las fuerzas armadas como núcleo; la lucha política, por su parte, posee también sus fuerzas políticas básicas.

[...]

La realidad de Vietnam del Sur demuestra que la guerra de guerrillas se desarrolla con vigor únicamente en aquellos lugares donde existe una fuerte lucha política. Inversamente, en aquellos lugares donde se desprecia la lucha política, la guerrilla encuentra inevitablemente dificultades.

[...]

De la exposición que hemos hecho, la lucha política de las masas ocupa una posición estratégica muy importante en la guerra revolucionaria actual en Vietnam del Sur. Sin embargo, la lucha armada no deja por eso de ser fundamental y muy decisiva. El imperialismo norteamericano dispone de un gran

ejército para llevar a cabo su guerra contrarrevolucionaria de agresión y utiliza el método militar como método principal de guerra. Por eso, no importa como son, el pueblo survietnamita, si quiere lograr la victoria final, tiene que disponer de sus propias fuerzas armadas para poder aniquilar a las del enemigo. Como en cualquier guerra, en la guerra revolucionaria de nuestro pueblo, la lucha armada debe jugar el papel determinante.

ERNESTO CHE GUEVARA
«MENSAJE A LA TRICONTINENTAL»
(Revista *Tricontinental*, abril de 1967)

Crear dos, tres... muchos Vietnam, es la consigna.

Es la hora de los hornos y no se ha de ver más que la luz.
—José Martí

Ya se han cumplido veintiún años desde el fin de la última conflagración mundial y diversas publicaciones, en infinidad de lenguas, celebran el acontecimiento simbolizado en la derrota del Japón. Hay un clima de aparente optimismo en muchos sectores de los dispares campos en que el mundo se divide.

Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real.

No es la intención de estas notas historiar los diversos conflictos de carácter local que se han sucedido desde la rendición del Japón, no es tampoco nuestra tarea hacer el recuento, numeroso y creciente, de luchas civiles ocurridas durante estos años de pretendida paz.

Bástenos poner como ejemplos contra el desmedido optimismo las guerras de Corea y Vietnam.

En la primera, tras años de lucha feroz, la parte norte del país quedó sumida en la más terrible devastación que figure en los anales de la guerra moderna; acribillada a bombas; sin fábricas, escuelas u hospitales; sin ningún tipo de habitación para albergar a diez millones de habitantes.

En esta guerra intervinieron, bajo la fementida bandera de las Naciones Unidas, decenas de países conducidos militarmente por los Estados Unidos, con la participación masiva de soldados de esa nacionalidad y el uso, como carne de cañón, de la población sudcoreana enrolada.

En el otro bando, el ejército y el pueblo de Corea y los voluntarios de la República Popular China contaron con el abastecimiento y asesoría del aparato militar soviético. Por parte de los norteamericanos se hicieron toda clase de pruebas de armas de destrucción, excluyendo las termonucleares pero incluyendo las bacteriológicas y químicas, en escala limitada. En Vietnam, se han sucedido acciones bélicas, sostenidas por las fuerzas patrióticas de ese país casi ininterrumpidamente contra tres potencias imperialistas: Japón, cuyo poderío sufriera una caída vertical a partir de las bombas de Hiroshima y Nagasaki; Francia, que recupera de aquel país vencido sus colonias indochinas e ignoraba las promesas hechas en momentos difíciles; y los Estados Unidos, en esta última fase de la contienda.

Hubo confrontaciones limitadas en todos los continentes, aun cuando en el americano, durante mucho tiempo, solo se produjeron conatos de lucha de liberación y cuartelazos, hasta que la Revolución cubana diera su clarinada de alerta sobre la importancia de esta región y atrajera las iras imperialistas, obligándola a la defensa de sus costas en Playa Girón, primero, y durante la Crisis de Octubre, después.

Este último incidente pudo haber provocado una guerra de incalculables proporciones, al producirse, en torno a Cuba, el choque de norteamericanos y soviéticos.

Pero, evidentemente, el foco de contradicciones, en este momento, está radicado en los territorios de la península indochina y los países aledaños. Laos y Vietnam son sacudidos por guerras civiles, que dejan de ser tales al hacerse presente, con todo su poderío, el imperialismo norteamericano, y toda la zona se convierte en una peligrosa espoleta presta a detonar.

En Vietnam la confrontación ha adquirido características de una agudeza extrema. Tampoco es nuestra intención historiar esta guerra. Simplemente, señalaremos algunos hitos de recuerdo.

En 1954, tras la derrota aniquilante de Dien Bien Phu, se firmaron los acuerdos de Ginebra, que dividían al país en dos zonas y estipulaban la realización de elecciones en un plazo de 18 meses para determinar quiénes debían gobernar a Vietnam y cómo se reunificaría el país. Los norteamericanos no firmaron dicho documento, comenzando las maniobras para sustituir al emperador Bao Dai, títere francés, por un hombre adecuado a sus intenciones. Este resultó ser Ngo Dinh Diem, cuyo trágico fin —el de la naranja exprimida por el imperialismo— es conocido de todos.

En los meses posteriores a la firma del acuerdo, reinó el optimismo en el campo de las fuerzas populares. Se desmantelaron reductos de lucha antifrancesa en el sur del país y se esperó el cumplimiento de lo pactado. Pero pronto comprendieron los patriotas que no habría elecciones a menos que los Estados Unidos se sintieran capaces de imponer su voluntad en las urnas, cosa que no podía ocurrir, aun utilizando todos los métodos de fraude de ellos conocidos.

Nuevamente se iniciaron las luchas en el sur del país y fueron adquiriendo mayor intensidad hasta llegar al momento actual, en que el ejército norteamericano se compone de casi medio millón de invasores, mientras las fuerzas títeres

disminuyen su número, y sobre todo, han perdido totalmente la combatividad.

Hace cerca de dos años que los norteamericanos comenzaron el bombardeo sistemático de la República Democrática de Vietnam en un intento más de frenar la combatividad del sur y obligar a una conferencia desde posiciones de fuerza. Al principio, los bombardeos fueron más o menos aislados y se revestían de la máscara de represalias por supuestas provocaciones del norte. Después aumentaron en intensidad y método, hasta convertirse en una gigantesca batida llevada a cabo por las unidades aéreas de los Estados Unidos, día a día, con el propósito de destruir todo vestigio de civilización en la zona norte del país. Es un episodio de la tristemente célebre escalada.

Las aspiraciones materiales del mundo yanqui se han cumplido en buena parte a pesar de la denodada defensa de las unidades antiaéreas vietnamitas, de los más de 1 700 aviones derribados y de la ayuda del campo socialista en material de guerra.

Hay una penosa realidad: Vietnam, esa nación que representa las aspiraciones, las esperanzas de victoria de todo un mundo preterido, está trágicamente solo. Ese pueblo debe soportar los embates de la técnica norteamericana, casi a mansalva en el sur, con algunas posibilidades de defensa en el norte, pero siempre solo. La solidaridad del mundo progresista para con el pueblo de Vietnam semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria.

Cuando analizamos la soledad vietnamita nos asalta la angustia de este momento ilógico de la humanidad.

El imperialismo norteamericano es culpable de agresión; sus crímenes son inmensos y repartidos por todo el orbe.

¡Ya lo sabemos, señores! Pero también son culpables los que en el momento de definición vacilaron en hacer de Vietnam parte inviolable del territorio socialista, corriendo, sí, los riesgos de una guerra de alcance mundial, pero también obligando a una decisión a los imperialistas norteamericanos. Y son culpables los que mantienen una guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista.

Preguntemos, para lograr una respuesta honrada: ¿Está o no aislado el Vietnam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?

Y ¡qué grandeza la de ese pueblo! ¡Qué estoicismo y valor, el de ese pueblo! Y qué lección para el mundo entraña esa lucha.

Hasta dentro de mucho tiempo no sabremos si el presidente Johnson pensaba en serio iniciar algunas de las reformas necesarias a un pueblo —para limar aristas de las contradicciones de clase que asoman con fuerza explosiva y cada vez más frecuentemente. Lo cierto es que las mejoras anunciadas bajo el pomposo título de lucha por la gran sociedad han caído en el sumidero de Vietnam.

El más grande de los poderes imperialistas siente en sus entrañas el desangramiento provocado por un país pobre y atrasado y su fabulosa economía se resiente del esfuerzo de guerra. Matar deja de ser el más cómodo negocio de los monopolios. Armas de contención, y no en número suficiente, es todo lo que tienen estos soldados maravillosos, además del amor a su patria, a su sociedad y un valor a toda prueba. Pero el imperialismo se empantana en Vietnam, no halla camino de salida y busca desesperadamente alguno que le permita sortear con dignidad este peligroso trance en que se ve. Mas los «cuatro puntos» del norte y «los cinco» del sur lo atenazan, haciendo aún más decidida la confrontación.

Todo parece indicar que la paz, esa paz precaria a la que se ha dado tal nombre, solo porque no se ha producido ninguna conflagración de carácter mundial, está otra vez en peligro de romperse ante cualquier paso irreversible e inaceptable, dado por los norteamericanos. Y, a nosotros, explotados del mundo, ¿cuál es el papel que nos corresponde? Los pueblos de tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. Ya que, con la amenaza de guerra, los imperialistas ejercen su chantaje sobre la humanidad, no temer la guerra, es la respuesta justa. Atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación, debe ser la táctica general de los pueblos.

Pero, en los lugares en que esta mísera paz que sufrimos no ha sido rota, ¿cuál será nuestra tarea? Liberarnos a cualquier precio.

El panorama del mundo muestra una gran complejidad. La tarea de la liberación espera aún a países de la vieja Europa, suficientemente desarrollados para sentir todas las contradicciones del capitalismo, pero tan débiles que no pueden ya seguir el rumbo del imperialismo o iniciar esa ruta. Allí las contradicciones alcanzarán en los próximos años carácter explosivo, pero sus problemas y, por ende, la solución de los mismos son diferentes a la de nuestros pueblos dependientes y atrasados económicamente.

[...]

Asia es un continente de características diferentes. Las luchas de liberación contra una serie de poderes coloniales europeos, dieron por resultado el establecimiento de gobiernos más o menos progresistas, cuya evolución posterior ha sido, en algunos casos, de profundización de los objetivos primarios de la liberación nacional y en otros de reversión hacia posiciones proimperialistas.

Desde el punto de vista económico, Estados Unidos tenía poco que perder y mucho que ganar en Asia. Los cambios le

favorecen; se lucha por desplazar a otros poderes neocoloniales, penetrar nuevas esferas de acción en el campo económico, a veces directamente, otras utilizando al Japón.

Pero existen condiciones políticas especiales, sobre todo en la península indochina, que le dan características de capital importancia al Asia y juegan un papel importante en la estrategia militar global del imperialismo norteamericano. Este ejerce un cerco a China a través de Corea del Sur, Japón, Taiwán, Vietnam del Sur y Tailandia, por lo menos.

Esa doble situación: un interés estratégico tan importante como el cerco militar a la República Popular China y la ambición de sus capitales por penetrar esos grandes mercados que todavía no dominan, hacen que el Asia sea uno de los lugares más explosivos del mundo actual, a pesar de la aparente estabilidad fuera del área vietnamita.

[...]

América, continente olvidado por las últimas luchas políticas de liberación, que empieza a hacerse sentir a través de la *Tricontinental* en la voz de la vanguardia de sus pueblos, que es la Revolución cubana, tendrá una tarea de mucho mayor relieve: la de la creación del segundo o tercer Vietnam o del segundo y tercer Vietnam del mundo.

En definitiva, hay que tener en cuenta que el imperialismo es un sistema mundial, última etapa del capitalismo, y que hay que batirlo en una gran confrontación mundial. La finalidad estratégica de esa lucha debe ser la destrucción del imperialismo. La participación que nos toca a nosotros, los explotados y atrasados del mundo, es la de eliminar las bases de sustentación del imperialismo: nuestros pueblos oprimidos, de donde extraen capitales, materias primas, técnicos y obreros baratos y a donde exportan nuevos capitales —instrumentos de dominación—, armas y toda clase de artículos, sumiéndonos en una dependencia absoluta. El elemento fundamental de esa finalidad

estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una revolución socialista.

Al enfocar la destrucción del imperialismo, hay que identificar a su cabeza, la que no es otra que los Estados Unidos de Norteamérica.

[...]

Eso significa una guerra larga. Y, lo repetimos una vez más, una guerra cruel. Que nadie se engañe cuando la vaya a iniciar y que nadie vacile en iniciarla por temor a los resultados que pueda traer para su pueblo. Es casi la única esperanza de victoria.

No podemos eludir el llamado de la hora. Nos lo enseña Vietnam con su permanente lección de heroísmo, su trágica y cotidiana lección de lucha y de muerte para lograr la victoria final.

Allí, los soldados del imperialismo encuentran la incomodidad de quien, acostumbrado al nivel de vida que ostenta la nación norteamericana, tiene que enfrentarse con la tierra hostil; la inseguridad de quien no puede moverse sin sentir que pisa territorio enemigo; la muerte a los que avanzan más allá de sus reductos fortificados, la hostilidad permanente de toda la población. Todo eso va provocando la repercusión interior en los Estados Unidos; va haciendo surgir un factor atenuado por el imperialismo en pleno vigor, la lucha de clases aun dentro de su propio territorio.

¡Cómo podríamos mirar el futuro de luminoso y cercano, si dos, tres, muchos Vietnam florecieran en la superficie del globo, con su cuota de muerte y sus tragedias inmensas, con su heroísmo cotidiano, con sus golpes repetidos al imperialismo,

con la obligación que entraña para este de dispersar sus fuerzas, bajo el embate del odio creciente de los pueblos del mundo!

Y si todos fuéramos capaces de unirnos, para que nuestros golpes fueran más sólidos y certeros, para que la ayuda de todo tipo a los pueblos en lucha fuera aún más efectiva, ¡qué grande sería el futuro, y qué cercano!

Si a nosotros, los que en un pequeño punto del mapa del mundo cumplimos el deber que preconizamos y ponemos a disposición de la lucha este poco que nos es permitido dar: nuestras vidas, nuestro sacrificio, nos toca alguno de estos días lanzar el último suspiro sobre cualquier tierra, ya nuestra, regada con nuestra sangre, sépase que hemos medido el alcance de nuestros actos y que no nos consideramos nada más que elementos en el gran ejército del proletariado, pero nos sentimos orgullosos de haber aprendido de la Revolución cubana y de su gran dirigente máximo la gran lección que emana de su actitud en esta parte del mundo: «qué importan los peligros o sacrificios de un hombre o de un pueblo, cuando está en juego el destino de la humanidad».

Toda nuestra acción es un grito de guerra contra el imperialismo y un clamor por la unidad de los pueblos contra el gran enemigo del género humano: los Estados Unidos de Norteamérica. En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ese, nuestro grito de guerra, haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria.

Ernesto Che Guevara
PRÓLOGO A *GUERRA DEL PUEBLO, EJÉRCITO
DEL PUEBLO DE VO NGUYEN GIAP*
(Editora Política, La Habana, 1964)

Consideramos un alto honor prologar este libro basado en los escritos del vice general Vo Nguyen Giap, actualmente Primer Ministro, Ministro de la Defensa Nacional y Comandante en Jefe del Ejército Popular de la República Democrática de Vietnam. El general Giap habla con la autoridad que le confiere su larga experiencia personal y la del partido en la lucha de liberación. La obra, que tiene de por sí una actualidad permanente, reviste más interés, si cabe, debido a la tumultuosa serie de acontecimientos ocurridos en los últimos tiempos en esta región de Asia, y a las controversias surgidas sobre el uso adecuado de la lucha armada como medio de resolver las contradicciones insalvables entre explotadores y explotados, en determinadas condiciones históricas.

Los combates que, exitosamente, llevaron durante largos años los heroicos ejércitos y el pueblo entero de Vietnam, se repiten ahora; Vietnam del Sur está en pie de guerra; la parte del país arrebatada a su legítimo dueño, el pueblo vietnamita, está cada vez más cerca de la victoria. Aún cuando los enemigos imperialistas amenacen con enviar miles de hombres, los desafiados hablen del uso de la bomba atómica táctica y el general Taylor sea nombrado embajador de la llamada «República de Vietnam del Sur» y, tácitamente, comandante en jefe de los

ejércitos que tratarán de liquidar la guerra del pueblo, nada impedirá su derrota. Muy cerca, en Laos, se ha encendido la guerra civil, provocada también por las maniobras de los norteamericanos, apoyados de una manera u otra por sus aliados de siempre, y el reino neutral de Cambodia, parte, como sus hermanos Laos y Vietnam, de la antiguamente llamada Indochina Francesa, está sujeta a violaciones de sus fronteras y a ataques permanentes, por su posición enhiesta en defensa de la neutralidad y de su derecho a vivir como nación soberana.

Por todo esto, la obra que prologamos rebasa los límites de un episodio histórico determinado y adquiere vigencia para toda la zona; pero, además, los problemas que plantea tienen particular importancia para la mayor parte de los pueblos de América Latina sometidos al dominio del imperialismo norteamericano, sin contar con que sería de extraordinario interés el conocimiento de ella para todos los pueblos del África que día a día sostienen luchas cada vez más duras, pero también repetidamente victoriosas, contra los colonialistas de diversa índole.

Vietnam tiene características especiales; una civilización muy vieja y una larga tradición como reino independiente con particularidades propias y cultura autóctona. Dentro de su milenaria historia, el episodio del colonialismo francés apenas es una gota de agua. Sin embargo, sus cualidades fundamentales y las opuestas del agresor, igualan, en términos generales, las contradicciones insalvables que se presentan en todo el mundo dependiente, así como la forma de resolverlas: Cuba, sin conocer estos escritos, así como tampoco otros que sobre el tema se habían hecho narrando las experiencias de la Revolución china, inició el camino de su liberación por métodos parecidos, con el éxito que está hoy a la vista de todos.

Por tanto, esta obra plantea cuestiones de interés general para el mundo en lucha por su liberación. Pueden resumirse

así: la factibilidad de la lucha armada, en condiciones especiales en que hayan fracasado los métodos pacíficos de lucha de liberación; el tipo que debe tener esta, en lugares con grandes extensiones de terreno favorable a la guerra de guerrillas y con población campesina mayoritaria o importante.

A pesar de que el libro está basado en una recopilación de artículos, tiene buena ilación, y ciertas repeticiones no hacen más que darle mayor vigor al conjunto.

Se trata en él de la guerra de liberación del pueblo vietnamita; de la definición de esta lucha como guerra del pueblo y de su brazo ejecutor como ejército del pueblo; de la exposición de las grandes experiencias del partido en la dirección de la lucha armada y la organización de las fuerzas armadas revolucionarias. El capítulo final versa sobre el episodio definitivo de la contienda, Dien Bien Phu, en el que ya las fuerzas de liberación ganan en calidad y pasan a la guerra de posiciones, derrotando también en este terreno al enemigo imperialista.

Se empieza narrando cómo, después de acabada la guerra mundial con el triunfo de la Unión Soviética y de las potencias aliadas del Occidente, Francia burló todos los acuerdos y llevó a una situación de extrema tensión a todo el país. Los métodos pacíficos y racionales de resolver las controversias fueron demostrando su inutilidad, hasta que el pueblo tomó la vía de la lucha armada; en esta, por las características del país, el peso fundamental recaía en el campesinado. Era una guerra de características campesinas, por los lugares fundamentales de acción y por la composición fundamental del ejército, pero estaba dirigida por la ideología del proletariado, haciendo válida una vez más la alianza obrero-campesina como factor fundamental de la victoria. Aunque en los primeros momentos, por la característica de la lucha anticolonialista y antimperalista, era una guerra de todo el pueblo, y una gran cantidad de gentes cuya

extracción no respondía exactamente a las definiciones clásicas de campesino pobre o de obrero, se incorporaba también a la lucha de liberación; poco a poco se definían los campos y comenzaba la lucha antifeudal, logrando entonces su verdadero carácter de antimperialista, anticolonialista, antifeudal, dando como resultado el establecimiento de una revolución socialista.

La lucha de masas fue utilizada durante todo el transcurso de la guerra por el partido vietnamita. Fue utilizada, en primer lugar, porque la guerra de guerrilla no es sino una expresión de la lucha de masas y no se puede pensar en ella cuando esta está aislada de su medio natural, que es el pueblo; la guerrilla significa, en este caso, la avanzada numéricamente inferior de la gran mayoría del pueblo que no tiene armas pero que expresa en su vanguardia la voluntad de triunfo. Además, la lucha de masas fue utilizada en las ciudades en todo momento como arma imprescindible para el desarrollo de la lucha; es bien importante significar que nunca en el transcurso de la acción por la liberación del pueblo vietnamita, la lucha de masas nada entregó de sus derechos para acogerse a determinadas concesiones del régimen; no parlamentó sobre concesiones mutuas, planteó la necesidad de obtener determinadas libertades y garantías sin contrapartida alguna, evitando así que, en muchos sectores, la guerra se hiciera más cruel aún de lo que la hacían los colonialistas franceses. Este significado de la lucha de masas en su carácter dinámico, sin compromisos, le da una importancia fundamental a la comprensión del problema de la lucha por la liberación en Latinoamérica.

El marxismo fue aplicado consecuentemente a la situación histórica concreta de Vietnam, y por ello, guiados por un partido de vanguardia, fiel a su pueblo y consecuente en su doctrina, lograron tan sonada victoria sobre los imperialistas.

Las características de la lucha, en donde hubo que ceder terreno y esperar muchos años para ver el resultado final de la victoria, con vaivenes, flujos y reflujos, le dan el carácter de guerra prolongada.

Durante todo el tiempo de la lucha se pudo decir que el frente estaba donde estaba el enemigo; en un momento dado, este ocupaba casi todo el país y el frente estaba diseminado por donde el enemigo estuviera; después hubo una delimitación de líneas de combate y allí había un frente principal, pero la retaguardia enemiga constituía constantemente otro escenario para los bandos en lucha, de manera que la guerra fue total y que nunca los colonialistas pudieron movilizar cómodamente, en un terreno de base sólida, sus tropas de agresión contra las zonas liberadas.

La consigna «dinamismo, iniciativa, movilidad, decisión rápida ante situaciones nuevas», es síntesis suma de la táctica guerrillera, y en esas pocas palabras está expresado todo el difícilísimo arte de la guerra popular.

En ciertos momentos, las nuevas guerrillas, alzadas bajo la dirección del partido, estaban todavía en lugares en los cuales la penetración francesa era muy fuerte y la población estaba aterrorizada; en esos casos, practicaban constantemente lo que los vietnamitas llaman la «propaganda armada». La propaganda armada es simplemente la presencia de fuerzas de liberación en determinados lugares, que van mostrando su poderío y su imbatibilidad, sumidos en el gran mar del pueblo como el pez en el agua. La propaganda armada, al perpetuarse en la zona, catalizaba las masas con su presencia y revolucionaba inmediatamente la región, agregando nuevos territorios a los ya obtenidos por el ejército del pueblo. Es así como proliferan las bases y las zonas guerrilleras en todo el territorio vietnamita; la táctica, en este caso, estaba resumida en una consigna que se

expresa así: Si el enemigo se concentra, pierde terreno, si se diluye, pierde fuerza, en el momento en que el enemigo se concentra para atacar duramente, hay que contraatacar en todos los lugares donde renunció al empleo disperso de sus fuerzas; si el enemigo vuelve a ocupar determinados lugares con pequeños grupos, el contraataque se hará de acuerdo con la correlación existente en cada lugar, pero la fuerza fundamental de choque del enemigo se habrá diluido una vez más. Esta es otra de las enseñanzas fundamentales de la guerra de liberación del pueblo vietnamita.

En la lucha se ha pasado por tres etapas que caracterizan, en general, el desarrollo de la guerra del pueblo; se inicia con guerrillas de pequeño tamaño, de extraordinaria movilidad, diluibles completamente en la geografía física y humana de la región: con el correr del tiempo se producen procesos cuantitativos que, en un momento dado, dan paso al gran salto cualitativo que es la guerra de movimientos. Aquí son grupos más compactos los que actúan, dominando zonas enteras; aunque sus medios son mayores y su capacidad de golpear al enemigo mucho más fuerte, la movilidad es su característica fundamental. Después de otro período, cuando maduran las condiciones, se llega a la etapa final de la lucha en que el ejército se consolida e, incluso, a la guerra de posiciones, como sucedió en Dien Bien Phu, puntillazo a la dictadura colonial.

En el transcurso de la contienda que, dialécticamente, se va desarrollando hasta culminar, en el ataque de Dien Bien Phu, en guerra de posiciones, se crean zonas liberadas, o semiliberadas del enemigo, que constituyen territorios de autodefensa. La autodefensa es concebida por los vietnamitas también en un sentido activo como parte de una lucha única contra el enemigo; las zonas de autodefensa pueden defenderse ellas mismas de ataques limitados, suministran hombres al ejército

del pueblo, mantienen la seguridad interna de la región, mantienen la producción y aseguran el abastecimiento del frente. La autodefensa no es nada más que una parte mínima de un todo, con características especiales; nunca puede concebirse una zona de autodefensa como un todo en sí, es decir, una región donde las fuerzas populares traten de defenderse del ataque del enemigo mientras todo el territorio exterior a dicha zona permanece sin convulsiones. Si así sucediera, el foco sería localizado, atenazado y abatido, a menos que pasara inmediatamente a la fase primera de la guerra del pueblo, es decir, a la lucha de guerrillas.

Como ya hemos dicho, todo el proceso de la lucha vietnamita debió basarse fundamentalmente en el campesinado.

En un primer momento, sin una definición clara de los contornos de la lucha, esta se hacía solamente por el interés de la liberación nacional, pero poco a poco se delimitaban los campos, se transformaban en una típica guerra campesina y la reforma agraria se establecía en el curso de la lucha, cuando se profundizaban las contradicciones y a la vez, la fuerza del ejército del pueblo; es la manifestación de la lucha de clases dentro de la sociedad en guerra. Esta era dirigida por el partido con el fin de anular a la mayor cantidad posible de enemigos y de utilizar al máximo las contradicciones con el colonialismo de los amigos poco firmes. Así, conjugando acertadamente las contradicciones, pudo el partido aprovechar todas las fuerzas emanadas de estos choques y alcanzar el triunfo en el menor tiempo posible.

Nos narra también el compañero Vo Nguyen Giap, la estrecha ligazón que existe entre el partido y el ejército, cómo, en esta lucha, el ejército no es sino una parte del partido dirigente de la lucha. De la estrecha ligazón que existe a su vez entre el ejército y el pueblo; cómo ejército y pueblo no son sino la misma

cosa, lo que una vez más se ve corroborado en la síntesis magnífica que hiciera Camilo: «el ejército es el pueblo uniformado». El cuerpo armado, durante la lucha y después de ella, ha debido adquirir una técnica nueva, técnica que le permita superar las nuevas armas del enemigo y rechazar cualquier tipo de ofensiva.

El soldado revolucionario tiene una disciplina consciente. Durante todo el proceso se caracteriza fundamentalmente por su autodisciplina. A su vez, en el ejército del pueblo, respetando todas las reglas de los códigos militares, debe haber una gran democracia interna y una gran igualdad en la obtención de los bienes necesarios a los hombres en lucha.

En todas estas manifestaciones, el general Nguyen Giap, señala lo que nosotros conocemos por nuestra propia experiencia, experiencia que se realiza algunos años después de logrado el triunfo por las fuerzas populares vietnamitas, pero que refuerza la idea de la necesidad del análisis profundo de los procesos históricos del momento actual. Este debe ser hecho a la luz del marxismo, utilizando toda su capacidad creadora, para poder adaptarlo a las cambiantes circunstancias de países, disímiles en todo el aspecto exterior de su conformación, pero iguales en la estructura colonizada, la existencia de un poder imperialista opresor y de una clase asociada a él por vínculos muy estrechos. Después de un análisis certero, llega el general Giap a la siguiente conclusión:

En la coyuntura actual del mundo, una nación, aunque sea pequeña y débil, que se alce como un solo hombre bajo la dirección de la clase obrera para luchar resueltamente por su independencia y la democracia, tiene la posibilidad moral y material de vencer a todos los agresores, no importa quienes sean. En condiciones históricas determinadas, esta

lucha por la liberación nacional puede pasar por una lucha armada de larga duración —la resistencia prolongada— para alcanzar el triunfo.

Estas palabras sintetizan las características generales que debe asumir la guerra de liberación en los territorios dependientes.

Creemos que la mejor declaración para acabar el prólogo, es la misma que utilizan los editores de este libro y con la que estamos identificados: «Ojalá que todos nuestros amigos que, como nosotros, sufren todavía los ataques y las amenazas del imperialismo, puedan encontrar en *Guerra del pueblo, ejército del pueblo*, lo que hemos hallados nosotros mismos: nuevos motivos de fe y esperanzas».

DISCURSO DE FIDEL CASTRO EN VIETNAM

(12 de septiembre de 1973)

Queridos compañeros Le Duan, Truong Chinh y Pham Van Dong;

Queridos compañeros del Buró Político y del Comité Central del Partido de los Trabajadores de Vietnam;

Queridos compañeros vietnamitas y cubanos;

Estimados representantes del Cuerpo Diplomático:

Después de un largo y agotador viaje, sin tiempo para escribir siquiera unas palabras, deseo responder las hermosas expresiones del compañero Le Duan.

Hemos llegado a este país, llenos de un cariño, de una admiración, de un espíritu de fraternidad y de solidaridad que apenas puede expresarse con palabras.

Vietnam es un nombre sumamente querido y sumamente cercano en el corazón de todos los cubanos. Vietnam ha sido para nosotros un ejemplo y un aliento en nuestra lucha. El pueblo cubano está sumamente consciente del extraordinario papel que ha desempeñado el pueblo de Vietnam en el seno del movimiento revolucionario mundial y en la lucha de liberación de los pueblos. Vietnam brinda a todos los pueblos explotados y oprimidos una lección inolvidable. Ningún movimiento de

liberación, ningún pueblo de los que han luchado por su independencia, ha tenido que llevar a cabo una lucha tan larga y tan heroica como el pueblo de Vietnam.

Es preciso recordar las difíciles y complejas circunstancias en que se inició la lucha de este pueblo. Para ello, es indispensable recordar el nombre venerado y querido del presidente Ho Chi Minh.

El presidente Ho Chi Minh, comprendiendo la extraordinaria importancia histórica y las consecuencias de la gloriosa Revolución de Octubre, y asimilando el luminoso pensamiento de Lenin, vio con toda claridad que en el marxismo-leninismo estaban la enseñanza y el camino que debían seguirse para encontrar solución al problema de los pueblos oprimidos por el colonialismo.

El compañero Ho Chi Minh, de una manera genial, combinó la lucha por la independencia nacional con la lucha por los derechos de las masas oprimidas por los explotadores y los feudales. Él vio que el camino era la combinación de los sentimientos patrióticos de los pueblos con la necesidad de liberarse de la explotación social.

La liberación nacional y la liberación social fueron los dos pilares en que se asentó su doctrina. Pero vio, además, que los países atrasados por el colonialismo podían dar un salto en la historia y construir su economía por los caminos del socialismo, ahorrándose los sacrificios y los horrores del capitalismo.

Pero no solo tuvo una clara concepción estratégica, sino que vio la necesidad de organizar un Partido de vanguardia que dirigiera al pueblo en esa lucha y se dio a la tarea de organizar el Partido Comunista de Indochina, que después fue el Partido de los Trabajadores de Vietnam. Lo organizó, lo educó y lo templó en la lucha, y gracias a eso el pueblo de Vietnam tuvo su vanguardia revolucionaria, un partido sabio que supo reunir

a todas las capas progresistas de la población en un frente amplio para llevarlo a la victoria.

Nosotros creemos que en la vida del compañero Ho Chi Minh, en su pensamiento político, en su clara concepción táctica y estratégica, todos los pueblos oprimidos tienen una riquísima fuente de sabiduría y de conocimiento para poder abordar sus propios problemas.

El compañero Ho Chi Minh supo adaptar genialmente a las condiciones concretas de Vietnam los principios inmortales del marxismo-leninismo y la historia le ha dado la razón, porque de otra forma ningún pueblo habría podido escribir una página tan heroica y tan gloriosa como la que ha escrito el pueblo de Vietnam, derrotando primero al colonialismo francés y derrotando después al imperialismo yanqui.

El pueblo de Vietnam, siendo pequeño y siendo pobre, ha derrotado a dos de las más poderosas fuerzas reaccionarias en el mundo moderno. Ese es el gran ejemplo que el pueblo de Vietnam le ha dado al mundo. Pero, además, el compañero Ho Chi Minh tuvo una clarísima visión de la fuerza del movimiento revolucionario internacional. Comprendió desde el primer momento que la revolución vietnamita formaba parte de esas fuerzas y se apoyó en la fuerza del movimiento revolucionario internacional y en la solidaridad del movimiento revolucionario internacional, sin la cual ningún pueblo aislado podría vencer las poderosas fuerzas del imperialismo en el mundo de hoy.

Y esa es otra de las extraordinarias lecciones, de las extraordinarias enseñanzas que les ha dado a los revolucionarios de todo el mundo, el Partido de los Trabajadores y el pueblo de Vietnam. Pero, además, el compañero Ho Chi Minh fue un firme y decidido defensor de la unidad de las fuerzas progresistas y revolucionarias de todo el mundo. Comprendiendo que en esa unidad estarían todas las energías necesarias para vencer a nuestros enemigos imperialistas.

Queridos compañeros vietnamitas:

En el día de hoy nosotros hemos experimentado grandes emociones. Para nosotros fue un honor inmenso, infinito, este encuentro con el pueblo de Vietnam, para nosotros será eterno el recuerdo de las muestras de afecto y de fraternidad con que recibieron a nuestra delegación. En cada hombre y mujer, en cada joven y anciano, en cada niño, veíamos un héroe de la resistencia patriótica, un héroe de la lucha por la salvación nacional, un forjador de la victoria contra la guerra imperialista. Recordábamos que hasta meses muy recientes soportaron los más bárbaros y los más brutales bombardeos y ametrallamientos de la aviación yanqui, y sentíamos nuestra profunda admiración y nuestro profundo reconocimiento por la lucha. Recordábamos a los miles y miles de vietnamitas que dieron la vida por la patria, y pensábamos que ellos no solo lucharon por Vietnam, lucharon también por los demás pueblos del mundo. Habían derramado su sangre por nuestro propio pueblo, y sentíamos hacia ellos un infinito agradecimiento.

El pueblo heroico de Vietnam del Sur se ha enfrentado también a la más terrible guerra represiva de los tiempos modernos, al más feroz neocolonialismo. El imperialismo yanqui, empleó todas sus fuerzas económicas, todas sus fuerzas militares, todas sus fuerzas políticas y todas sus fuerzas ideológicas para aplastar al heroico pueblo de Vietnam del Sur, pero sin lograr vencer el heroísmo del pueblo, sin lograr aplastar su firme patriotismo, sin lograr imponer sus objetivos. Y el pueblo de Vietnam del Sur tiene ya su Gobierno Provisional Revolucionario, y una gran parte del país liberada.

Nuestra delegación acaba de regresar de la Conferencia Cumbre de Argelia. Allí la delegación cubana libró una dura batalla contra la corriente que intentaba enfrentar a los países

no alineados con el campo socialista. Y estamos sumamente satisfechos de los resultados de la conferencia. Pero podemos decir aquí, con satisfacción, que en el seno de aquella conferencia Vietnam encontró una gran solidaridad, que el Gobierno Revolucionario Provisional de Vietnam del Sur encontró un gran apoyo y que aquella asamblea de dirigentes de decenas de países, en forma casi unánime, brindó su apoyo al Gobierno Revolucionario Provisional de Vietnam del Sur, como una demostración del inmenso prestigio que goza en el mundo el pueblo de Vietnam y su heroica lucha, como una demostración de la creciente fuerza del movimiento progresista mundial y del aislamiento del imperialismo yanqui.

En esa conferencia participaron también, como miembros activos o como observadores, numerosos países de América Latina, lo que responde a los cambios que se están produciendo en aquella región del mundo.

En relación con esto, debemos mencionar las dolorosas noticias que señalaba el compañero Le Duan acerca de los acontecimientos que han tenido lugar en la República de Chile.

Sabemos que el imperialismo yanqui conspiraba enérgicamente para derrocar al Gobierno de la Unidad Popular, y en el día de ayer las noticias procedentes de Chile indicaban que el imperialismo había logrado golpear al movimiento popular de Chile, que el gobierno del presidente Allende había sido derrocado. Todavía a estas horas no se tienen noticias exactas de la suerte del presidente Allende, no se sabe si vive o si está muerto. Al lado de esas noticias, les puedo informar que la Embajada de Cuba en Santiago de Chile en el día de ayer fue atacada por elementos de las fuerzas armadas chilenas. También podemos informar que un barco mercante cubano que había ido a llevar azúcar a Chile —azúcar que en parte corresponde a donaciones gratuitas que nuestro pueblo, quitándosela

de su propia cuota, enviaba a Chile— fue ametrallado por aviones de las fuerzas armadas chilenas y fue atacado en aguas internacionales por naves de guerra chilenas.

Estas son acciones odiosas de elementos fascistas provocadores contra la Revolución Cubana. La Embajada de Cuba fue amenazada por un alto oficial de la armada chilena. De más está decir que la representación diplomática cubana, lejos de intimidarse, le advirtió que defenderían la Embajada cubana hasta la última gota de su sangre. Y los tripulantes de la nave mercante cubana, que lleva el nombre de Playa Larga, recordando la agresión mercenaria de 1961, frente a la agresión de las naves de guerra, gritaron: «¡Patria o Muerte!» y se negaron a obedecer las órdenes de las naves militares que la atacaban en aguas internacionales.

Nuestros diplomáticos están dispuestos a morir y nuestros pacíficos tripulantes están dispuestos a dejarse enviar al fondo del mar antes que ceder a las amenazas y a las agresiones de los agentes del imperialismo yanqui.

Les refiero estos hechos, porque sirven para dar una idea del carácter reaccionario y fascista que está tomando el movimiento sedicioso que ha tenido lugar en Chile.

Es lógico que el derrocamiento del Gobierno de la Unidad Popular constituye un revés para el movimiento revolucionario, pero con esas conspiraciones, con esas agresiones rabiosas, el imperialismo tampoco podrá detener el movimiento revolucionario en América Latina.

Esta acción del gobierno imperialista de Estados Unidos no se dirige solo contra el pueblo de Chile, se dirige también contra el gobierno revolucionario del Perú y contra el gobierno popular de Argentina, a fin de aislarlos, hostigarlos y agredirlos. Pero de ninguna forma el imperialismo yanqui podrá impedir el creciente movimiento de rebeldía de los pueblos de América Latina.

Queridos compañeros vietnamitas:

Nosotros podemos asegurarles que la Revolución cubana está plenamente consolidada y que al igual que Vietnam es un baluarte invencible del movimiento revolucionario. Y es invencible como Vietnam, porque nuestra Revolución se apoya en los principios del marxismo-leninismo, en los principios del internacionalismo proletario y en la solidaridad internacional. Apoyándose el pueblo cubano en su lucha enérgica y en la solidaridad internacional ha podido resistir durante 14 años el bloqueo y las agresiones imperialistas, y ya hasta los propios imperialistas empiezan a convencerse de que la Revolución Cubana jamás podrá ser aplastada.

Por eso nosotros podemos asegurarles a los hermanos vietnamitas, que allá a las puertas de Estados Unidos, a 90 millas de sus costas, tendrán a su compañero de lucha, tendrán a sus hermanos de lucha y tendrán a un pueblo consciente, un pueblo revolucionario, que siempre estará al lado de Vietnam.

Somos un país pequeño, somos un país pobre, pero a pesar de eso participaremos también en la reconstrucción de Vietnam. Trabajadores cubanos y equipos cubanos vendrán a Vietnam a participar en la construcción de hospitales, de centros agropecuarios, de caminos y de otras actividades, para poner también nuestro grano de arena en la reconstrucción de este país.

No importa que estemos distantes, no importa que allá es de día y aquí es de noche en este minuto, eso simplemente quiere decir, ¡que siempre es de día en el campo de las ideas revolucionarias!, ¡que siempre el sol alumbrará a la revolución, en Cuba y en Vietnam!

El inolvidable y querido compañero Ho Chi Minh dijo un día: Mientras existan ríos y montañas, mientras queden hombres,

vencido el agresor yanqui construiremos un Vietnam diez veces más hermoso.

¡Fieles al recuerdo del querido compañero Ho Chi Minh, nosotros queremos participar en la construcción de ese Vietnam diez veces más hermoso!

¡Siempre apoyaremos a ese pueblo heroico de la República Democrática de Vietnam y siempre apoyaremos al pueblo heroico de Vietnam del Sur, y siempre apoyaremos a los pueblos heroicos de Laos y Camboya!

¡Apoyaremos enérgicamente la lucha del pueblo vietnamita por el cumplimiento de los Acuerdos de París, y por el cese de toda intervención del imperialismo yanqui en los pueblos de Indochina!

Nosotros pensamos, como el compañero Ho Chi Minh decía siempre: ¡El pueblo de Vietnam vencerá!

Brindo por los éxitos del heroico pueblo de Vietnam, brindo por el compañero Le Duan, por el compañero Truong Chinh, por el compañero Pham Van Dong, por el compañero Giap, por todos los compañeros del Buró Político, por todos los compañeros del Comité Central del glorioso Partido de los Trabajadores de Vietnam. ¡Brindo por la eterna e indestructible amistad de los pueblos de Vietnam y Cuba!

ALGUNOS POEMAS Y CANCIONES

«HO CHI MINH»

Nicolás Guillén, en *Rueda dentada* (1972)

Al final del largo viaje,
Ho Chi Minh suave y despierto:
Sobre la albura del traje
le arde el corazón abierto.
No trae escolta ni paje.
Pasó montaña y desierto:
En la blancura del traje,
solo el corazón abierto.

No quiso más para el viaje.

[¡MEJOR LA MUERTE QUE LA ESCLAVITUD!]

Ho Chi Minh, en *Cuadernos de la cárcel* (1942)

¡Mejor la muerte que la esclavitud!
En todo mi país ondean
nuevamente las banderas rojas.
Oh, lo que es ser un prisionero en un tiempo así.
Cuándo seré libre para poder tomar
mi puesto en la batalla.

[LA ROSA FLORECE AL ATARDECER]

Ho Chi Minh, en *Cuadernos de la cárcel* (1942)

La rosa florece al atardecer, después
desaparece. Se abre y se marchita sin que nadie
lo advierta. Pero la fragancia

de la rosa flota hasta el fondo de la cárcel,
contándole a sus ocupantes
de las desdichas e injusticias de la vida.

DINH HUNG, JUGLAR

Canción de Washington Benavides y Héctor Numa Moraes, interpretada también por Daniel Viglietti.

Te contaré una historia
amarga o más.
Te la canto por eso
y qué caray.

Era Van Ding, la aldea
allá en Vietnam.
Era, digo, una escuela,
no digo más.

Vinieron por el aire,
vuelo mortal.
Quedó solo un cuaderno,
no digo más.

Firmaba sus poemas
«Dinh Hung, juglar».
Tenía trece años,
no tuvo más.

Y esa es una de tantas
allá en Vietnam.
Ahora olvida, si puedes,
olvídala.

EL DERECHO DE VIVIR EN PAZ

Canción de Víctor Jara (1970)

El derecho de vivir
poeta Ho Chi Minh,

que golpea de Vietnam
a toda la humanidad.
Ningún cañón borrará
el surco de tu arrozal.
El derecho de vivir en paz.

Indochina es el lugar
más allá del ancho mar,
donde revientan la flor
con genocidio y napalm.
La luna es una explosión
que funde todo el clamor.
El derecho de vivir en paz.

Tío Ho, nuestra canción
es fuego de puro amor,
es palomo palomar
olivo de olivar.
Es el canto universal
cadena que hará triunfar,
el derecho de vivir en paz.

SU NOMBRE PUEDE PONERSE EN VERSO

Félix Pita Rodríguez y Pablo Milanés (1967)

Porque usted, presidente Ho Chi Minh,
poeta Ho Chi Minh,
sereno campesino vietnamita Ho Chi Minh,
tiene setenta y siete años de lucha en vida entera.

Y porque usted ha dejado de ser todo, sus nombres,
y una voz, un aliento, una mirada,
para ser solamente y nada menos,
que tierra y sangre y huesos de la patria.

Por todas esas cosas y por muchas otras,
que es difícil encerrar en jaulas de palabras,

y porque para usted la dignidad del hombre es
más alta que el pan, más alta que la gloria,
más alta que la propia supervivencia.
Su nombre Ho Chi Minh puede ponerse en verso.

A usted puede cantársele
como se canta al mar y a las montañas,
porque cantarle a usted, presidente,
poeta, campesino,
es cantarle a la tierra hermosa y atormentada
de Vietnam,
que no tiene ya la forma de la vara de bambú
con una cesta en cada extremo,
sino la forma gloriosa de la única puerta
por la que puede entrarse al mundo del futuro.

VIETNAM, YO VIVO

Silvio Rodríguez

Yo vivo de tu matanza,
yo sueño de tu agonía,
yo canto de tu pudor.
Mi niña duerme tranquila
porque le costó la vida
a más de un retoño en flor.

Tu flauta es aire que respiro,
tu búfalo es mi convivir,
tus arrozales mi camino
y tu bambú mi porvenir.

Ya nadie se pertenece,
ya nadie es de nadie nunca,
ya no hay lugar a mentir.
Porque tu sangre es el cielo,
la luz del sol y el lucero
por quien se puede vivir.

VIETNAM

Silvio Rodríguez

Vivo
cuando veo a tu pueblo
volver sereno su hierro
volviéndose a otorgar.

Vivo
cuando eres pequeño
y tu tifón en un sueño
andar lo del andar.

Vivo
cuando tu historia dura,
revés de la locura,
ha sido como es.

Vivo
cuando contagias mi sudor,
mi pan.

Vivo
siempre que me haces comprender
Vietnam.

Vivo
preparando dolores
pues no habrá flor sin tus flores,
pues voy por donde vas a ir.

Vivo
cuando hablo contigo
la tumba de un enemigo
pasado, actual o por venir.

Vivo
porque tu historia dura,
revés de la locura,
ha sido como es.

Vivo
cuando contagias mi sudor,
mi pan.
Vivo
siempre que me haces comprender
Vietnam.

MADRE

Silvio Rodríguez (1972). Canción homenaje a las madres de los jóvenes integrantes de las brigadas «Ho Chi Minh» de las Juventudes Comunistas vietnamitas, que trabajaban desactivando minas en Haiphong, principal puerto de la República Democrática de Vietnam, labor en la que perecieron cientos de voluntarios.

Madre, en tu día,
no dejamos de mandarte nuestro amor.
Madre, en tu día,
con las vidas construimos tu canción.

Madre, que tu nostalgia se vuelva el odio más feroz.

Madre, necesitamos de tu arroz.*

Madre, ya no estés triste, la primavera volverá,
madre, con la palabra «libertad».

Madre, los que no estemos para cantarte

esta canción,

madre, recuerda que fue por tu amor.

Madre, en tu día,
—Madre Patria y Madre Revolución—,
madre, en tu día,
tus muchachos barren minas de Haiphong.

*La cantante chilena Isabel Parra en su versión, canta: «Madre, necesitamos de tu voz».

Bibliografía

- ABARCA, MARÍA GRACIELA: *El fin de la ilusión. Los trabajadores estadounidenses en la era de Vietnam*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2005.
- BURCHETT, W.G.: *Hanoi bajo las bombas*, Editorial Edinta, Barcelona, 1967.
- El triunfo de Vietnam*, Ediciones Era, México, 1969.
- Habla Vietnam del Norte*, Instituto del Libro, La Habana, 1968.
- CAPARRÓS LERA, J.M.: *La guerra de Vietnam*, entre la historia y el cine, editorial Ariel, Barcelona, 1998.
- EDICIONES EN LENGUAS EXTRANJERAS: *Breve historia de la Revolución de Agosto*, Hanoi, 1972.
- Breve historia del Partido de los Trabajadores de Vietnam*, Hanoi, 1972.
- HO CHI MINH: *Escritos políticos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- LACOUTRE, JEAN: *Ho Chi Minh*, Editorial Alianza, Madrid, 1967.
- LE CHAU: *Del feudalismo al socialismo*, Editorial Siglo XXI, México, 1967.
- La revolución campesina en Vietnam del Sur*, Editorial Ciencia Nueva, Madrid, 1968.
- LE DUAN: *Sobre la revolución socialista en Vietnam*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1974.
- La revolución vietnamita*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1968.

Pensamiento Crítico, revista cubana. Número 33, dedicado enteramente a Vietnam.

POZZI, PABLO Y FABIO NEGRA, comp.: *Huellas imperiales. Historia de los Estados Unidos de América 1929–2000*, Imago Mundi, Buenos Aires, 2003.

RASKIN, MARCUS Y BERNARD FALL: *Para el expediente de la tercera guerra: testimonios sobre el caso Vietnam*, Editorial Siglo XXI, México, 1967.

RATTO, CORA: *Vietnam: el pueblo y la guerra*, Centro Editor de América Latina, no. 4 de la serie «Transformaciones», 1971.

SWEETZ, PAUL Y LEO HUBERMAN: *Teoría de la política exterior norteamericana*, Merayo Editor, Buenos Aires, 1973.

SWEETZ, PAUL Y PAUL BARAN: *El capital monopolista*, Editorial Siglo XXI, México, 1988.

TAÍMAN, JOHN y otros: *Napalm*, Editorial Seix Barral, Barcelona, 1970.

TRAN DINH VAN: *Nguyen Van Troi, héroe de Vietnam*, Editorial Presente, Buenos Aires, 1969.

TRANG CONG TUONG Y PHAM THANH VINH: *El FNL, símbolo de la independencia, la democracia y la paz en Vietnam del Sur*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Hanoi, 1968.

VO NGUYEN GIAP: *El hombre y el arma*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1969.

Guerra del pueblo, ejército del pueblo, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1971.

Guerra de liberación, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1971.

Fuerzas armadas revolucionarias y ejército de liberación, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1973.

OTROS TÍTULOS EN LA COLECCIÓN

historias
DESDE
abajo



GUERRA Y REVOLUCIÓN EN ESPAÑA

Valeria Ianni

Este breve escrito, narrado por una joven activista latinoamericana, rescata las aspiraciones sociales radicales de los pueblos de España y su brutal represión a manos del franquismo. El ejemplo heroico de la República y las enseñanzas de las trágicas divisiones entre los revolucionarios son sus enseñanzas fundamentales.

ISBN 978-1-921235-80-1, 190 páginas



POESÍA COMO UN ARMA

25 poetas con la España revolucionaria en la Guerra Civil

Mariano Garrido

Selección que reúne obras de poetas que pusieron su pluma al servicio de la vida y contra el fascismo. Construye una antología de autores que dentro y fuera de la España en guerra civil. Incluye obras de poetas.

ISBN 978-1-921235-96-2, 120 páginas

PRÓXIMAMENTE:

EL NAZISMO, de Patricia Agosto

LA REVOLUCIÓN DE BOLIVIA DE 1952, de Noel Perez

MAYO FRANCÉS Y MOVIMIENTOS JUVENILES DEL 68, de Martina Prina

LA REVOLUCIÓN MEXICANA, de Luciana Lartigue

Entre otros...



LOUISE MICHEL

Editado por Nic Maclelan

Feminista, anarquista y revolucionaria encarcelada y exiliada por dirigir el levantamiento popular de 1871 en París. Con comentarios de Emma Goldman, Bertolt Brecht, Howard Zinn, Víctor Hugo y Carlos Marx.
Vidas Rebeldes, ISBN 978-1-921235-03-0, 144 páginas



SACCO Y VANZETTI

Editado por John Davis

Inmigrantes italianos anarquistas, acusados de un asesinato durante el "Pánico Rojo". Fueron ejecutados en 1927 en Estados Unidos. Su caso se convirtió en símbolo de una lucha internacional por la justicia y la libertad.
Vidas Rebeldes, ISBN 978-1-921235-06-1, 144 páginas



ROSA LUXEMBURGO

Editado por Néstor Kohan

El nombre de Rosa, admirada por los jóvenes más radicales y combativos de todas partes del mundo, es en el siglo XXI sinónimo de rebelión y revolución. Su espíritu se asoma en cada manifestación juvenil contra la globalización.

Vidas Rebeldes, ISBN 978-1-920888-60-2, 132 páginas

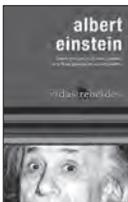


ANTONIO GRAMSCI

Editado por Néstor Kohan

Los escritos de Gramsci son estudiados e interpretados con pasión por miles de jóvenes en todo el mundo y en todos los idiomas. El socialismo del siglo XXI tiene en sus trabajos una fuente imprescindible.

Vidas Rebeldes, ISBN 978-1-920888-59-6, 132 páginas



ALBERT EINSTEIN

Editado por Jim Green

Reconocido por sus descubrimientos en el campo de la ciencia, este libro ofrece una mirada poco común del hombre que fue incluido en los archivos del FBI por su oposición a la guerra y su defensa a los derechos humanos.

Vidas Rebeldes, ISBN 978-1-920888-61-9, 100 páginas

otros títulos de ocean sur



ISBN 978-1-921235-52-8
263 páginas

INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO SOCIALISTA

El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión

Néstor Kohan

El actual movimiento de resistencia global pone de manifiesto la necesidad de comprender y debatir la teoría socialista. Este texto ofrece una síntesis de la historia del pensamiento socialista mundial, desde una perspectiva latinoamericana. Incluye textos claves de la obra de Carlos Marx, Che Guevara, Fidel Castro, Rosa Luxemburgo, José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella, Flora Tristán, y otros.



ISBN 978-1-921235-54-2
280 páginas

LAS GUERRILLAS CONTEMPORÁNEAS EN AMÉRICA LATINA

Alberto Prieto

Las guerrillas latinoamericanas son portadoras de una larga tradición. Desde la conquista hasta nuestros días, ha sido una de las formas de lucha más recurrida en el continente americano. Alberto Prieto nos introduce a los movimientos guerrilleros contemporáneos, desde la epopeya de Sandino hasta la actualidad, profundizando en acontecimientos relevantes y figuras significativas como Fidel Castro y Ernesto Che Guevara.



ISBN 978-1-921235-14-6
184 páginas

¿GUERRA O PAZ EN COLOMBIA?

Cincuenta años de un conflicto sin solución

Carlos A. Lozano Guillén

Un significativo aporte a la discusión del largo conflicto interno, político y armado, que ha azotado Colombia durante los últimos cincuenta años, y la constante búsqueda del pueblo colombiano y la insurgencia por conseguir una solución política al conflicto que lleve a la paz con justicia social.



ISBN 978-1-920888-13-8
186 páginas

MANIFIESTO

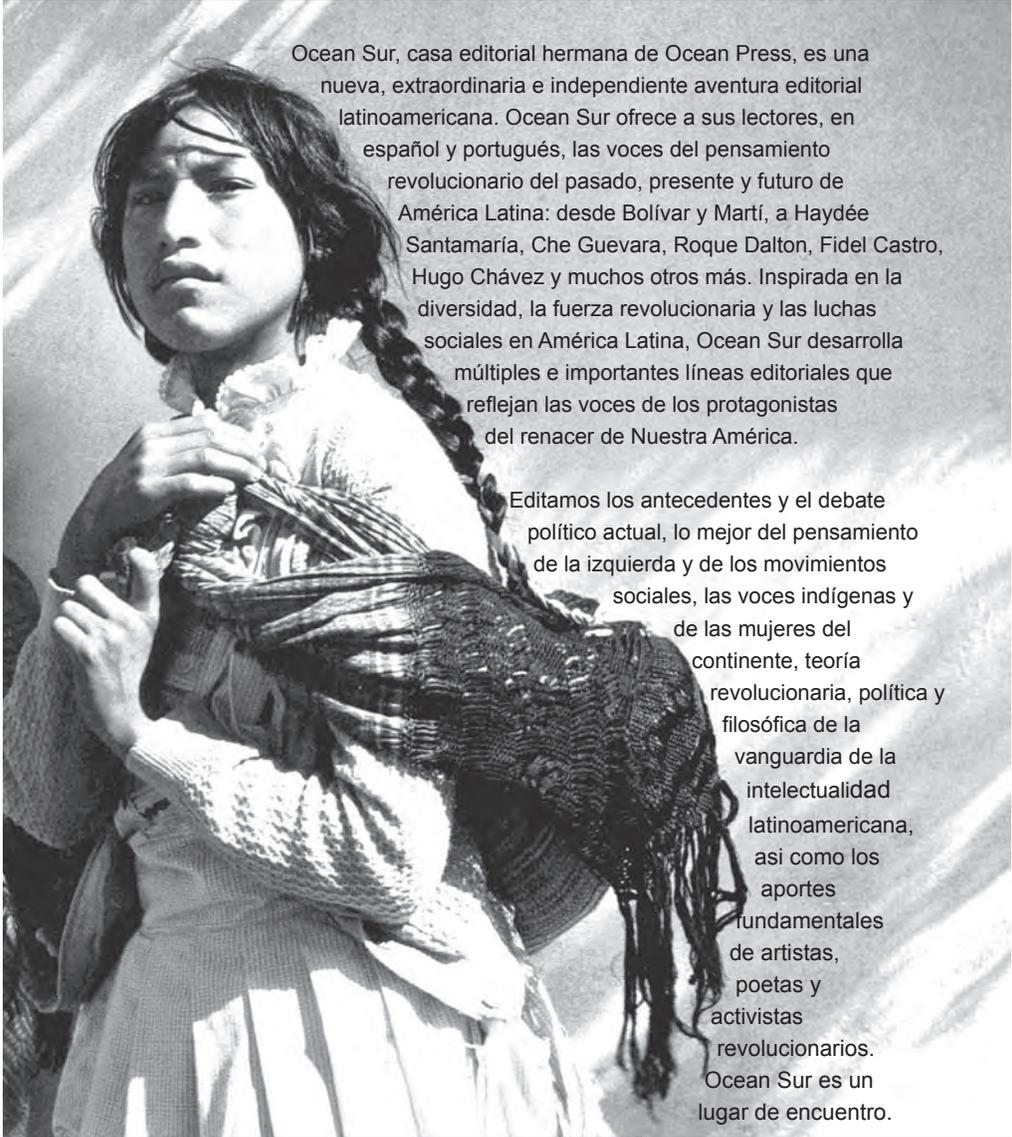
Tres textos clásicos para cambiar el mundo

Ernesto Che Guevara, Rosa Luxemburgo, Carlos Marx y Federico Engels.

Una selección que presenta tres textos clásicos sobre socialismo y liberación: "El Manifiesto Comunista" de Marx y Engels, "Reforma o Revolución" de Rosa Luxemburgo, y "El socialismo y el hombre en Cuba", del Che Guevara, que inspiran a las nuevas generaciones que creen en una sociedad más justa.

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana



Ocean Sur, casa editorial hermana de Ocean Press, es una nueva, extraordinaria e independiente aventura editorial latinoamericana. Ocean Sur ofrece a sus lectores, en español y portugués, las voces del pensamiento revolucionario del pasado, presente y futuro de América Latina: desde Bolívar y Martí, a Haydée Santamaría, Che Guevara, Roque Dalton, Fidel Castro, Hugo Chávez y muchos otros más. Inspirada en la diversidad, la fuerza revolucionaria y las luchas sociales en América Latina, Ocean Sur desarrolla múltiples e importantes líneas editoriales que reflejan las voces de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Editamos los antecedentes y el debate político actual, lo mejor del pensamiento de la izquierda y de los movimientos sociales, las voces indígenas y de las mujeres del continente, teoría revolucionaria, política y filosófica de la vanguardia de la intelectualidad latinoamericana, así como los aportes fundamentales de artistas, poetas y activistas revolucionarios. Ocean Sur es un lugar de encuentro.

www.oceansur.com ■ info@oceansur.com